

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL PAISAJE DE LA SABANA DE BOGOTÁ 1880 - 1890

JUAN DAVID DELGADO ROZO



Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas
Departamento de Historia
Monografía para optar al título de
Magíster en Historia

Universidad Nacional de Colombia
Febrero de 2010

Juan David Delgado Rozo, código: 468427

jddelgador@unal.edu.co

Monografía para optar al título de Magíster en Historia

Portada:

Jesús M. Zamora, *Paisaje*, Oleo sobre lienzo, 1894, 42x42cm

A Irene y Yelitza, la monas de mi corazón...

Agradecimientos

Agradezco a los y las miembros de la Línea de Historia Ambiental del Departamento de Historia de la Universidad Nacional Colombia por la lectura y sus importantes comentarios críticos al presente texto. En especial a Stefania Gallini, directora de la Línea, por brindar un acompañamiento paciente y constante en la consecución de la presente investigación. Agradezco también a Razón Cartográfica por su incansable empeño por articular la Geografía y la Historia. A los amigos y compañeros de la maestría de quienes muchas cosas aprendí, el amor y la importancia del pasado y de la historia. Agradezco a mi familia por su inmenso apoyo y a mi pequeña Irene por ser la fuerte renovada de mi entusiasmo por la vida, y a Yelitza por su inagotable paciencia y comprensión. Finalmente agradezco a la Universidad Nacional de Colombia por haberse convertido en mi segundo hogar.

Tabla de Contenido

<u>INTRODUCCIÓN: EL CARÁCTER HISTÓRICO DEL PAISAJE</u>	<u>8</u>
<u>Capítulo I. ASPECTOS TEÓRICOS: EL CONCEPTO DE PAISAJE</u>	<u>17</u>
<u>La geografía y el paisaje en la primera mitad del siglo XX.....</u>	<u>19</u>
<u>La Revolución Cuantitativa y el destierro del paisaje</u>	<u>24</u>
<u>“Nuevas” tendencias y perspectivas</u>	<u>26</u>
<u>Iconografía del paisaje.....</u>	<u>34</u>
<u>Capítulo II. MARCO GEOGRÁFICO: ¿QUÉ ENTENDER POR SABANA DE BOGOTÁ?</u>	<u>41</u>
<u>Capítulo III. LA SABANA DE BOGOTÁ: UN PAISAJE EUROPEIZADO</u>	<u>58</u>
<u>El influjo del clima como generador de un paisaje civilizado</u>	<u>60</u>
<u>La ganadería como agente “europeizante” del paisaje rural sabanero</u>	<u>67</u>
<u>El discurso de la prensa agrícola decimonónica</u>	<u>75</u>
<u>El Agricultor: una revista agrícola de la segunda mitad del siglo XIX.....</u>	<u>75</u>
<u>Nuevas razas vacunas y cambio de paisaje: La Exhibición Agrícola e Industrial de 1880</u>	<u>77</u>
<u>¿Forjadores de paisaje?</u>	<u>81</u>
<u>Iconografía y Paisaje en la Sabana de Bogotá</u>	<u>83</u>
<u>La Escuela de la Sabana</u>	<u>85</u>
<u>Capítulo IV. HACIENDA GANADERA Y TENENCIA DE LA TIERRA EN LA</u>	
<u>SABANA DE BOGOTÁ</u>	<u>96</u>
<u>Las formas de propiedad en el Estado de Cundinamarca</u>	<u>99</u>
<u>La tenencia de la tierra en la Sabana</u>	<u>101</u>
<u>La expansión de la hacienda ganadera en la Sabana de Bogotá: 1850 – 1890</u>	<u>106</u>
<u>Las relaciones interregionales de la Sabana de Bogotá</u>	<u>112</u>
<u>El uso de los recursos naturales por parte de la hacienda</u>	<u>117</u>
<u>V. CONSIDERACIONES FINALES</u>	<u>135</u>
<u>VI. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS</u>	<u>144</u>
<u>Fuentes primarias</u>	<u>144</u>
<u>Bibliografía Secundaria</u>	<u>146</u>
<u>Páginas web</u>	<u>153</u>

Lista de Figuras

	Pág.
Figura 1. Mapa de localización del área de estudio.	16
Figura 2. El enfoque morfológico y el paisaje cultural.	22
Figura 3. Ricardo Gómez Campuzano, “Salto del de Tequendama”.	34
Figura 4. Luis de Llanos, “Sabana de Bogotá desde los Cerros de Santa Ana”, 1894.	41
Figura 5. Mapa de población de la Sabana de Bogotá para los años 1851 y 1870.	43
Figura 6. Aproximación a Bogotá y la Sabana según Tomas Rueda Vargas.	51
Figura 7. Figura 8. Alonso Ruiz Galdámez y Juan de Aguilar Rendón, <i>Pintura de las tierras pantanos y anegadizos del pueblo de Bogotá</i> , 1614.	52
Figura 8. Ricardo Gómez Capuzano, “Lluvia Sabanera”, 1875.	57
Figura 9. Antonio Barrera, “Río Bogotá”, 1989.	58
Figura 10. Ramón Torres Méndez, “Ganadero en la Sabana”, 1860.	69
Figura 11. Ricardo Borrero, “Paisaje”, (sin fecha).	71
Figura 12. Giovanni Ferroni, “Paisaje”, 1898.	72
Figura 13. Jesus María Zamora, “paisaje de la Sabana”, 1915.	74
Figura 14, Gonzalo Ariza, <i>Nube</i> , 1989.	87
Figura 15. Roberto Páramo, “Paisaje”, 1900 – 1910.	88
Figura 16, Jesús María Zamora, “Paisaje”.	88
Figura 17, Edouard Riou, “Campaña de Fontibón, en la llanura de Bogotá”, 1884.	89
Figura 18, Roberto Páramo, <i>Paisaje</i> , 1910 - 1915.	91
Figura 19, Roberto Paramo, “paisaje”, (sin fecha).	91
Figura 20. Andrés de Santa María, “las Segadoras”.	94
Figura 21, Jean-François Millet, “The Gleaners” (Las Espigadoras), 1857.	95
Figura 22. Indígenas camino al mercado de Bogotá, en I. Holton, <i>La Nueva Granada</i> , Op.cit.	111

Figura 23. <i>Plano Topográfico oficial de la hacienda denominada “Las Monjas”, 1862. 1</i>	124
Figura 24. Aproximación al área que ocupó la hacienda “Las Monjas” a mediados del siglo XIX.	125
Figura 25. “Plano topográfico de la Hacienda Canoas Saenz”.	126
Figura 26. Aproximación al área que ocupó la hacienda “Canoas Saenz” a comienzos del siglo XX.	128
Figura 27. Población de la Sabana 1851 – 1875.	131

INTRODUCCIÓN: EL CARÁCTER HISTÓRICO DEL PAISAJE

La presente investigación aborda en términos históricos el proceso de construcción social del paisaje, centrándose en el análisis e interpretación de documentos escritos e iconográficos relativos a la Sabana de Bogotá de finales del siglo XIX. A partir de estas fuentes, a lo largo del trabajo se tratan de develar los significados, los símbolos y los usos políticos que individuos y grupos sociales hicieron del paisaje de la Sabana en dicho periodo (1880 – 1890) (ver Figura 1).¹

Dos hipótesis mueven esta tesis. La primera hace referencia a la construcción, para esa época, de una imagen particular de la Sabana de Bogotá, la cual toma forma gracias a discursos o representaciones del paisaje sabanero que se producen desde la literatura, la prensa y el arte. Estos discursos presentan un espacio con personalidad propia, ordenado, de carácter señorial, bucólico y civilizado que a su vez era el escenario opuesto a las tierras templadas y cálidas que circundan el altiplano, hogar de la barbarie y la insalubridad.²

Esta imagen de la Sabana, producida por una elite letrada, blanca y terrateniente, resaltaba las similitudes paisajísticas y ecológicas que este espacio mostraba frente a paisajes, o

¹ Para ello me baso en Denis Cosgrove, *Social Formation and symbolic Landscape*. [1984], Madison: The University of Wisconsin Press, 1998; y en James Duncan, *The City as a Text: The politics of Landscape Interpretation in the Kandyen Kingdom*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

² Julio Arias Vanegas, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano: orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*, Bogotá: Uniandes – Ceso, 2005. A su vez, un texto de comienzos del siglo XIX en donde se brinda claramente una apreciación peyorativa de las tierras bajas neogranadinas, a la vez que se realiza una exaltación de las tierras altas como lugar de civilización ver, Francisco José de Caldas, “Estado de la Geografía del Vireynato de Santafé de Bogotá...” En: *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Num. 1. Santafé 3 de enero de 1808. Asimismo esta imagen bucólica y señorial de la Sabana puede verse en autores del mediados del siglo XIX como Eugenio Días Castro, *El rejo de enlazar*, Bogotá: Imprenta de América, 1873; Tomas mas Rueda Vargas, *La Sabana de Bogotá*, Bogotá: Arboleda & Valencia, 1919.

representaciones de los mismos, propios de latitudes templadas. Aquí, los presupuestos del determinismo geográfico, mezclados con un profundo racialismo, le permitieron a este grupo social afirmarse como elite regional y diferenciarse respecto al pueblo, así como frente a otras regiones, jerarquizando espacios y poblaciones dentro de una suerte de geopolítica nacional.³

Inicialmente fueron elementos relacionados al clima y la vegetación los que se constituyeron en la base para hacer de la Sabana un paisaje europeizado. Sin embargo, en esta investigación se pretende demostrar que fue la ganadería el actor principal en este proceso, pues en torno a esta actividad se llevó a cabo la mayor transformación ecológica y estética del paisaje del área. La ganadería no solo era la actividad a la cual se dedicaban la mayoría y las mejores tierras de la Sabana finisecular, sino que a partir de ésta, se construyó un discurso que pretendía modernizar el campo sabanero a través de la importación de técnicas productivas, animales y plantas provenientes de países como Inglaterra, Francia, Holanda y Alemania.

Es decir, no solo había que resaltar las similitudes climáticas y estéticas entre la Sabana de Bogotá y paisajes de latitudes templadas, sino que había que rediseñar completamente el paisaje material, instaurando una nueva biota importada del hemisferio norte, en donde eran predominantes las razas vacunas “mejoradas” provenientes de la Europa occidental no Ibérica. Asimismo, junto al ganado vino también la necesidad de implantar una nueva cobertura vegetal, sobre todo en relación a los pastos y algunos árboles, lo que en últimas implicó la llegada de nuevas técnicas y formas de producción. Existía por tanto un modelo que pretendía ser calcado de la campiña europea, el cual representaba lo que el espacio rural sabanero debía de ser y hasta de cómo se tenía que ver.

Es así como la segunda mitad del siglo XIX, fue testigo de una nueva oleada de introducciones de plantas, animales y formas de producción europeas que transformaron

³ Julio Arias Vanegas, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano: orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Op.cit.

ecológica y paisajísticamente grandes áreas de América, produciendo lo que Alfred Crosby denomina “nuevas Europas”.⁴ De esta forma, en los lugares que en cierta medida reproducían condiciones climáticas análogas a las europeas, como el Cono Sur Sudamericano, Norte América, Nueva Zelanda, Australia, pero también, en las tierras altas ecuatoriales como la Sabana de Bogotá, los paisajes se transformaron radicalmente en cuanto a sus condiciones ecológicas y rápidamente cayeron bajo el “imperio del Diente de León”.⁵

En este contexto, el mejoramiento genético de las razas que pastaban en la altiplanicie, configuraría un cambio trascendental en las condiciones ecológicas y paisajísticas del área en cuestión, la cual puede verse como una nueva faceta de la presencia colonial en estas tierras. Por tanto, se veía en las áreas rurales de los países centrales del sistema mundo de la época, el modelo que el campo sabanero y nacional debían de seguir.⁶

La segunda hipótesis de la cual parte este trabajo, considera que dichos discursos producidos principalmente por una élite asentada en Bogotá, construyen e imponen durante este periodo un orden del paisaje, un modo de ver la Sabana, funcional al propósito de legitimar, naturalizar y eternizar sus intereses, que para dicho momento se encontraban fuertemente fundados en la posesión de la tierra y en el tipo de uso que a ésta se le daba.⁷

Por tanto, a través de la imagen de un paisaje “europeizado” se pretendió promover un orden estético que a la vez es ambiental, socio-económico y político, el cual legitimaría el monopolio, por parte de una clase social, de la tierra y demás recursos de la Sabana de la

⁴ Crosby, Alfred. *Imperialismo Ecológico: la expansión Biológica de Europa, 900 – 1900*. Barcelona: Critica, 1999, (1988).

⁵ *Ibid.*

⁶ Sobre aspectos de la ganadería en la sabana decimonónica ver: Fabio Yepes. “Ganadería y transformación de ecosistemas: un análisis ambiental de la política de apropiación territorial” en: Germán Palacio (ed). *Naturaleza en disputa: Ensayos de historia ambiental de Colombia 1850 – 1995*. Bogotá: Universidad nacional. 2001.

⁷ Alan Baker and Gideon Biger (Eds.), *Ideology and landscape in historical perspective*, Cambridge: Cambridge University Press, 1992.

época⁸. Pese a los discursos que promovían la modernización del campo y a la introducción de animales y plantas propios de la Europa occidental, en la Sabana de finales del siglo XIX persistían herencias coloniales como las haciendas, en las cuales se daban formas de trabajo pre-capitalistas como el concierto y el peonaje. Es decir, la modernización del campo solo se reducía a la transformación de ciertas formas productivas, pero nunca pretendió mejorar las condiciones de vida de la mayoría de la población, lo cual implicaba darle acceso a la tierra.

En este contexto, las representaciones textuales e iconográficas del paisaje de la Sabana, no dan cuenta del difícil y conflictivo panorama socio-económico que la región afrontaba para finales del siglo XIX. Antes bien, dichas representaciones suavizaron, ocultaron y silenciaron, tras una superficie lisa y estética, las formas monopólicas de acceso a la tierra, las aguas y los bosques, así como la explotación de los trabajadores del campo y la marginación de la población indígena y mestiza de la posesión de la tierra en la Sabana. En dichas representaciones se pretendía imponer un orden social acorde a los intereses de un grupo hegemónico.⁹

En este sentido, durante la Colonia y la primera mitad del siglo republicano, grupos de indígenas y mestizos habitaban la Sabana y se encontraban organizados en propiedades colectivas -resguardos- así como en franjas de propiedades medianas y pequeñas que se habían formado desde siglo XVIII.¹⁰ Estos elementos diversificaban y de alguna manera complejizaban el panorama inmobiliario de la Sabana, e impedían una total hegemonía de

⁸ Julio Arias Vanegas, *Nación y diferencia*, Op.cit.; Denis Cosgrove, *Social Formation and symbolic Landscape*. op.cit.; James Duncan, *The City as a Text*, op.cit.

⁹ Denis Cosgrove, "Observando la naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista" en *Boletín de asociación de geógrafos españoles*, No. 34 – 2002, pp. 63 – 89.

¹⁰ Sobre resguardos en la Sabana durante el siglo XIX ver Lina Del Castillo, "'prefiriendo siempre á los agrimensores científicos'. Discriminación en la medición y el reparto de resguardos indígenas en el altiplano cundiboyacense, 1821 – 1854.", en *Historia Crítica*, 32, julio – diciembre de 2006. p. 68 -93. Sobre la expropiación de bienes a las comunidades religiosas en la Sabana durante el siglo XIX ver: Prospera Parra y Luis Muñoz, *Aspectos de la agricultura y la desamortización en la Sabana de Bogotá: 1860 – 1870*. Bogotá: Monografía para optar al título de Licenciado en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Colombia, 1984.

la gran propiedad representada en las haciendas.¹¹

Sin embargo, esta situación vendría a cambiar en la segunda mitad del siglo XIX. Con las reformas liberales de mediados de siglo se propina un duro golpe a las formas de propiedad comunal y corporativa en la Sabana de Bogotá y en otras regiones del país.¹² Dichas reformas veían en los resguardos y bienes de la Iglesia formas atrasadas de uso de la tierra, por lo cual eran un legado colonial con el que se debía cortar. Consideraban además una injusticia que indígenas y mestizos, ahora vistos como “ciudadanos”, no pudiesen disponer de sus propiedades individualmente, por lo que se enfiló baterías para liquidar los resguardos repartiendo la tierra entre sus pobladores bajo el esquema de la propiedad privada.

Indígenas y mestizos, quienes conformaban la inmensa mayoría de la población que habitaba las áreas rurales del altiplano, fueron convertidos de manera precipitada en propietarios individuales, por lo que tenían la capacidad de enajenar sus antiguas tierras. Esta situación rápidamente alimentó la ambición y la especulación por parte de terratenientes y gamonales regionales, quienes querían acceder a nuevas tierras a precios irrisorios, proceso que paulatinamente lograron con la anuencia de la legislación liberal decimonónica. Quedaron entonces las clases populares reducidas o desposeídas de la tierra en la Sabana y de sus recursos para finales del siglo XIX, configurando un proceso de segregación socio-espacial del que poco se ha hablado en la historiografía de la región.¹³

El destino de las masas expulsadas del campo sabanero fue incierto. Algunos, se

¹¹ Juan Villamarín, “Haciendas en la Sabana de Bogotá, Colombia, en la época colonial: 1539 – 1810.”, en: Enrique Florescano (Cord.), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, México, D.F.: Siglo XXI. 1975.

¹² José María Cordovez Moure, *Reminiscencias de Santafé y Bogotá* [1899], Bogotá: Guillermo Amórtegui Editores, 198? En la historiografía contemporánea se hace mención de este proceso de despojo en: Germán Mejía Pavony, *Los años de cambio: historia urbana de Bogotá 1820 – 1910*. Bogotá: Ceja, 2000.

¹³ Este proceso es ilustrado por Eugenio Díaz en un texto titulado “María Ticince o los pescadores del Funza”, (en: *Museo de Cuadros de Costumbres*, Vol. II, Bogotá: F. Mantilla, 1866.) Asimismo, la formación de encomiendas y la sujeción del trabajo indio en la colonia temprana es abordada por Juan Villamarín, *Encomenderos and indians in the Sabana de Bogotá, Colombia 1537 to 1740*. Ann Arbor: University Microfilms International, 1972.

convirtieron en peones o concertados de haciendas, mientras que la mayoría se dirigió hacia la Bogotá de “los años del cambio” a vivir de la mendicidad o de la delincuencia, agudizando así la crisis social e inmobiliaria que vivía la ciudad de ese entonces;¹⁴ otros, se encaminaron a entregar sus brazos y sus vidas en las plantaciones, haciendas y áreas de colonización de la tierra templada y caliente en las provincias de Sumapaz, Tequendama y el valle del río Magdalena.¹⁵ Entretanto, en el campo sabanero se vería como en la mayor parte del área plana de la “apacible” llanura se formarían vastas haciendas, propiedad de las más rancias y tradicionales familias bogotanas, espacios en donde se incentivó principalmente la ganadería.¹⁶

En síntesis, lo que la presente investigación muestra, es cómo la idea y las representaciones del paisaje de la Sabana de la época contribuyeron al reforzamiento y al establecimiento de este orden social, a partir de la presentación y legitimación de un orden estético y ambiental particular. Es decir, legitimar, a través del paisaje, una Sabana cuyo espacio rural fue cooptado por las lógicas de la hacienda. Por tanto, se construyó discursivamente un lugar idílico, el cual era objeto de inspiración y exaltación, y sobre el que se produjeron textos e imágenes alusivos a la vida y el paisaje de la época. Un paisaje de grandes propietarios, en donde se presentaban como naturales y eternas las formas de tenencia y uso de la tierra.

Los discursos que en esta investigación se abordan son la representación textual o pictórica de un orden social, espacial, económico y político al cual se debía acostumbrar y obedecer. No obstante, el análisis no trata de interpretar textos e imágenes a luz de una teoría del paisaje, sino de ver como estas representaciones obedecen a unas condiciones socio-económicas determinadas, que a su vez responden a un momento histórico particular como lo es el siglo XIX colombiano. Lo anterior me lleva a tener siempre presente la relación

¹⁴ Germán Mejía Pavony, *Los años de cambio*, op.cit.

¹⁵ Al respecto ver: Marco Palacios, *La propiedad agraria en Cundinamarca, 1880 – 1970: Un esbozo sobre la sociedad de las tierras templadas*. Medellín: Trabajo puesto a la consideración del Simposio sobre El Mundo Rural Colombiano auspiciado por la Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales, 29 de noviembre – 5 de diciembre de 1981. Del mismo autor ver: *El Café en Colombia 1850-1970, Una Historia Económica, Social y Política*, Bogotá: El Ancora Editores, 1983.

¹⁶ Camilo Pardo Umaña, *Haciendas de la Sabana: Su historia, sus leyendas y tradiciones*, Bogotá: Ed. Nelly, 1946.

entre la materialidad y las ideas.¹⁷ A su vez, el andamiaje teórico que sustenta este planteamiento es el *concepto de paisaje*, visto desde la geografía histórica y cultural de los últimos 30 años, producida principalmente por autores británicos y norteamericanos.¹⁸ Esta exploración teórica se llevará a cabo en el **capítulo 1**.

El **capítulo 2** es una aproximación al marco geográfico o geo-histórico de la Sabana de Bogotá de fines del siglo XIX, en donde se brinda una delimitación espacial del área de estudio y se abordan aspectos relativos a los procesos de Larga Duración que ha formado paisaje rural Sabanero. Se sostiene que cada sociedad produce, en su histórica relación con la naturaleza, un determinado paisaje, lo que implica que diversas sociedades han hecho diferentes usos de los recursos naturales de un territorio. Por tanto, aquí se reivindican los factores ecológicos como aspectos fundamentales para entender la historia de esta región, los cuales se han configurado a través de la historia natural o del tiempo largo. A su vez, sobre este “soporte” ambiental, es donde se ha desarrollado la larga y compleja historia de poblamiento y humanización de la Sabana de Bogotá.

El **capítulo 3** corresponde al análisis e interpretación de tres discursos, escritos e iconográficos, sobre el paisaje sabanero. El primer discurso que se analiza son las descripciones de la Sabana de Bogotá realizadas en la época por bogotanos o viajeros foráneos. Aquí se resalta el enfoque “climista” y “europeizante”, muy propio del determinismo ambiental, que se manifiesta en este tipo de descripciones, las cuales son aquí consideradas como representaciones textuales del paisaje. La segunda representación discursiva, tiene que ver con lo que se manifestaba en la prensa agrícola de finales del siglo XIX en torno a la Sabana. Aquí, más allá de las analogías entre el clima, la vegetación o la fauna sabanera y europea, se abogaba por la modernización del campo a partir de la introducción de animales, plantas y sobre todo técnicas productivas del viejo continente. Estos discursos provenían de una élite de propietarios, políticos, y científicos ligados al

¹⁷ Maurice Godelier, *Lo ideal y lo material: Pensamientos, economías, sociedades*, [1984] Madrid: Taurus Humanidades, 1989.

¹⁸ Alan Baker. *Geography and History: Bridging the Divide*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.

campo. El tercer discurso analizado se remite al plano de la imagen y de lo pictórico. Aquí, se abordan una serie de acuarelas y oleos producidos por un movimiento artístico denominado la “Escuela de la Sabana”, el cual se dedicó a representar pictóricamente este hermoso y particular espacio de la geografía colombiana en las décadas finales del siglo XIX. En síntesis, el objetivo de este capítulo es analizar e interpretar, a la luz del andamiaje teórico y de la contextualización geo-histórica de los capítulos anteriores, las representaciones del paisaje que se produjeron sobre la Sabana.

Finalmente, el **capítulo 4** se propone dar cuenta del contexto socio-económico y político en el cual se producen los discursos mencionados. Analiza la manera profundamente desigual y conflictiva en que los diversos grupos sociales accedían a los recursos naturales de este altiplano. Se plantea que los recursos de la Sabana no beneficiaron al conjunto de la sociedad, debido a las contradicciones, antagonismos y herencias coloniales que caracterizaban las relaciones entre los distintos grupos sociales que habitaban la zona. Aquí la *hacienda* aparece como un elemento central en el espacio rural decimonónico, pues para finales del siglo XIX logra acaparar la mayoría de la tierra plana, de las aguas y los bosques de la Sabana, dejando a las masas campesinas fuera del acceso a la tierra y por ende reduciéndolos a la miseria en el campo y la ciudad. Por tanto la hacienda aparece como una compleja unidad productiva que es claramente territorial, y que en cierta medida produce el paisaje rural sabanero de finales del siglo XIX.

Esta tesis se desarrolló en el marco de proyecto “La construcción Historia del medio ambiente: Historia Ambiental de Bogotá y la Sabana” (Código: 201010011968, convocatoria Fals Borda de 2008), adscrito a la Línea de Historia Ambiental del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia.

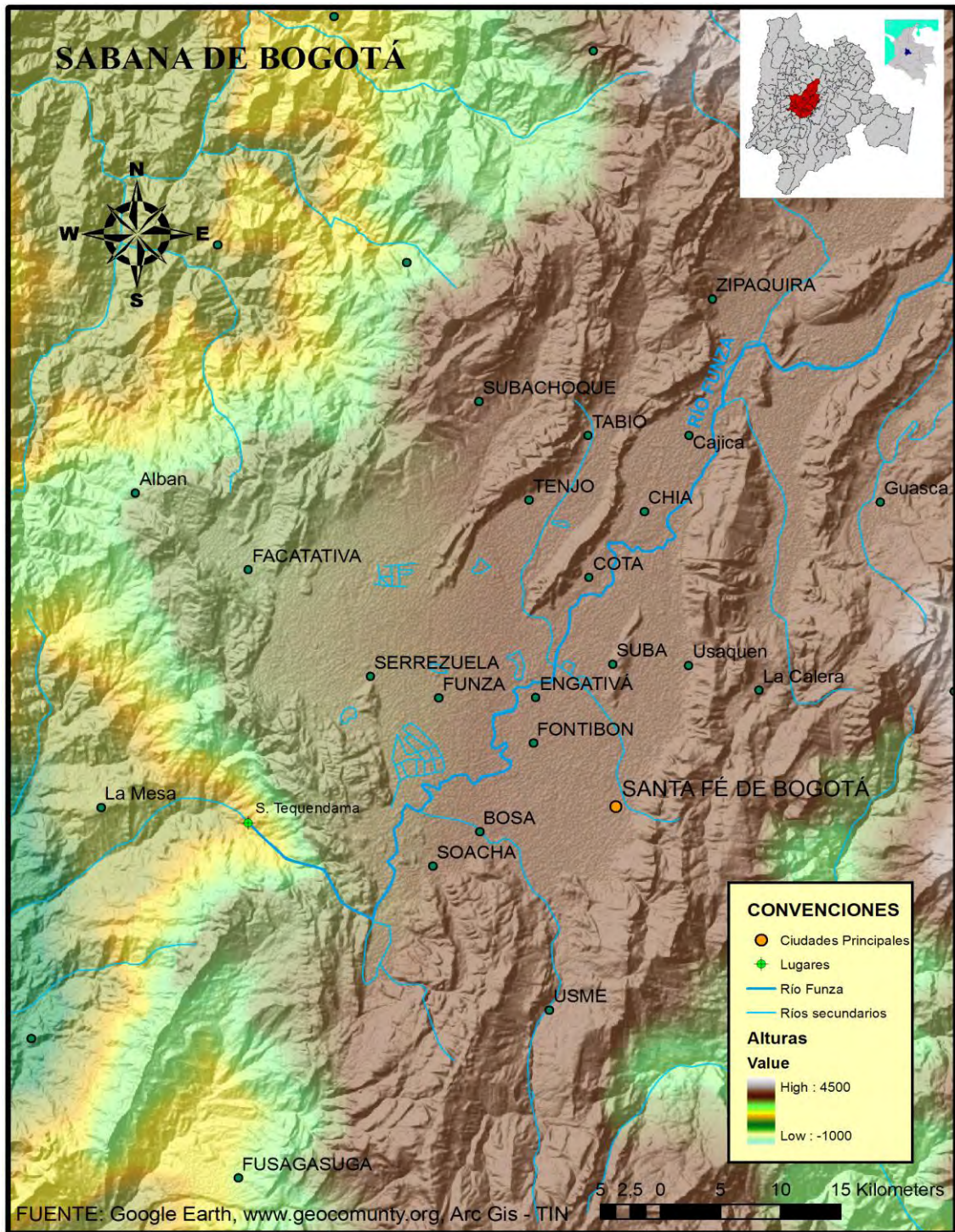


Figura 1. Localización del área de estudio: Sabana de Bogotá hacia finales del siglo XIX.

Capítulo I. ASPECTOS TEÓRICOS: EL CONCEPTO DE PAISAJE

Antes de abordar aspectos de la tierra y la ganadería en la Sabana de finales del XIX, conviene realizar una aproximación teórica al concepto paisaje, aclarando la manera en la cual será utilizado en el presente trabajo. Como se mencionó anteriormente, se debe tener en cuenta que la exploración teórica entorno a este concepto se ha realizado en base a algunos trabajos y avances de la geografía histórica y cultural norteamericana y británica de los últimos 30 años. A partir de dicha exploración, se observa que en estos contextos académicos la noción de *paisaje* ha sido ampliamente utilizada y debatida, razón por la cual su significado y modo de empleo ha estado sujeta a las transformaciones que han venido ocurriendo en seno de la misma geografía humana.¹⁹

Como sub-campo de esta gran vertiente del pensamiento geográfico, la geografía histórica es definida de manera general como “geografía humana del pasado”²⁰, una rama autoconsciente de la disciplina en donde se pretende resaltar el hecho de que el espacio -y dentro de éste las sub-categorías de territorio, paisaje y región- no solo es un telón de fondo en el cual se desarrollan los hechos históricos, sino que es un factor que interactúa activamente con estos, influenciándolos algunas veces en grado tal, que es posible considerar la idea de un pasado geográfico. A su vez, esta vertiente de pensamiento considera que el espacio es ininteligible sin el tiempo y la historia.²¹

Desde esta perspectiva, producto de acercar la geografía a la historia y viceversa, la idea de paisaje ha mostrado ser un terreno fértil desde el cual se han desarrollado importantes trabajos, que, sin embargo, no han estado exentos de matices, ambigüedades y rechazos

¹⁹ Por *geografía humana* asumiré la definición un tanto esquemática que brinda el geógrafo británico Ron Johnston para quien esta gran vertiente de la geografía se define como “aquella parte de la disciplina que se preocupa por la diferenciación y organización espacial de la actividad humana a la vez que por el uso humano del medio físico,” (Ron Johnston, “Geografía Humana”, en: Johnston, Gregory y Smith (eds.), *Diccionario Akal de Geografía Humana*, Madrid: Akal, 2000, p. 271).

²⁰ Mark Overton, “Geografía Histórica”, en: Johnston, Gregory y Smith (eds.), *Diccionario Akal de Geografía Humana*, Madrid: Akal, 2000, p. 268.

²¹ John A. Jakle, “Time, Space, and the Geographic Past: A Prospectus for Historical Geography” en: *The American Historical Review*, Vol. 76, No.4. (Oct., 1971), pp. 1084 – 1103.

directamente relacionados con el tipo de geografía que se ha venido realizando a lo largo del siglo XX. En este sentido, Alan Baker ofrece algunas líneas de análisis que resultan ser de interés para la presente investigación. Desde una perspectiva historiográfica, Baker muestra distintas tendencias en el estudio del *paisaje rural europeo* durante el pasado siglo, tendencias que serán útiles en el propósito de dar cuenta del divagar de este concepto dentro de la disciplina y de la forma en la cual lo asumiremos en el presente trabajo.²²

Para este autor el concepto de paisaje se ha caracterizado por mostrar un gran dinamismo y variedad en cuanto a su significado, cuestión que el autor ilustra a través de la identificación de diferentes tendencias y transformaciones en la manera en que se ha visto y aplicado dicho concepto, principalmente desde la geografía cultural e histórica. Lo anterior es llevado a cabo por este autor a través del análisis de documentos como las memorias dejadas por la “Permanent European Conference for The Study of the Rural Landscape” de la cual se realizaron 13 reuniones en diversos países de Europa entre los años 1957 – 1987.²³ Un evento que ha venido reuniendo a expertos e interesados en temas relacionados con el paisaje, principalmente a geógrafos históricos.

A partir del análisis de las memorias de esos treinta años de reuniones y conferencias sobre esta temática específica –el paisaje rural europeo- Baker distingue tres formas de abordarlo: la *tradicional*, la *moderna* y la *pos-moderna*, formas que, como se dijo anteriormente, responden al tipo de geografía que se ha venido realizando. Por tanto, en el presente marco teórico me someteré a los tres estadios propuestos por este autor, lo que permitirá construir

²² Alan Baker, “Historical Geography and de study of the European Rural Landscape” en: *Geografiska Annaler. Series B, Human Geography*, Vol.70, No. 1, Landscape History. (1988), pp. 5 - 16

²³ Las reuniones de esta Conferencia ha sido en los siguientes Lugares: Nancy (Francia, 1957), Vadstena (Suecia, 1960), Birmingham (Inglaterra, 1964), Würzburg (Alemania Occidental, 1966), Liège, (Bélgica, 1969), Belfast, (Irlanda del Norte, 1971), Perugia (Italia, 1973), Warsaw (Polonia, 1975), Rennes (Francia, 1977), Roskilde (Dinamarca, 1979), Durham (Inglaterra, 1981), Rastede (Alemania Occidental, 1985), Stockholm (Suecia, 1987), *Ibíd.*, p. 6. Posterior a la fecha de publicación del artículo de Baker, se han llevado a cabo siendo la última en el 2008 en Lisboa. Al respecto se puede consultar la página web de la conferencia www.pecsrl.org/.

un panorama general e histórico del origen y evolución del paisaje dentro de la geografía histórica anglo-americana del pasado siglo.²⁴

La geografía y el paisaje en la primera mitad del siglo XX

La geografía histórica “tradicional”, según Baker, es propia de la primera mitad del siglo XX. Recoge gran parte de la herencia de la geografía decimonónica principalmente alemana, caracterizándose por trabajar a partir de información histórica, para luego interpretarla geográficamente. Para la geografía de este periodo, el paisaje está en el centro del análisis geográfico, pues busca dar cuenta de los cambios materiales acaecidos principalmente en la vegetación, los cuales son derivados del uso humano del medio físico, priorizando, en su forma de análisis del espacio, al sentido de la vista.²⁵

Esta forma de hacer geografía histórica se interesa por estudiar procesos espacio-temporales, como los pueden ser, la desecación de pantanos, la incorporación de tierras para la agricultura, la formación de sistemas agrarios, los cambios en la cobertura vegetal derivados de la actividad humana, la difusión de prácticas culturales principalmente de carácter material, temas que son abordados de una manera empírica a través de trabajo de campo y consulta de archivos. A su vez, es una geografía histórica que se apoya bastante en la geografía física (climatología, geomorfología, biogeografía, entre otras), haciendo

²⁴ Ejercicio similar al de Baker, es el que realiza, en un artículo más reciente Richard Muir, en el cual, a partir de una revisión de las publicaciones sobre el tema paisaje realizadas en *Geographical Journal* (publicación británica) durante 30 años, delinea una serie de matices que ha tenido esta idea durante la segunda mitad del siglo XX. Según Muir, en un primer momento se produjeron trabajos con una notoria pretensión científica, centrados en los cambios materiales del paisaje los cuales se abordan a partir de datos cuantificables y maleables. Luego, el acento de los trabajos entorno al paisaje tendió a trasladarse hacia un énfasis en develar las ideologías y los significados culturales ocultos tras aquello a que se le denomina paisaje, siendo estos últimos trabajos propios de finales del siglo XX, pero que, no obstante, cuentan con importantes raíces en la geografía cultural de la primera mitad de dicho siglo, así como de la escuela de los Anales y del marxismo. (Richard Muir, “Geography and the History of Landscape: Half a Century of Development as Recorded in the *Geographical Journal*”, en: *The Geographical Journal*, Vol. 164, No. 2. (Jul., 1998), pp. 148-154.)

²⁵ Alan, R. H. Baker, “Historical Geography and de study of the European Rural Landscape”, op.cit. Sobre el sentido de la vista como instrumento con el que occidente ha valorado el paisaje ver Denis Cosgrove, “Observando la Naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista”. Op.cit

énfasis en el paisaje rural, propio de sociedades no industriales o pre-capitalistas, dejando de lado los temas urbanos y de desigualdad espacial derivados de emergencia del capitalismo, aspectos que vendrían a ser centrales para la llamada geografía radical de los años 60 y 70.²⁶

Entre los representantes de dicha forma “tradicional” de abordar el paisaje se encuentran figuras conspicuas de la geografía como Vidal del Blanche y Clifford Darby en el ámbito europeo y Carl Sauer y Adrew Clark en el contexto norteamericano. Esta aproximación se caracteriza, según Baker, por un enfoque morfológico, centrado en lo visible y en la cultura material, viendo al paisaje de una manera instrumental, pues se centra en su transformación por las prácticas culturales, razón por la cual, desde esta perspectiva se buscan sistemáticamente formas espaciales, áreas o patrones de distribución, siendo muy proclive a la diferenciación areal o regionalización del espacio.

Para el caso de América Latina, Carl Sauer (1889 - 1975) es el exponente más cercano de este tipo de geografía debido a su permanente interés en esta parte del planeta, lo que se representó en sus trabajos en geografía histórica y cultural. En uno de sus principales trabajos geo- históricos: *The early spanish main*, Sauer analiza los cambios paisajísticos derivados de la introducción de formas de producción y biota europeas en el nuevo mundo, principalmente en el área que para el siglo XVI se conocía como la Tierra Firme.²⁷ Aunque estudia y defiende las bondades ecológicas de la agricultura indígena, Sauer no considera a las sociedades pre-hispánicas como “ángeles ecológicos”²⁸, sino las ve en algunos casos como grandes transformadores y creadores de paisajes principalmente a través del uso cultural del fuego.²⁹

²⁶ Shawn Van Ausdal, “Medio Siglo de Geografía Histórica en Norteamérica”, en *Historia Crítica*, Junio – Diciembre, No. 32, Uni. Andes, Bogotá, 2006, pp. 198 – 234.

²⁷ Carl O. Sauer, *The Early Spanish Main*, Berkely: University of California Press, 1966

²⁸ El termino es de McNeill, (“Naturaleza y cultura de la historia Ambiental” en *Nómadas*, No. 22, abril de 2005., p. 17).

²⁹ Carl O. Sauer, “La gestión del hombre en la tierra”, Conferencia ofrecida en el Simposio *El Papel del Hombre en el Cambio de la Faz de la Tierra*, New Jersey: Princeton, 1956. (Traducción de Guillermo Castro H.).

En 1925 Sauer publica un artículo clásico titulado “la morfología del Paisaje”.³⁰ En dicho trabajo propone que el concepto *paisaje* sea el objeto de estudio primordial de la geografía. Si bien, Sauer comprende que el paisaje puede ser abordado desde un ámbito subjetivo el cual depende del punto de vista del observador, considera, haciendo eco a la geografía cultural norteamericana del momento, que el concepto debe ser manejado como una categoría de estudio fenomenológico y científico que, como ya se mencionó, fue llamada a ser el objeto de estudio propio de la ciencia geográfica.

Para este autor, el paisaje sintetizaría la relación sociedad naturaleza, representada en un área cultural o región (enfoque corológico), lo que lo llevaría a considerar que la tarea del geógrafo consiste en “establecer un sistema crítico que abarque la fenomenología del paisaje, con el propósito de aprehender en todo sus significados y color la variedad de la escena terrestre.”³¹

Para Sauer el paisaje es proceso, por lo cual, la historia vista desde una perspectiva evolutiva y cronológica, sería una importante herramienta para explicar una determinada formación espacial, de ahí que en su discurso como presidente de la Asociación Norteamericana de Geógrafos, en 1941, abogara por la formación de una geografía histórica como vertiente fundamental de la Geografía Humana.³² En este contexto, para Sauer *paisaje* se define como un “área compuesta por una asociación distintiva de formas, tanto físicas como culturales”³³, la cual, debe ser estudiada y reconstruida en términos genéticos o evolutivos. El paisaje es por tanto una realidad objetiva digna de ser estudiada por el geógrafo/historiador, el cual se dedica a rastrear “la impresión de los trabajos del hombre sobre el área”.³⁴

³⁰ Carl O. Sauer, “La morfología del paisaje”, *University of California Publications in Geography*. Vol. 2, No. 2, pp. 19-53. October 12, 1925. (Traducción de Guillermo Castro H).

³¹ *Ibid.* p. 5.

³² Carl O. Sauer, “Hacia una Geografía Histórica”, Discurso a la Asociación Norteamericana de Geógrafos. Baton Rouge, Louisiana, Diciembre de 1940. (Traducción Guillermo Castro H, 2003). Se encuentra en www.colorado.edu/geography

³³ Carl O. Sauer, “La morfología del paisaje”, *op.cit.*, p. 6.

³⁴ *Ibid.*, p. 9

Se evidencia entonces un orden dicotómico que divaga entre una realidad natural y una realidad cultural, que se encuentran en una dinámica e íntima relación, siendo su manifestación más importante la formación de un *paisaje cultural*. En este orden de ideas, cada cultura produciría su propio paisaje cultural, dependiendo de la respuesta particular que presente ante las constricciones de un medio natural específico (ver Figura 2).

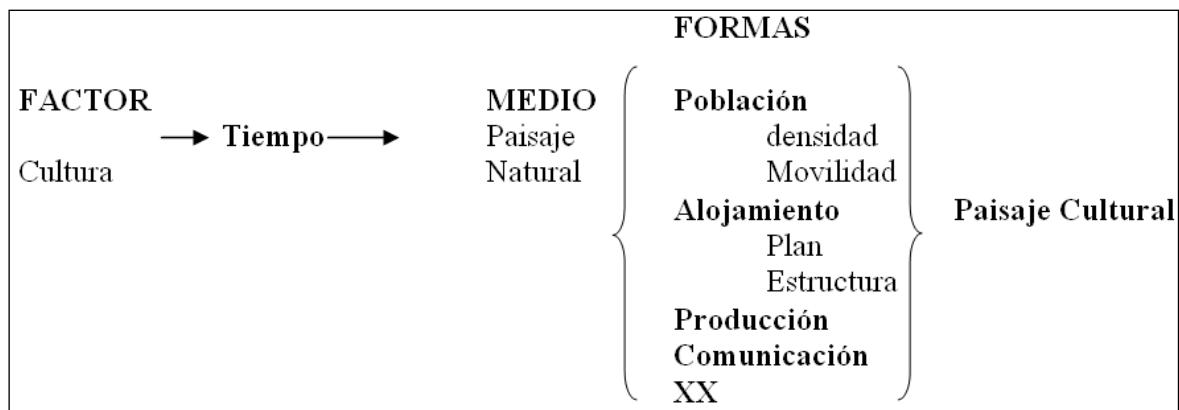


Figura 2. El enfoque morfológico y el paisaje cultural. Tomado de: Carl Sauer, “La morfología del paisaje”, 1925, traducción Guillermo Castro. p. 8.

Más allá de este enfoque meramente morfológico, análogo a una ecuación matemática, en donde la *cultura* es el agente, el *paisaje natural* es el medio y el *paisaje cultural* el resultado, la Figura 2 permite ilustrar la manera simple y clara en que Sauer, y sus discípulos de la llamada Escuela de Berkeley, concebían la diversidad de las regiones, o *áreas culturales*, que conforman la superficie terrestre.³⁵

La importancia de este planteamiento clásico, radica en ser uno de los primeros esfuerzos sistemáticos por hacer del “paisaje” un objeto de estudio (una parte de la realidad) propio de la geografía. No obstante, las críticas han sido numerosas sobre todo en lo relacionado a su concepción simplista y orgánica de la cultura, al excesivo énfasis en el “ojo soberano del

³⁵ Shawn Van Ausdal, “Medio siglo de Geografía Histórica”, op.cit.; Sobre la Escuela de Berkeley ver: Claudia Leal, “prologo: Robert West un Geógrafo de la Escuela de Berkeley” en: Robert West, *Las Tierras Bajas de Pacifico* [1957], Bogotá: ICANH, 2000. Asimismo ver también: Kent Mathewson y Jörn Seeman, “A geografía histórico-cultural da Escola de Berkeley – um precursor ao surgimento da Historia Ambiental.” En: *Varia Historia*, Belo Horizonte, vol. 24. N. 39 jan/jun 2008., pp. 71 – 86.

geógrafo”, a su metodología empirista que implica una total ausencia de teoría social, a su exclusivo interés en la cultura material en donde se privilegia el estudio de artefactos y lugares, desdeñando a individuos, colectividades, representaciones, y sobre todo, no teniendo en cuenta los conflictos y procesos sociales.³⁶

La historiografía colombiana posee importantes ejemplos de esta manera de hacer geografía histórica y cultural, los cuales se manifiestan en los trabajos clásicos de dos importantes geógrafos de la “Escuela Berkeley” (discípulos ambos de Sauer). Se trata de James Parsons y de Robert West. En relación al primero es pertinente mencionar que fue uno de los más importantes discípulos de Sauer, y fue por sugerencia de su maestro que vino al noroccidente de Colombia a estudiar la “región antioqueña” y el paisaje que, a través de una epopeya colonizadora, la “cultura paisa” había producido en los Andes tropicales desde la colonia hasta la primera mitad del XX,³⁷ haciendo particular énfasis en el proceso de apertura y humanización de las tierras templadas y montañosas del sur del Valle de Aburrá.³⁸

Por su parte, el trabajo de Robert West ha sido mucho menos conspicuo que el de su compatriota, lo que no lo excluye de ser un digno representante de la manera en que la “Escuela de Berkeley” hacía geografía, ni tampoco del hecho de ser otro geógrafo de esta corriente, en realizar trabajos clásicos para la historiografía colombiana. La importancia de West radica en que se interesó en la actividad minera colonial en el occidente de Colombia y por el estudio del Pacífico colombiano como un área cultural.³⁹

³⁶ Antonio Luna García, “¿Qué hay de nuevo en la nueva geografía cultural?”, *Doc. Anál. Geogr.* 34, 1999, pp. 69-80.

³⁷ James Parsons, *La Colonización Antioqueña en el Occidente Colombiano*, 2ª edición, Bogotá: Archivo de la Economía Nacional, Banco de la República, 1961. Para una visión más amplia del trabajo de este geógrafo ver: Joaquin Molano (ed.), *Las Regiones Tropicales Americanas: la Visión Geográfica de James J. Parsons*. Bogotá: Fondo Fen Colombia, 1992.

³⁸ La crítica a esta versión clásica de la colonización puede verse en Catherine Legrand, “Colonización y Violencia en Colombia: Perspectivas y Debate”. en Ministerio de Agricultura, *El Agro y la Cuestión social*. Bogotá: TM. Editores. 1994. pp. 3 – 70.

³⁹ Robert West, *La minería de aluvión en Colombia durante el periodo Colonial*. (Jorge Orlando Melo Tr.), Bogotá: Imprenta Nacional, D. E. 1972.

Ambos estudios coinciden, desde mi punto de vista, en darle mayor relevancia a la forma y no al proceso, interesándose en el paisaje por sí mismo y no en los procesos sociales y en los individuos que históricamente lo han producido. Así mismo, en este tipo de geografías históricas tampoco se tienen en cuenta los significados que tiene el paisaje para la vida de las personas, centrándose en como la cultura ha transformando el paisaje físico y no en como el paisaje es utilizado para legitimar un cierto orden socio-espacial que en muchos casos es tremendamente desigual y conflictivo. Valga decir que dar cuenta de esto último es la intención del presente trabajo.⁴⁰

La Revolución Cuantitativa y el destierro del paisaje

Para los años 50s y 60s del siglo XX, la geografía en general toma otros rumbos que impactan tanto el quehacer de la geografía histórica, como a la propia idea de paisaje. Para Baker este giro en cuanto a la concepción del objeto de estudio geográfico, debe ser entendido en el contexto de la llamada *Revolución Cuantitativa*,⁴¹ doctrina que tuvo gran eco e impacto en la geografía angloamericana de mediados del siglo XX.

Con la revolución cuantitativa, según Baker se instaura una forma “moderna” y positivista de ver la geografía, perspectiva que pretende trabajar desde un enfoque científico e hipotético-deductivo basándose en leyes generales que regirían una geografía estandarizada.⁴² Esta tendería a la elaboración de intrincados modelos espacio-temporales, matemática y tecnológicamente sustentados, los cuales eran inspirados en los trabajos de

⁴⁰ James Duncan, *The City as a Text: The politics of Landscape Interpretation in the Kandyan Kingdom*. Op.cit.

⁴¹ Se refiere al cambio de paradigma que sufrió la geografía humana, principalmente angloamericana, en las décadas de los 50 y 60, en donde operó un cambio en el énfasis que, siguiendo a Derek Gregory, implicó la transición de una geografía de carácter “ideográfico”, que buscaba esbozar la “diversidad zonal” de la superficie terrestre, a una de carácter “nomotético” que buscaba modelos de “estructura espacial” siguiendo las premisas del positivismo. (Derek Gregory, “Revolución Cuantitativa”, en: Johnston, Gregory y Smith (eds.), *Diccionario Akal de Geografía Humana*, Madrid: Akal, 2000, p. 495).

⁴² Alan, R. H. Baker, “Historical Geography and de study of the European Rural Landscape”, Op.cit.

geógrafos y economistas de finales del XIX e inicios de XX como Von Thünen (1826), Alfred Weber (1909), o Walter Christaller (1933).

Esta forma de hacer geografía pretendía conocer y medir la evolución y las formas de ocupación del territorio, representándolas cartográficamente y basándose principalmente en datos económicos o fuentes documentales susceptibles de ser cuantificadas.⁴³ Los modelos regresivos aplicados a determinados espacios y las explicaciones contrafactuales de la evolución de los territorios, acercan a la geografía de este periodo con la criometría como forma de estudio histórico.⁴⁴

No obstante, desde la perspectiva de la geografía histórica y del paisaje puede decirse que fue un momento de crisis, pues se privilegió el uso de modelos estadísticos por sobre la explicación histórica al momento de entender y analizar las configuraciones espaciales del presente y del pasado.

“La filosofía neopositivistas de la *new geography*, al rechazar el enfoque ideográfico e historicista de la geografía regional, rechaza también el uso del término paisaje. El concepto de paisaje no encaja en los sistemas analíticos de la „nueva geografía“. A partir de ahora, el espacio y otros conceptos mucho más acordes con los abstractos modelos teóricos, irán ganando terreno y vaciando de contenido el término paisaje.”⁴⁵

⁴³ Los trabajos y autores paradigmáticos de esta forma de hacer geografía son F. K. Schaefer, *Excepcionalismo en Geografía*, Barcelona: U. Barcelona, 1971; y el trabajo de William Bunge, *Theoretical Geography*, Gleerup: Royal University of Lunt, 1966. Sobre la historia del pensamiento geográfico y el papel en este de la revolución cuantitativa ver: Tim Unwin, *El Lugar de la Geografía*, Madrid: Cátedra, 1995. Desde la perspectiva geografía económica, donde este paradigma ha encontrado fuerte arraigo y continuidad ver: Ricardo Méndez, *Geografía Económica: La lógica espacial del capitalismo global*. Barcelona: Editorial Ariel, S.A. 1997. p.261. Un artículo producido en el contexto académico colombiano que sintetiza los presupuestos de la revolución Cuantitativa en geografía es el de Luis Zapata-Salcedo y Luis Gómez-Ramos, “Ethos y Praxis de la revolución cuantitativa en geografía”, en *Rev.relac.int.segur.* 3(1) 2008, pp. 189 - 202

⁴⁴ Sobre cliometría ver: Douglass North, “Cliometrics 40 Years Later”, en: *The American Economic Review*, Vol.87, No. 2. Mayo. Entre los ejercicios que aplican este tipo de análisis económico-histórico para el caso colombiano, se encuentra el controvertido trabajo de Adolfo Meisel y Margarita Vega, “La estatura de los colombianos: Un ensayo de antropología histórica 1910 - 2002”, en: *Documentos de trabajo*, Cartagena: Banco de la república, mayo de 2004. Asimismo se encuentra el excelente trabajo de Carlos Valencia, *Alma en Boca y Huesos en costal. Una aproximación a los contrastes socioeconómicos de la esclavitud*, Bogotá: ICANH, 2003.

⁴⁵ Joan Nogué i Font, “Geografía humanística y paisaje”, en: *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, No. 5, Madrid: Ed. Univ. Complutense, 1985, pp. 93 - 107, p.95

Este enfoque coarta toda historicidad a los procesos geográficos, pues es el tiempo y no la historia el elemento utilizado en el funcionamiento del modelo, visto por demás, como una variable dentro de una ecuación espacial. Asimismo, según Baker en relación a los temas sobre el paisaje, esta geografía positivista no tuvo muy en cuenta el concepto pues se consideraba que carecía de científicidad y en ocasiones resultaba difícil cuantificar variables relacionadas con el mismo.⁴⁶

Lo anterior se ve reflejado en la ausencia de trabajos derivados de la geografía de la revolución cuantitativa en la mencionada conferencia sobre el paisaje rural europeo, en donde el ya citado Baker afirma: “the enthusiastic search for spatial order, for models of the evolution of cultural landscape and for quantitative techniques of analysis which characterises work by ‘modernist’ contemporary geographers has found scant reflection in papers presented by historical geographers at our Conference”.⁴⁷

“Nuevas” tendencias y perspectivas

Las últimas tres décadas del siglo XX vieron un nuevo cambio en la forma de hacer geografía y por ende en la manera de utilizar la noción de paisaje. A partir de los años 70 el concepto vuelve a cobrar protagonismo alimentado por la emergencia de una “nueva” geografía histórica y cultural, así como por el acercamiento de la geografía al marxismo y luego al posestructuralismo, lo cual incorporaría al paisaje nuevamente como objeto de análisis geográfico, no sin estar exento de confusiones y ambigüedades en su definición.

Paralelo a esto, ante la relativa orfandad en la quedó el concepto desde mediados del siglo XX, otras disciplinas como la historia, la antropología y la sociología le dieron acogida, a tal punto, que para Muir este tipo de estudios llegan a constituirse en una “disciplina

⁴⁶ Alan Baker, “Historical Geography and de study of the European Rural Landscape”, Op.cit.

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 11.

interdisciplinaria”,⁴⁸ en donde, junto a la geografía histórica surgen perspectivas interesadas en el paisaje como la historia ambiental, la ecología política, la cartografía histórica y la historia del arte.⁴⁹

A su vez, esto evidencia un progresivo acercamiento de la geografía humana, y dentro de ella de la geografía histórica, a los debates de las ciencias sociales contemporáneas, tomando de la sociología, la antropología y la historia elementos teóricos-metodológicos con los cuales abordar de una manera más crítica y social el espacio y a las sociedades que lo producen.

Por tanto, se comienzan a hacer preguntas referentes a la relación del paisaje y el poder, del paisaje y la identidad, del paisaje y la visión de naturaleza, revalidando las dos anteriores tendencias que ha mostrado la geografía humana (la “tradicional” y la “moderna”) y cuestionando su exclusivo interés por el mundo material, desconociendo los significados, símbolos, ideologías y representaciones que vinculan a un grupo social con un espacio particular. Por tanto, a finales del siglo XX la geografía histórica vuelve a centrar su atención en el paisaje, concepto que por demás, viene a constituirse en una de las cuatro tendencias principales en que la geografía y la historia encuentran campos comunes.⁵⁰

⁴⁸ Richard Muir, “Geography and the History of Landscape: Half a Century of Development as Recorded in the Geographical Journal”, Op.cit. En palabras de Muir: ‘Interdisciplinary dicipline’, (Ibid, p.148).

⁴⁹ Sobre Historia ambiental y paisaje ver Alberto Sabio Alcutén e Iñaki Iriarte Goñi (eds.), *La construcción histórica del paisaje agrario en España y Cuba*, España: Catarata, 2003. Sobre geografía histórica, historia del arte y paisaje ver Denis Cosgrove, “Prospect, Perspective and the Evolution of the Landscape Idea”. *Transactions of the Institute of British Geographers*, New Series, Vol. 10, No.1. (1985), pp.45-62; Asimismo, para el contexto Norteamericano, Richard Dennis también ilustra ese cambio de énfasis en los estudios de Geografía Humana destacando la transición hacia una postura más humanística y teórica, en donde dice: “Since the 1970s positivist human geography has been challenged by a variety of alternative approaches, especially those grounded in Marxism and humanism”, (Richard Dennis. “History, Geography, and Historical Geography”, en: *Social Science History*, Vol. 15, No. 2. (Summer, 1991), p. 267).

⁵⁰ Aparte del estudio del paisaje, se destacan otros campos de análisis geo-históricos como la localización de actividades humanas, el uso humano del medio natural (geografía histórica ambiental) y las geografías e historias regionales, estas últimas serían la síntesis de los anteriores elementos, al respecto ver: Alan Baker. *Geography and History: Bridging the Divide*. Op.cit.

Este cambio de acento en el análisis del paisaje, en donde ya no se indaga sobre morfologías culturales y humanas en el espacio, sino sobre las relaciones sociales que lo producen, lleva a un distanciamiento de aquella causalidad lineal propuesta por Sauer, y a un desligue de la lógica estrecha de los modelos econométricos -propuesta de la revolución cuantitativa-, para asumir el concepto desde perspectivas teóricas construidas a partir de elementos propios de marxismo, el pos-estructuralismo y humanismo, configurando lo que Baker llama la tendencia “posmoderna” del paisaje en geografía.⁵¹

Aquí, el paisaje va más allá de una asociación de morfologías físicas y culturales o de un simple modelo, para constituirse en un complejo producto socio-cultural, en un “termino polisémico que se refiere al aspecto de un área, al conjunto de los objetos que crean esa apariencia, y a la propia zona”⁵². Surgen, por tanto, nuevos trabajos desde la geografía histórica y cultural que se hacen preguntas distintas o novedosas que tienen como propósito indagar acerca de los contenidos simbólicos y los significados culturales insertos en el paisaje, es decir, en las formas como individuos y grupos sociales perciben los diversos espacios geográficos y las formas en que se los imaginan, los apropian y los representan.⁵³

Bajo esta perspectiva, el paisaje deja de ser una realidad netamente material o una serie de formas areales, y comienza a ser visto como “una representación de esas formas en medios variados como son los cuadros, los textos, las fotografías o las representaciones teatrales hasta llegar a convertirse en los espacios deseados, recordados y somáticos de la imaginación y los sentidos”.⁵⁴ Por tanto, ahora estamos ante **representaciones del paisaje**

⁵¹ Alan Baker, “Historical Geography and de study of the European Rural Landscape”, Op.cit.

⁵² James Duncan, “Paisaje”, en: *Diccionario Akal de Geografía Humana*, R. J. Johnston, Derek Gregory y David M. Smith (eds.), Madrid: Akal, 2000, p. 425.

⁵³ Denis Cosgrove, *Social Formation and simbolic Landscape*. Op.cit. Ver también: Yi-Fu Tuan, “Realism and Fantasy in art, History, and Geography”, in *Annals of the Association of American Geographers*, 80 (3), 1990, pp. 435 – 446.

⁵⁴ Denis Cosgrove, “Observando la Naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista” Op.cit, p.63, (El subrayado es mío).

cuya información debe ser vista como “un testimonio de ordenamiento social del pasado y sobre todo de las formas de pensar y ver las cosas en tiempos pretéritos.”⁵⁵

Si bien, el paisaje puede ofrecer indicios sobre las condiciones ecológicas de un área determinada, este ya no es el objetivo fundamental de su análisis, pues visto ahora como un producto cultural o discurso, el enfoque se encamina a analizar el paisaje como parte activa del establecimiento, mantenimiento o contestación de un orden social, en un contexto histórico determinado. Desde esta perspectiva, el trabajo de James Duncan es ilustrativo en cuanto al manejo del paisaje como representación discursiva en distintos niveles.⁵⁶

Si bien Duncan es un conocido geógrafo cultural, su forma de análisis es claramente histórica, siendo su objetivo “elucidar el proceso cultural a través del estudio del paisaje”⁵⁷, en donde acoge la definición de cultura propuesta por Raymond Williams, quien la asume como un "sistema de significación a través del cual necesariamente un orden social, es comunicado, reproducido, experimentado y explorado."⁵⁸ En este sentido concibe Duncan el paisaje, como producto cultural y por tanto como sistema de significados que tiene la pretensión de comunicar y reproducir un determinado orden social. Para ello considera necesario develar la manera en el paisaje codifica información, con lo cual es posible establecer su rol en la constitución de la práctica social y política⁵⁹. Pero ¿cómo el paisaje codifica información? En la raíz de esto, dice Duncan, está el concepto de intertextualidad, que implica que el contexto de un texto es otro texto.⁶⁰

Al ver el paisaje como texto, Duncan lo asume como un “dispositivo comunicativo que codifica y trasmite información”⁶¹, que a su vez brinda elementos explícitos e implícitos en cuanto a determinadas condiciones estéticas, lo cual lo constituye en un documento

⁵⁵ Peter Burke, *Visto y no visto: el uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona: Crítica, 2005. p.236.

⁵⁶ James Duncan, *The City as a Text*. Op.cit.

⁵⁷ *Ibíd.*, p.4 (la traducción es mía)

⁵⁸ Williams citado por Duncan, *Ibíd.*, p.15 (la traducción es mía).

⁵⁹ *Ibíd.*, p.5

⁶⁰ *Ibíd.*, p.4

⁶¹ *Ibíd.*, p.4

susceptible de ser leído de distintas maneras. Esto le permite hacer inferencias encaminadas a develar, tras la silueta muchas veces naturalizada y eterna de un bello paisaje, los significados e ideologías subyacentes, que muchas veces son funcionales a las relaciones de poder vigentes en un periodo y lugar particular.

De ahí que la manera en que este autor considera que se debe interpretar el paisaje, es a partir de las metodologías propias del análisis discursivo, las cuales provienen de la semiótica y la lingüística.⁶² Desde esta perspectiva, el objetivo de Duncan es ilustrar la manera en que el paisaje, entendido como producto cultural, puede ser utilizado por individuos o grupos sociales para reproducir, legitimar o subvertir un poder político hegemónico, lo cual hace para un periodo y lugar específico: Las tierras altas del centro de Sri Lanka a comienzos del siglo XIX.⁶³

Por su parte, Denis Cosgrove coincide con Duncan en que los paisajes son productos culturales y representaciones que expresan ideas acerca de la percepción e imaginarios del territorio y de cómo ciertos grupos sociales establecen lazos de identidad con el mismo. Sin embargo, define el término como “un proceso en el que las relaciones sociales y el mundo natural se constituyen mutuamente en la formación de escenas visibles, espacios vividos y territorios regulados.”⁶⁴ A diferencia de Duncan, para este autor, más cercano al marxismo, el énfasis debe recaer en el análisis del proceso de producción social de la idea de paisaje en Occidente, por lo que el estudio de sus representaciones, en textos e iconografías, debe ir acompañado de un profundo conocimiento de las características políticas, económicas y culturales de la sociedad y los individuos que las han producido.⁶⁵

En este sentido, profundizar en la formación histórica de un determinado paisaje, implica auscultar en la historia misma de la sociedad que lo ha construido, en sus sistemas productivos, en sus técnicas de uso de la tierra, en las artes, así como sus imaginarios y

⁶² Norman Fairclough y Wodak, Ruth, “Análisis Crítico del Discurso”, en Teun Van Dijk (comp.), *El Discurso como interacción social*, Barcelona: Gedisa, 2005.

⁶³ James Duncan, *The City as a Text*. Op.cit.

⁶⁴ Denis Cosgrove, “Observando la Naturaleza”, op cit. p.78.

⁶⁵ Denis Cosgrove, *Social Formation and symbolic Landscape*. Op.cit.

significados con los que se relacionan con el entorno. Tomando como punto de partida a la Europa del renacimiento, el autor asocia la formación de la noción de paisaje en Occidente con la formación misma del capitalismo, situando el origen de la idea en el periodo de transición feudalismo-capitalismo, momento en el cual se generan una serie de cambios técnicos y culturales que avizoran una nueva forma de ver el mundo y sobre todo de escrutar, explorar y utilizar la tierra.⁶⁶

Específicamente, Cosgrove sitúa las primeras manifestaciones en torno a la idea de paisaje en el norte y centro de Italia así como en la región de Flandes, entre los siglos XIV y XV. Según este autor no es casualidad que la idea de paisaje haya nacido en estas regiones de Europa, dado que para ese momento, el norte de Italia y el valle del Rin, eran el epicentro económico del continente, además de ser áreas densamente pobladas y urbanizadas, lugar de asiento de poderosas burguesías mercantiles.

Para Cosgrove el paisaje es un producto cultural propio de una burguesía urbana en ascenso, pues es una manifestación de las condiciones materiales de la época (modo de producción) y los imaginarios sociales con los cuales dicho grupo social pretendía controlar e incorporar nuevas tierras a las áreas de influencia de ciudades como Venecia o Florencia.⁶⁷ Asimismo, las representaciones del paisaje urbano en esta época, son una manifestación de un orden socio-espacial que un grupo social hegemónico pretendía imponer, pues se representaba, en oleos y frescos, una ciudad simétrica que responde a un ordenamiento geométrico del espacio. Aquí la perspectiva, como recurso del artista para incorporar de una manera casi matemática la profundidad de campo en el paisaje, era la técnica utilizada en la creación de este tipo de representaciones.⁶⁸

⁶⁶ Denis Cosgrove, "Prospect, Perspective and the Evolution of the Landscape Idea". Op.cit.

⁶⁷ Sin embargo este autor no se restringe a la Europa del renacimiento, sino que rastrea la idea de paisaje y sus matices en distintos espacio-tiempos. En referencia al trabajo de Cosgrove, Baker considera que: "Illustrating his work with case-studies of landscape in Italy, England and North America over de past five centuries, Cosgrove has related ideas about the cultural significance of landscape to the ways in which has been materially appropriated and Used." (Baker, "Historical Geography..." Op.cit, p. 13).

⁶⁸ Denis Cosgrove, "Prospect, Perspective and the Evolution of the Landscape Idea". Op.cit.

A su vez, Cosgrove considera que cada sociedad, en determinado momento de la historia, tiene un particular “modo de ver” el paisaje, el cual es culturalmente construido, y que en buena medida responde a los intereses de un grupo social hegemónico. Esta manera compleja de abordar el paisaje, “democratiza y politiza lo que, de otro modo, sería una exploración natural y descriptiva de morfologías físicas y culturales. Así pues se introducen en el estudio del paisaje cuestiones de formación de la identidad, expresión, actuación e incluso conflicto.”⁶⁹ De ahí lo interesante que resulta intentar reconstruir los paisajes del pasado, dado que, al asumirlo como producto socio-cultural, nos habla de las gentes que lo vivieron, lo experimentaron y que en últimas, lo produjeron.⁷⁰

Por su parte, para Baker el paisaje se encuentra profundamente relacionado con la ideología. Según este autor, si bien el paisaje tradicionalmente ha sido abordado por la geografía histórica a partir de análisis de su estructura material o tangible, la cual es expresión visible de un modo de producción, debe tenerse en cuenta que estas características materiales han sido creadas en un contexto ideológico.

Por tanto, menciona que el concepto de ideología es fundamental para entender las representaciones del paisaje. Baker distingue inicialmente dos definiciones con las que comúnmente se ha asociado el término: la primera considera a la ideología como “la red de las ideas que impregnan el orden social y que constituyen la conciencia colectiva de cada época”; la segunda la ve “como una “falsa” conciencia que de alguna manera impide captar las condiciones reales de la existencia humana”.⁷¹

⁶⁹ Denis Cosgrove, “Observando la Naturaleza”, Op cit., p. 78

⁷⁰ Derek Gregory, “La acción y la estructura de la Geografía Histórica”, p.103-113 en Claude Cortez (Comp.) *Geografía Histórica*, México: Instituto Mora, 1997; En esa misma compilación ver también Alan Baker, “Geografía Histórica e ideología”, p.86-102.

⁷¹ Baker citando a J.B. Thompson, “introduction: on ideology and landscape” in Alan Baker & Gideon Biger (Eds.), *Ideology and landscape in historical perspective*, 1992. Op.cit, p.3 (la traducción es mía).

Sin embargo, puede decirse que la primer definición es sumamente y amplia y que la segunda es sumamente estrecha.⁷² Por tal razón Baker acude otros autores para complementar el concepto. En este sentido cita a Anthony Giddens quien considera que para entender la ideología es necesario “examinar cómo las estructuras de significación son movilizadas para legitimar los intereses de los grupos hegemónicos”,⁷³ y a George Duby para quien la ideología es “un sistema (que posee su propia lógica y estructura) de representaciones (imágenes, mitos, ideas o conceptos) que juega un rol histórico en una sociedad dada.”⁷⁴

En este sentido, si la ideología implica la existencia de un sistema de significación y dominación, cualquier paisaje representado, al ser también un sistema de significados, posee un carácter ideológico. Sin embargo, son particularmente tres aspectos de la ideología los que para Baker revisten especial relevancia en relación al paisaje y su interpretación. El primero tiene que ver con la tendencia de la “ideología a la búsqueda de orden”, el segundo “a la afirmación de autoridad”, y el tercero al “proyecto de totalización” implícito en la misma.⁷⁵

De los tres aspectos mencionados, la búsqueda o implantación de un orden, es a mi juicio, la que reviste mayor importancia para el presente trabajo, pues “el concepto de orden es representado en el paisaje, tanto de forma no intencional forma intencional”.⁷⁶ En distinta fuentes analizadas, se observa una cierta tendencia a difundir a través del paisaje un orden social y ambiental en la Sabana de Bogotá, orden que viene a ser producido por un grupo hegemónico, en este caso la élite bogotana de finales del siglo XIX, y el cual se puede extrapolar a lo estético y a lo territorial.

⁷² *Ibíd.*

⁷³ Baker citando a Giddens, “introduction: on ideology and landscape” in Alan Baker & Gideon Biger (Eds.), *Ideology and landscape in historical perspective*, 1992. Op.cit., p.3 (la traducción es mía).

⁷⁴ Baker citando a Duby, “introduction: on ideology and landscape” in Alan Baker & Gideon Biger (Eds.), *Ideology and landscape in historical perspective*, 1992. Op.cit., p.4

⁷⁵ Alan Baker, “introduction: on ideology and landscape” in Alan Baker & Gideon Biger (Eds.), *Ideology and landscape in historical perspective*, 1992. Op.cit., p.4 (el subrayado es mío).

⁷⁶ *Ibíd.*, p.4

En síntesis de los tres autores mencionados como representantes de la “nuevas tendencias” que dentro de la geografía histórica han surgido respecto al paisaje, resultan útiles varios elementos teóricos que fundamentarán el análisis mas adelante. El aporte de James Duncan radica en ver el paisaje como un texto, cuestión que va permitir analizar las representaciones del mismo, sean escritas o visuales, como textos polisémico que requieren una lectura entrelineas para su cabal comprensión, dando cuenta de los silencios y reiteraciones que se dan en estos documentos.

Por su parte, el enfoque de Cosgrove permite evidenciar que todo producto cultural, en este caso un paisaje, se constituye en marco de un modo de producción y de una formación histórica particular. Por esta razón para entender el significado de un paisaje en un momento dado, debe a su vez conocerse el contexto socio-económico y político en el cual se produjo el documento. Finalmente, Baker pone el acento en el paisaje como un producto ideológico y sobre todo en el proyecto de orden y de totalidad que existe tras un paisaje textual o pictórico, orden estético producido por un grupo social generalmente hegemónico y que trasciende hacia la búsqueda de un orden social, espacial y hasta ambiental.

Iconografía del paisaje.

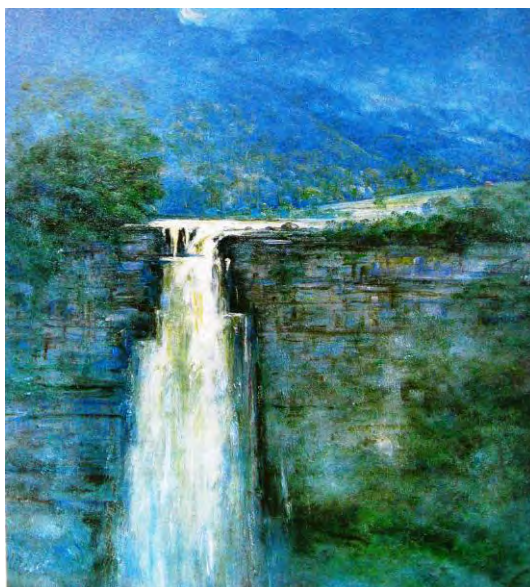


Figura 3. Ricardo Gómez Campuzano, “Salto del de Tequendama”, Sin fecha, Oleo sobre lienzo, 88.8 x 64.3 cm, Museo Gómez Campuzano, Bogotá.

No se puede terminar esta aproximación al concepto de paisaje, si reflexionar en torno a la iconografía como un tipo especial y muy atractivo de representación paisajística. Desde la geografía y más recientemente desde la historia, los últimos años han visto como la imagen ha hallado un lugar de importancia dentro del creciente universo de vestigios, rastros y huellas que pueden ser considerados como documentos históricos y geográficos. Libros como “Visto y no visto” de Peter Burke⁷⁷ refuerzan esta tendencia y abren un amplio panorama para su aplicación, dándole importancia y validez a la utilización de este tipo de fuentes.

Desde este punto de vista, el campo de acción en cuanto a trabajos investigativos sobre este tipo de documentos tiene gran potencial, dada la gran importancia y masificación que la imagen ha cobrado en las sociedades modernas.⁷⁸ Sin embargo existen interrogantes principalmente relacionados al cómo utilizar la imagen en la práctica historiográfica. Siguiendo al propio Burke el cuestionamiento sería: “¿Hasta qué punto y de qué forma ofrecen las imágenes un testimonio fiable del pasado?”⁷⁹

Las imágenes pueden actuar como rastros de la cultura material de una época, o por otra parte, ser considerada como una manifestación de la mentalidad colectiva en un periodo de la historia. Pueden ser vistas, a su vez, como mecanismo de poder, de dominación e ideología, como manifestación de resistencia y subversión, como testimonio que inmortaliza grandes efemérides de la historia humana (desde los vencedores o desde los vencidos), o como indicio de las prácticas cotidianas de seres anónimos en un determinado periodo de tiempo, de los cuales no existe tipo alguno de rastro escrito.

Esto quiere decir que la imagen es polisémica y se puede prestar a múltiples interpretaciones, dependiendo de qué tan profundo y crítico sea el trabajo realizado sobre las fuentes escogidas. En este contexto, Burke propone que la imagen se considere como

⁷⁷ Peter Burke, *Visto y no visto: el uso de la imagen como documento histórico*. Op.cit.

⁷⁸ Ibid, p. 16

⁷⁹ Ibid, p. 20

documento histórico en tres distintas acepciones, calificándolas irónicamente de “buenas y malas” noticias para el historiador:

“1. La buena Noticia para los historiadores es que el arte puede ofrecer testimonio de algunos aspectos de la realidad social que los textos pasan por alto, al menos en algunos lugares y en algunas épocas, como ocurre con la caza en el Egipto antiguo.

2. La mala noticia es que el arte figurativo a menudo es menos realista de lo que parece, y que, más que reflejar la realidad social, la distorsiona, de modo que los historiadores que no tengan en cuenta la diversidad de las intenciones de los pintores o fotógrafos (por no hablar de las de sus patronos o clientes) pueden verse inducidos a cometer graves equivocaciones.

3. Sin embargo, y por volver a las buenas noticias, el propio proceso de distorsión constituye un testimonio de ciertos fenómenos que muchos historiadores están deseosos de estudiar: de ciertas mentalidades, de ciertas ideologías e identidades. La imagen material o literal constituye un buen testimonio de la “imagen” mental o metafórica del yo o del otro.”⁸⁰

Como lo manifiesta el autor, el interés respecto al análisis de este tipo de documentos, no se reduce a considerar lo que explícitamente muestra una imagen, sino que se pretenden ir más allá, hacia los silencios o significados ocultos, con el propósito de develar su carácter ideológico, es decir, la manera en que la imagen se inscribe dentro de un determinado orden social. No obstante, se debe tener cuidado ante la dificultad de abordar las fuentes de tipo visual. Como ante cualquier otro documento histórico, la imagen debe ser sometida a una rigurosa crítica de las fuentes, la cual debe ser cotejada en relación a los objetivos buscados por el investigador. Nuevamente aquí se hace imprescindible la aplicación de técnicas cualitativas de adquisición de información, con el fin de elaborar conjeturas sobre el pasado.⁸¹

Para el caso que nos compete, estamos tras el rastro de cómo era percibido y representado, a partir de imágenes, el paisaje de la Sabana de Bogotá a finales del siglo XIX y de cómo éstas representaciones difundían un determinado orden social, el cual era también espacial y ambiental. Sin embargo, cabe preguntarse si ¿es el paisaje, como imagen, susceptible de ser estudiado como documento histórico? Desde la geografía histórica la respuesta a este cuestionamiento es afirmativa, dado que “geográficamente la idea de paisaje es la expresión

⁸⁰ Peter Burke, *Visto y no visto*. Opcit. p. 37

⁸¹ Carlo Ginzburg, *Mitos, emblemas e indicios*, Barcelona: Gedisa, 1989.

más significativa del intento histórico de reunir imagen visual y mundo material y es en gran medida el resultado de dicho proceso.”⁸²

Si bien se ha mencionado anteriormente el análisis del paisaje como representación textual, existen también, a través de la historia, gran cantidad y variedad de representaciones de tipo visual, susceptibles de ser analizadas desde el punto de vista iconográfico e iconológico. En este sentido, para Cosgrove y Daniels “un paisaje es una imagen cultural, una forma pictórica de representar, estructurar y simbolizar el entorno.”⁸³

Esto implica que, si se quiere hacer una historia del paisaje, es posible que algunos testimonios visuales brinden indicios fiables sobre el *cómo* era este paisaje (material) en un periodo de tiempo determinado. Pero ante todo, el testimonio visual nos brindará elementos de gran utilidad para conocer cómo es que un individuo, en este caso el artista o su patrón, o todo un grupo social, percibían, representaban, construían e instrumentalizaban la naturaleza. Lo anterior, siguiendo nuevamente a Cosgrove y Daniels, “no quiere decir que el paisaje es inmaterial. Este es representado en varios materiales y en varias superficies – en pintura sobre lienzo, en escritura sobre papel, en la tierra, en las rocas, en el agua y la vegetación del entorno [refiriéndose a la arquitectura y el diseño de paisajes]. El paisaje de un parque es más palpable, pero no más real, no menos imaginario que el paisaje pintado, o el expresado en un poema.”⁸⁴

Lo anterior puede ser de gran interés para historiadores y geógrafos que estén tras la pista de modos de ver el mundo, de mentalidades y construcciones sociales del espacio, la naturaleza y el territorio, en épocas pretéritas. Así mismo, hay que abordar la fuente visual,

⁸² Denis Cosgrove, “Observando la naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista” en Op.cit, p.71. Sobre la utilización de representaciones visuales del paisaje desde la geografía histórica ver John Barrell, *The Dark Side of the landscape: the rural poor in English painting 1730 – 1840*, Op.cit; Ver también Hugh Price, “Art and agrarian change, 1710 – 1815,” in Cosgrove and Daniels, *The Iconography of Landscape*, op.cit. pp. 98 – 118.

⁸³ Denis Cosgrove & Stephen Daniels. (eds) *The Iconography of Landscape: Essays in the Symbolic Representation, Design and Use of Past Environments*. Cambridge, 1988., p.1 (la traducción es mía)

⁸⁴ *Ibíd.*, p.1 (la traducción es mía)

como cualquier otra fuente, según el contexto en cual fue creada. Es muy probable que una imagen de más cuenta de las características psico-sociales de su autor o de su destinatario, que de las características o hechos que pretende representar.

También se debe considerar que el carácter de testimonio histórico, de un determinado documento visual, lo da es el historiador mas no el autor de la obra, dado que, “como otras formas de testimonio las imágenes no son creadas al menos en su mayoría, pensando en los futuros historiadores. Sus creadores tienen sus propias preocupaciones, sus propios mensajes. La interpretación de estos mensajes se denomina „iconografía“ o „iconología“, dependiendo del nivel analítico desde el que se realice.”⁸⁵ Esto implica que el investigador desempeña un papel fundamental, influye en todo momento en la construcción de la historia a partir de imágenes.⁸⁶

En este sentido, como se menciona en la cita anterior, la producción de imágenes científicas y artísticas sobre el paisaje de la Sabana de Bogotá a finales del siglo XIX, no se llevó a cabo con la intención de ser documentos históricos. Originalmente fueron creadas para desempeñar múltiples funciones en un determinado contexto social: funciones científicas, estéticas, políticas, comerciales, etc. Pero ¿Cómo pueden desentrañarse los símbolos y significados ocultos tras un paisaje?

Una manera es por medio de la aplicación del método iconográfico e iconológico propuesto inicialmente por Panofsky, el cual es reconsiderado y reinterpretado en sus tres niveles por Burke como una historia cultural de las imágenes, en donde el historiador por medio de este tipo de fuentes tiene acceso “no ya directamente al mundo social, sino mas bien a las visiones de ese mundo propias de una época..., en donde el testimonio debe ser situado en su «contexto», o mejor dicho, en una serie de contextos (cultural, político, material, etc.)”⁸⁷, avocando por una “historia serial” de la imagen (es decir, secuencias de imágenes), en la que se hace necesaria una lectura entre líneas.

⁸⁵ Peter Burke *Visto y no visto*. Op.cit, p. 43

⁸⁶ Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona: Ed. Paidós, 2003.

⁸⁷ Peter Burke *Visto y no visto*. Op.cit., p. 239-240.

* * *

En síntesis, la forma “posmoderna” de abordar el paisaje, tiene como objetivo reivindicar los imaginarios geográficos y estéticos, así como las mentalidades en torno a la naturaleza en un determinado periodo de la historia, las cuales generalmente se encaminan a la implantación, mantenimiento y hasta subversión de un orden social, estético y ambiental. Obviamente, esto no debe desprenderse, como ya se mencionó, de un determinado contexto histórico y socioeconómico. Como producto cultural y sistema de significados, el paisaje es la conjugación en el espacio-tiempo de aspectos “materiales” e “ideales”, pues “han sido resultado de desiguales condiciones naturales, pero también de las distintas adaptaciones humanas. Sin ir más lejos, está fuertemente ligado a las relaciones de producción y de poder, es decir, al tipo de propiedad y de usufructo. El paisaje es proceso y tiene una clara dimensión diacrónica. El paisaje cambia a medida que se transforman los usos del suelo y las estructuras técnico-productivas”.⁸⁸

Sin embargo, considero que no es posible afirmar que las formas de abordar el paisaje, “tradicional” y “moderna”, hayan sido del todo superadas, dando lugar a una única, actual y exclusiva interpretación “posmoderna”. Pienso que las tres tendencias tienen todavía bastante tela por cortar, siendo un error, a mi parecer, despreciar un enfoque sobre el otro. La geografía histórica *tradicional* ha sido la vanguardia en el abordaje de la temática del paisaje, produciendo trabajos clásicos de gran calidad que son la base de las interpretaciones posteriores. Debe rescatarse de este enfoque su trabajo empírico que conjuga el trabajo de campo y el de archivo y su reivindicación por las transformaciones materiales del paisaje producto de la acción humana. Esta perspectiva obliga al geógrafo-historiador a ensuciarse las botas y comprobar sus elucubraciones teóricas y archivísticas con la observación de campo.

⁸⁸ Alberto Sabio Alcutén e Iñaki Iriairte Goñi (eds.), *La construcción histórica del paisaje agrario en España y Cuba*, Op.cit., p.9. A su vez, o planteado es esta cita, puede relacionarse a la manera en que la “escuela de los Anales” concibe la tierra y la sociedad. Este movimiento historiográfico se destaca por su interés en torno al desarrollo de la cultura material y mental en diferentes periodos de la historia, estableciendo dos importantes tendencias históricas de gran relevancia para la geografía: la Historia Total y la llamada *historia de las mentalidades*.

Así mismo, la geografía histórica *moderna* o cuantitativa, con su inclinación por los modelos y por la llamada ciencia espacial, si bien ha desdeñado la idea de paisaje, también tiene mucho que decir y mucho por hacer. El aporte de este tipo de modelos aplicando las nuevas tecnologías de la información geográfica (SIG) y de la percepción remota puede contribuir a descifrar la evolución de ciertos espacios, de ciertos paisajes a través del tiempo, brindando materias primas importantes susceptibles de ser analizadas desde distintos enfoques.

Por su parte a la geografía histórica *posmoderna* le correspondería, a mi juicio, el gran esfuerzo de síntesis y análisis. Su gran aporte radica en devolverle al paisaje su lado histórico, humanista y social, al considerar las percepciones y construcciones mentales que se ciernen entorno al mismo y, sobre todo, en considerarlo como un producto socialmente e históricamente construido. En este sentido, los espacios y los paisajes son creados por los individuos y por las sociedades en una milenaria y compleja relación con la naturaleza. Más allá de las etiquetas (tradicional, moderna, posmoderna) con las que se puede o no estar de acuerdo, la geografía histórica ha rescatado para sí la idea de paisaje mediante la cual se abre un interesante camino para desentrañar aquellas geografías del pasado que tanto le son esquivas.

Capítulo II. MARCO GEOGRÁFICO: ¿QUÉ ENTENDER POR SABANA DE BOGOTÁ?

“El hombre tiene historia porque transforma la naturaleza. Y asimismo, la naturaleza propia del hombre consiste en tener tal capacidad. La idea es que, de todas las fuerzas que ponen al hombre en movimiento y lo hace inventar nuevas formas de sociedad, la más profunda es su propia capacidad de transformar sus relaciones con la naturaleza, transformando la misma naturaleza.”⁸⁹



Figura 4. Luis de Llanos, “Sabana de Bogotá desde los Cerros de Santa Ana”, 1894, 55x 77 cm, Acuarela y Oleo sobre papel, Colección particular, Bogotá.

Antes de entrar en el análisis de las representaciones del paisaje sabanero conviene realizar una aproximación a lo que se asumirá por Sabana de Bogotá en el presente trabajo. Inicialmente, debe tenerse cuenta que se está frente a un espacio que posee una larga historia de poblamiento, que lo constituye en una región ampliamente poblada y transformada, o si se quiere “domesticada”, respecto a sus condiciones naturales originales. Puede hablarse, por tanto, de un palimpsesto en donde la huella de diversas sociedades se hace presente en la confección material e ideal del paisaje sabanero.⁹⁰

⁸⁹ Godelier, Maurice. *Lo ideal y lo material: Pensamientos, economías, sociedades*, [1984] Op.cit., p. 18.

⁹⁰ Maurice Godelier. *Lo ideal y lo material*, Op.cit. Asimismo, aquí hago referencia a John McNeill, quien considera que los temas de Historia Ambiental implican un abordaje dicotómico entre una historia de la transformación material de la naturaleza por un lado, y la historia de la producción de ideas y discursos sobre la naturaleza por el otro (John R. McNeill, “Naturaleza y cultura de la historia Ambiental” en *Nómadas*, No. 22, abril de 2005.). Sin embargo, desde mi punto de vista es

En este sentido, Marco Palacios considera la existencia de una *región bogotana*, caracterizada por la continuidad geo-histórica de su poblamiento, así como por la concentración espacial de actividades culturales y económicas en la *larga duración*,⁹¹ asumiendo este espacio como un centro político, religioso, educacional y económico que tiende a mantenerse y hasta a reforzarse a través de los siglos.⁹²

En este contexto, puede verse que el periodo colonial deja en la Sabana una herencia de poblamiento proporcional al alto grado de transformación de sus ecosistemas. Para el siglo XVIII se tiene que “ $\frac{3}{4}$ de la población estaba en la región andina y el altiplano cundiboyacense albergaba el 44% de la población en Colombia”⁹³. Según el censo de 1778, la región de la Sabana de Bogotá –incluida Santafé– poseía una población de 77.824 habitantes de los cuales eran “21.752 „blancos“ y 56.072 de otras clasificaciones étnicas”⁹⁴.

Así las cosas, para el periodo histórico que nos interesa, se encontraba asentada en la Sabana una importante población dedicada principalmente a actividades agrícolas, que constituía para el año de 1869, unos “150.000 habitantes de los cuales el 35% vivía en Bogotá y el resto, ósea el 65% se distribuían en los 30 sectores poblacionales o „distritos

necesario superar dicha dicotomía, para lo cual me baso en Gallini con el propósito de mostrar la existencia de una profunda interrelación entre la transformación de la naturaleza y uso de los recursos por parte de sociedades en un momento dado de la historia y la producción de discursos sobre dicha naturaleza. (Stefania Gallini, “El ambiente entre representación y ecología - un estudio de caso en Guatemala, siglo XIX”, Op.cit.

⁹¹ Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México: Fondo de Cultura Económica, 1976 (1949); De este mismo autor ver también: *El Mediterráneo: El espacio y la Historia*, México: FCE, 1989.

⁹² Marco Palacios, *La propiedad agraria en Cundinamarca, 1880 – 1970: Un esbozo sobre la sociedad de las tierras templadas*. Op.cit. Al respecto este autor considera: “la región Bogotana pertenece a la larga duración en el esquema de las categorías históricas braudelianas. Desde tiempos prehispánicos fue el ámbito de una de las más desarrolladas y densas sociedades aborígenes, cuya huella profunda ha sido advertida por sociólogos como Fals Borda, al estudiar las relaciones entre las comunidades veredales y los ecosistemas del altiplano cundiboyacense.” (Ibíd., p.1).

⁹³ Hermes Tovar Pinzón, *Convocatoria al poder del numero: Censos y estadísticas de la Nueva Granada (1750 – 1830)*, Bogotá: Archivo General de la Nación, 1994. p.66

⁹⁴ Juan Villamarín, “Haciendas en la Sabana de Bogotá, Colombia, en la época colonial: 1539 – 1810.”, Op.cit, p.329.

parroquiales” en que se encontraba dividida políticamente la Sabana para dicha época” (ver Figura 6).⁹⁵

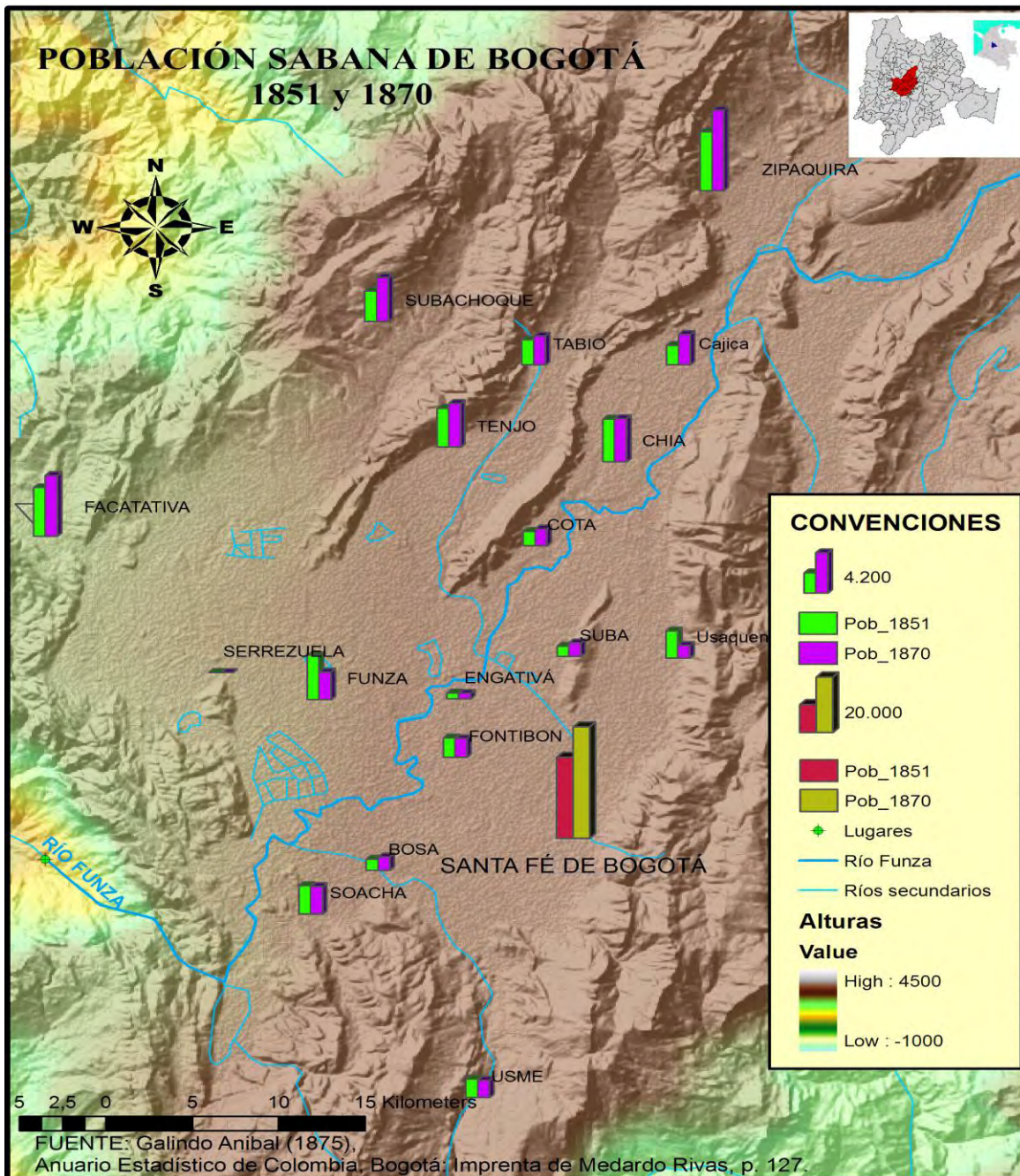


Figura 5. Mapa de población de la Sabana de Bogotá para los años 1851 y 1870.

⁹⁵ Prospera Parra y Luis Muñoz, *Aspectos de la agricultura y la desamortización en la Sabana de Bogotá: 1860 – 1870*. Op.cit, p.7

Estas tendencias en el poblamiento nos permiten inferir que existía toda una historia de apropiación y utilización de los recursos naturales de la Sabana decimonónica, lo que nos remite al epígrafe con el cual se da inicio a este capítulo, pues el milenario proceso de transformación y re-transformación de este espacio, ha sido también, el proceso en cual se ha formado la misma sociedad sabanera del pasado y del presente.⁹⁶

Surge el interrogante entonces sobre qué entender por Sabana de Bogotá y cómo delimitarla espacialmente. En este sentido, el toponímico con el cual se designa este espacio, *Sabana de Bogotá*, puede brindar elementos útiles para la delimitación del área de estudio, destacando el hecho de que éste hace referencia más a rasgos históricos que a factores ambientales.

Etimológicamente la palabra *sabana* proviene de la lengua taina - arawak propia las sociedades indígenas de las Antillas mayores y de áreas septentrionales de América del Sur. Comenta Víctor Manuel Patiño que al llegar los conquistadores, a finales del siglo XV, a la actual República Dominicana, antigua La Española, observaron algunas tierras planas u onduladas carentes de vegetación arbórea y cubiertas por una suerte de gramíneas nativas.

Al preguntarles a los aborígenes que allí se encontraban sobre el aspecto de dichas tierras, la expresión “Zavana” fue la más utilizada por éstos para denotar dicho paisaje. Es probable que los orígenes de estas zonas despejadas de vegetación boscosa se deban, siguiendo a Sauer, al uso cultural del fuego por parte de comunidades prehispánicas de Centro, Sur América y el Caribe.⁹⁷ Esto quiere decir que desde su origen la palabra designa un espacio llano el cual ha sido transformado por la acción humana.

Desde la ecología el término sabana se utiliza para referirse, de manera genérica, a un determinado ecosistema. Aquí, hace referencia a un “bioma tropical compuesto por

⁹⁶ Gonzalo Correal y Van der Hammen, T., *Investigaciones arqueológicas en los Abrigos Rocosos del Tequendama*, Bogotá: Biblioteca Banco Popular. 1977.

⁹⁷ Víctor Manuel Patiño, *Platas cultivadas y animales domésticos en la América equinoccial*, T.III, Cali: Imprenta Departamental, 1963; Carl Sauer, *The Early Spanish Main*, op.cit.

extensos pastizales y árboles dispersos, en el cual habitan herbívoros de gran talla. Presenta tres estaciones claramente diferenciadas: Época de lluvias; Periodo de incendios ocasionales y Estación de sequía. La vegetación está conformada por plantas herbáceas, esencialmente gramíneas de gran altura, arbustos más o menos dispersos y árboles aislados”.⁹⁸

Si se atiende a la anterior definición, puede decirse que la sabana bogotana cumple con algunas de las características anteriormente mencionadas, aunque, como ya se mencionó, los orígenes de la mayoría de las mismas no son naturales sino sociales (históricos). Claramente y debido a su posición latitudinal, es un ecosistema tropical (o ecuatorial), en donde los pastizales predominan por sobre otros cultivos. No obstante, no es un área totalmente uniforme y monótona en su perspectiva, pues desde mediados del siglo XIX se hace referencia a que “grupos de árboles mueven las copas, de trecho en trecho, e interrumpen la uniformidad del paisaje.”⁹⁹

Asimismo, dicha cobertura vegetal, compuesta por pastos, cultivos y algunos relictos de bosque, son para la Sabana de Bogotá una construcción eminentemente humana, pues las gramíneas no son la cobertura vegetal original de la zona. La vegetación nativa de la Sabana contaba con la presencia de bosque de planicie el cual abarcaba áreas con relativa elevación, es decir no inundables, en donde árboles como el *raque* el *arrayan* y el *paloblanco* eran predominantes. Por su parte, en zonas más cercanas al río Funza existía un bosque inundable, sobre todo alrededor de pantanos y *madres viejas* o meandros olvidados, en donde el *aliso*, debido a su resistencia al exceso de agua, era el árbol predominante.

⁹⁸ Diccionario Eclógico en http://www.peruecologico.com.pe/glosario_s.htm. Otra definición considera que es una “Meseta o llanura extensa con gran abundancia de vegetación herbácea, fundamentalmente gramíneas, con arbustos y árboles aislados, como los baobabs y las acacias.” (<http://www.wordreference.com/definicion/s%C3%A1bana>)

http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=Sabana

⁹⁹ Agustín Codazzi, “Situación, Extensión y población”, [1851] en: *Geografía Física y Política de la Confederación Granadina*, Vol. II, estados de Cundinamarca y Boyacá, Antiguas provincias de Bogotá, Mariquita, Neiva y San Martín. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi. Edición, análisis y comentarios: Augusto Gómez, Guido Barona, Camilo Domínguez, Apolinar Figueroa. Bogotá: Unal. Alcaldía de Bogotá, D.C., Gobernación de Cundinamarca. 2003. p. 219.

Valga decir que aún quedan relictos de estos espacios inundables que han albergado y mantenido la mayor diversidad de fauna en la Sabana.¹⁰⁰

En cuanto a la pluviosidad, la Sabana cuenta con dos estaciones: la seca y la lluviosa, que comúnmente son llamadas “verano” e “invierno”. Son muy raros los incendios de pastizales, como comunes son los incendios forestales en los cerros circundantes. En relación a la temperatura, aspecto sobre el cual se ha tejido en buena medida el discurso de la europeización y salubridad del clima sabanero, se tiene que “en la parte plana es de 13.5 °C, con variación anual inferior a 1°C; pero con oscilaciones diarias que pueden llegar hasta 25°C, de calor y 3°C de frío época seca. Sus vientos son muy moderados y su precipitación media es de 850 mm por año, aunque con grandes variaciones dentro de la misma sabana.”¹⁰¹

Herbívoros de gran talla sí hay en la Sabana decimonónica, pero al igual que ocurre con los pastos y ciertos cultivos, sus orígenes son recientes y claramente históricos, limitándose a los ganados introducidos por los europeos desde el siglo XVI.¹⁰² El mastodonte, el megaterio y el caballo americano, que habitaban estas planicies a finales del pleistoceno, desaparecieron hace ya más de 10.000 años, en donde factores climáticos y antrópicos se conjugaron para su extinción.¹⁰³

¹⁰⁰ Thomas van der Hammen, *Plan Ambiental de la Cuenca Alta del río Bogotá. Análisis y orientaciones para el Ordenamiento Territorial*. Bogotá: Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca (CAR). 1998. p. 50

¹⁰¹ Ernesto Guhl, *Colombia*, Comisión de Geografía. Río de Janeiro: Instituto Panamericano de Geografía e Historia. 1967., p. 226. Asimismo este autor menciona que “la evaporación en superficies de aguas libres es análoga. La parte Sur de la periferia de la cuenca hidrográfica de la sabana, que a su vez constituye la línea divisoria de aguas hacia los Llanos Orientales (ríos Meta-Orinoco), está influenciada por el régimen de lluvias de la vertiente oriental de la cordillera con abundantes precipitaciones durante de los meses de junio y julio, que en el resto de la sabana se caracteriza por buen tiempo seco (el “verano” como llaman aquí a las estaciones secas).”, (Ibíd., p.227).

¹⁰² Fabio Yepes. “Ganadería y transformación de ecosistemas”, Op.cit.

¹⁰³ Thomas Van Der Hammen, “El hombre prehistórico en la Sabana de Bogotá: datos para una prehistoria ecológica”, en Thomas van der Hammen, *Historia, ecología y vegetación*, Bogotá: FEN, COA, Banco Popular, 1992. pp. 217 – 232.

En este sentido, puede considerarse que esta definición de sabana, propia de un diccionario genérico de ecología, si bien aporta elementos importantes para su caracterización ambiental, no tiene en cuenta al ser humano como constructor de naturaleza por lo cual es totalmente a-histórica. Asimismo se evidencia que dicha definición alude exclusivamente a las sabanas africanas, paradigma de este tipo de paisajes.

No obstante, es posible darle a la anterior definición un carácter más histórico, más humano, a un lugar que como la Sabana de Bogotá ha sido altamente intervenido y cuya vegetación original ha sido completamente modificada. Por esta razón se hace pertinente ver este espacio como un *agro-ecosistema*. Este concepto, de común uso en la historia ambiental, modifica la categoría *ecosistema*¹⁰⁴ y es definido por Donald Woster como un:

“ecosistema reorganizado para fines agrícolas- un ecosistema domesticado. Se trata de una reestructuración de los procesos tróficos en la naturaleza, esto es, de los procesos de flujo de alimento y energía en la economía de los organismos vivientes. En cualquier lugar, una reestructuración tal supone forzar las energías productivas de algún ecosistema a servir de manera más exclusiva a un conjunto de propósitos conscientes a menudo localizados fuera del mismo, esto es, a la alimentación y prosperidad de un grupo de humanos.”¹⁰⁵

En este concepto ya aparece el papel de la acción humana como un factor que altera, transforma y re-produce lo que antes era un sistema eminentemente natural. De ahí que pueda verse la Sabana de Bogotá como un paisaje producido por la acción humana, en donde los elementos que constituyen el agro-ecosistema han tomado forma gracias a procesos históricos, pues ni las vacas holstein, normado o durham, ni el trigo, ni los eucaliptos, ni el pasto carretón o kikuyo, aparecieron en este altiplano andino como la virgen de Lourdes, sino que fueron acciones humanas, conscientes e inconscientes, las que permitieron su arribo y su arraigo.

¹⁰⁴ Para este autor un ecosistema es un “subconjunto de la economía global de la naturaleza - un sistema local o regional de plantas y animales que trabajan juntos para crear los medios de sobrevivencia...” (Donald Woster, “Transformaciones de la Tierra: hacia una perspectiva agro ecológica en la historia”, en: *Transformaciones de la Tierra. Una antología mínima de Donald Woster*, Panamá: Selección, traducción y presentación de Guillermo Castro H. 2000. p.49)

¹⁰⁵ *Ibíd.*, p. 49

Sin embargo, desde mi punto de vista este concepto, si bien tiene en cuenta la agencia humana en la transformación de los ecosistemas, sigue viendo el espacio desde una perspectiva netamente ecológica, reduciéndolo a una suerte de relaciones energéticas y reproduciendo un sesgo determinista en una eventual delimitación espacial de la Sabana. A mi modo de ver, dentro de la categoría de *agro-ecosistema*, los discursos sobre la naturaleza y el paisaje, objeto de estudio del presente trabajo, quedan totalmente excluidos de la anterior definición, pues no se ausulta sobre qué tipo de ideas o mentalidades hay tras esas intervenciones humanas sobre los ecosistemas y como estas van cambiando a través del tiempo.

Es por esto que considero necesario acudir a otra forma de caracterización geográfica de este espacio, más socio-cultural, más humana, acercándonos a lo que se podría denominar como la Sabana de Bogotá de la historia. Esta no se define en base al hecho de ser una tierra plana desprovista de arboles, sino en base a acumulados históricos, a rasgos culturales plasmados en el territorio, es decir, a una construcción socio-espacial realizada por individuos o grupos sociales en una época determinada, lo que implica acercarnos a este espacio con los lentes de quienes la habitaron a finales del XIX.¹⁰⁶

¹⁰⁶ Desde esta perspectiva hablamos de una Sabana distinta a la actual, en donde los desplazamientos costaban gran trabajo y podían implicar una o más jornadas de camino, pues a pesar de la topografía plana, y las distancias euclidianas relativamente cortas, debían sortearse obstáculos como los pantanos y humedales, así como el estado de los caminos que en épocas de lluvias se hacían intransitables. Esto me lleva a considerar que, al igual que ocurría con el Mediterráneo que Braudel ilustra para el siglo XVI, la Sabana decimonónica era un espacio enorme, casi un mundo en sí misma, debido al relativo aislamiento en que se encontraba, a los medios de transporte y al estado de los caminos. Igualmente, las nociones espacio-temporales de sus habitantes eran distintas a las contemporáneas, puede decirse que mas dilatadas e imprecisas. Al respecto ver: Fernand Braudel, *El Mediterráneo: El espacio y la Historia*, Op.cit. Sobre las distintas percepciones sociales de espacio y tiempo, las cuales varían en el espacio y en el tiempo, ver: David Harvey, "Between space and time: Reflections on the Geographical Imagination" en: *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 80, No. 3 (Sep., 1990), pp. 418 – 434. A manera de ejemplo, Marc Bloch muestra como en la Edad Media las percepciones del tiempo eran mucho más imprecisas, difusas y dilatadas si se comparan, por ejemplo, con la precisión y fragmentación del tiempo en sociedades "industriales". Al respecto ver Marc Bloch, *La Sociedad Feudal*, México: Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana, 1958. p.86.

En este sentido, resulta interesante dar cuenta de la noción espacial de Sabana que tenía para finales del siglo XIX un personaje íntimamente relacionado con este espacio y profundo conocedor del mismo, como lo fue Tomás Rueda Vargas, cuya visión probablemente representaba a la de buena parte de la élite terrateniente de su época. Para Rueda Vargas, “cantor en prosa de la sabana un campesino doblado a poeta”¹⁰⁷ y miembro de una tradicional familia terratenientes sabaneros, la Sabana de Bogotá se circunscribe a la llanura ubicada al occidente de Bogotá, de la cual actúa como eje estructural el río Funza, y como epicentro la ciudad que actualmente lleva ese mismo nombre (Funza), antiguamente llamada Bogotá. Al respecto Rueda Vargas menciona:

“Para un calentano o para un individuo que no sea bogotano, la Sabana es toda la extensión de la altiplanicie, sin descontar las laderas que se confunden con la cordillera, y los valles como el de Sopó, La Calera y Tabio. Pero un bogotano no dice: Voy a la Sabana, sino cuando se dirige al occidente, es decir a la parte más fértil de la planicie, y así parece entenderla en general el mismo sabanero, para el cual la Sabana significa lo que ellos llaman el riñón, lo que rodea en varias leguas a la redonda a Funza, la antigua capital de los chibchas; y ciertamente en esa región es donde las costumbres sabaneras han estado más caracterizadas y el tipo del orejón se ha conservado física y moralmente más fijo.”¹⁰⁸

Resulta reveladora la definición de don Tomas, quien delimita este espacio no por la topografía plana, ni por el clima frío, ni por cualquier otro aspecto de índole físico-biótico. Lo hace tomando como referencia la existencia espacial de una serie de elementos culturales, en donde las “costumbres sabaneras han estado más caracterizadas”, el lugar propio del “orejón”. Dicha definición de lo que es la Sabana, se acerca a lo que en geografía humana se entiende por *área cultural*.¹⁰⁹

¹⁰⁷ Juan Carrasquilla Botero, *Quintas y estancias de Santafé y Bogotá*, Bogotá: Banco Popular, 1989, p.155.

¹⁰⁸ Tomas Rueda Vargas, *La Sabana de Bogotá*, Lecturas hechas el 4 de octubre de 1917 y el 7 de marzo de 1918 en la Sala Santiago Samper. Bogotá: Biblioteca Popular Colombiana, 1946.

¹⁰⁹ Sobre este concepto, debe tenerse en cuenta que es derivado de la ecología cultural, y “se refiere a la región geográfica sobre la que se puede identificar un cierto grado de homogeneidad en los rasgos culturales.” (Denis Cosgrove, “Área Cultural”, en: *Diccionario Akal de Geografía Humana*, R. J. Johnston, Derek Gregory y David M. Smith (eds.), Madrid: Akal, 2000, p.44). Los orígenes del concepto provienen de la geografía cultural alemana, en especial de la noción ratzeliana de *Kulturprovinz*, quien a su vez la toma de la biología. Sauer retoma dicho concepto para la geografía, el cual era ya manejado por antropólogos como Franz Boas. Asimismo, el concepto no propone un área homogénea sino presenta un área que varía en cuanto a la intensidad con la que se presenta un determinado rasgo cultural. Por tanto, un *área cultural* se encuentra estructurada por la existencia de un *núcleo*, en el cual los rasgos culturales de un grupo humano particular son muy fuertes, homogéneos y exclusivos en ese espacio. A su vez se habla

A su vez, de la anterior cita es también interesante resaltar el carácter excluyente e ideológico de la misma, pues implica una diferenciación cultural entre los habitantes de las tierras altas (frías) y las medias-bajas (templadas - cálidas). Para Rueda Vargas, el “sabanero” y el bogotano se caracterizan en oposición al “calentano”, pues este último no distingue ni conoce lo que es la Sabana, generalizándola a la totalidad de la llanura y a las montañas que la enmarcan.

Sin embargo, más allá de este discurso, fuertemente impregnado por el regionalismo y por una suerte de “andino-centrismo”, es posible a partir de ésta, sentar un precedente en cuanto a la delimitación espacial del área de estudio (ver Figuras 7 y 8). Dicha área viene a circunscribirse a lo que Humboldt señaló como el “centro del altiplano [el cual] tiene una depresión y es un poco pantanoso. Allí esta ubica el poblado de Funza que bajo la dominación española se denominó Bogotá y que antes de la conquista fue la sede principal de los antiguos chibchas o muiscas.”¹¹⁰

de un *dominio*, que se constituye en un área, más alejada del núcleo, en la cual existen rasgos culturales de un grupo social particular, pero no son exclusivos (aunque si son mayoritarios), y un *reino*, más distante aún, donde dichos rasgos se pueden encontrar pero no son dominantes ni mayoritarios (Ibíd.).

¹¹⁰ Alejandro de Humboldt. “Descripción de la Sabana de Bogotá” (1839), en: *Alejandro de Humboldt en Colombia*, Enrique Pérez Arbeláez (Comp), Extractos de su obra compilados, ordenados y prologados, con ocasión del Centenario de su Muerte, en 1859. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1981. p. 170.

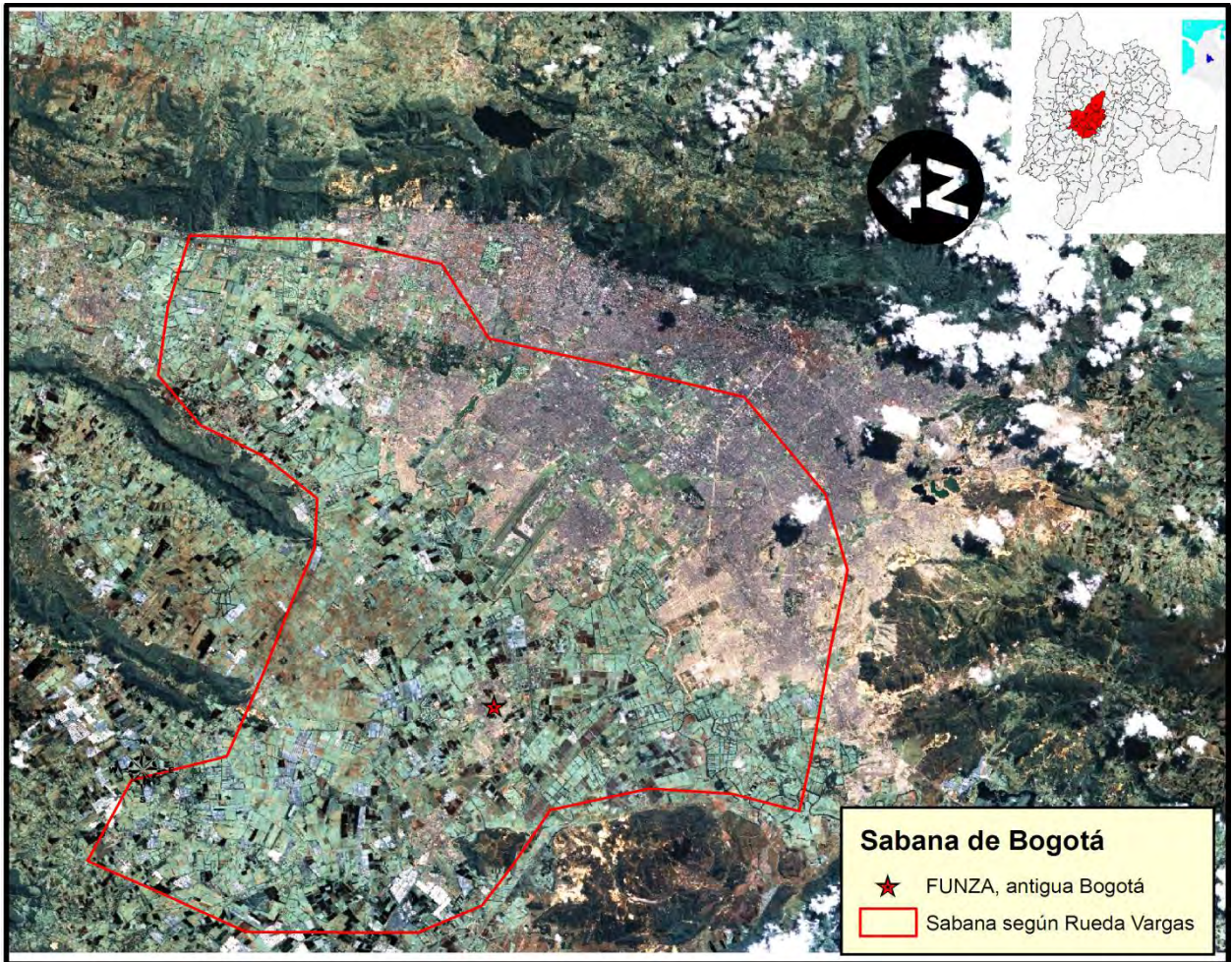


Figura 6. Aproximación a Bogotá y la Sabana según Tomas Rueda Vargas. *Imagen Landsat TM de La Sabana de Bogotá, registrada en el año 2003.*



Figura 7. Alonso Ruiz Galdámez y Juan de Aguilar Rendón, *Pintura de las tierras pantanos y anegadizos del pueblo de Bogotá*, 1614 (Agradezco a la profesora Stefania Gallini el haberme facilitado esta imagen. La descripción de la misma se realizará más adelante.)

Pese a ser un espacio transformado y construido en buena medida por la agencia humana, la Sabana de Bogotá tiene también todo un sustento o soporte físico-ambiental, que sin ser determinante, ha influenciado históricamente las actividades humanas que en este espacio se han llevado a cabo. En este sentido, resulta pertinente hacer una caracterización biofísica del área de estudio, pues como bien dice don Tomás, La Sabana por él concebida responde al área más **plana y fértil** de la cuenca alta de río Bogotá, en los actuales municipios de Funza, Mosquera, Madrid, Cota, Chía, Soacha y Facatativá. Así como en las ahora localidades de Engativá, Fontibón, Suba, Usaquén y Bosa. Esto no es una casualidad, pues

las grandes propiedades de la elite bogotana se desarrollaron sobre los mejores suelos sabaneros.

La reconocida fertilidad de estos suelos se debe a la calidad y aptitud los mismos, los famosos suelos negros, abundantes en materia orgánica, se han constituido en el sustrato vivo sobre el cual han crecido las más emblemáticas haciendas sabaneras, entre ellas el Tintal, La Conejera y el célebre Novillero. Estos suelos pueden agruparse edafológicamente en tres “familias” llamadas *Riό Bogotá*, *Techo* y *Tibaitatá*, las cuales abarcan un área aproximada de 125.000 hectáreas, correspondientes al 33% del área total de la cuenca alta del río Bogotá.¹¹¹

Los suelos de la familia *Riό Bogotá* (37.000 has.) corresponden a las formaciones edáficas que se han desarrollado en áreas de influencia de la dinámica fluvial reciente. Es decir, en las zona de vega o de amortiguamiento del río, lo que implica “suelos de origen aluvial reciente, mal drenados, (tropaquents) y están formados por materiales arcillosos de colores grises manchados de pardo rojizo o pardo amarillento debido a las fluctuaciones de la capas freáticas por la alteración de periodos secos y húmedos.”¹¹²

Debido a su naturaleza arcillosa, acida, pesada e impermeable, estos suelos solo son aptos, para la ganadería extensiva. Sin embargo se considera que con obras de infraestructura encaminas a contener las inundaciones (muy frecuentes en la zona), rectificar el río Bogotá, así como en el mejoramiento de las técnicas agrícolas -incorporación de materia orgánica, fertilización y buena labranza- es decir, todo un rediseño del paisaje, dichos suelos podrían soportar una ganadería intensiva, así como actividades agrícolas relacionadas con cultivos de trigo, cebada, papa, y hasta hortalizas.

¹¹¹ Abdón Cortes, *Aptitud de uso de los suelos de la Sabana de Bogotá y sus alrededores*, Bogotá: Instituto Geográfico Agustín Codazzi, 1976. p.5. Para ver la distribución espacial de estos tipos de suelo en la cuenca ver: IGAC. *Mapa del estudio General de suelos de la Cuenca Hidrográfica Alta del Río Bogotá*. Escala: 1: 100.000, Bogotá: IGAC, 1968.

¹¹² *Ibíd.*, p.5

Dicho “rediseño del paisaje”, encaminado a crear suelo útil, fue una alternativa ya conocida por propietarios sabaneros de finales del siglo XIX, quienes trataron por todos los medios y con la tecnología de la época, de contener y dominar las aguas del otrora poderoso río Funza, a través de diques y terraplenes, para poder acceder a los preciosos suelos de las vegas inundables. Estas obras se realizaron a finales del siglo XIX y comienzos del XX en haciendas como el Novillero, La Herrera, La Conejera, el Tintal, Canoas, Tequendama.

Los suelos de la “familia” Tibaitatá, son considerados por Cortes como “el grupo más importante de la Sabana de Bogotá, no solo por la extensión que ocupan, que alcanza las 62.000 hectáreas, sino por su importancia para la producción agropecuaria.”¹¹³ Su ubicación, responde a las partes más altas del área plana y cuentan con presencia de aportes de ceniza volcánica, probablemente procedente del complejo volcánico Ruiz- Tolima en la cordillera Central. Su coloración es negra intensa y su aptitud los hace proclives para el sustento de gran variedad de cultivos propios del clima.

Hidrológicamente, la Sabana se inscribe totalmente a la cuenca alta del río Bogotá, es decir, la parte superior de la hoya hidrográfica de este río, en donde se forma una planicie en lo que otrora fue un lago, la cual muestra una altura promedio de 2640 metros sobre el nivel del mar, en su área plana, mientras que en las áreas montañosas circundantes se encuentran alturas que llegan a los 4000 msnm principalmente en la montañas del Sumapaz al sur.

Desde el punto de vista geomorfológico la Sabana corresponde a un gran *altiplano*, geoforma con un clima “frío” y unos suelos especialmente fértiles, que ha sido el ámbito natural propicio para el asiento de sociedades sedentarias desde finales del pleistoceno. Los altiplanos andinos son “macroformas mixtas del relieve y modelado representativos de la media y alta montaña en los Andes aunque no exclusivas de estos.”¹¹⁴ Son grandes cuencas de sedimentación que constituyen áreas de depositación, amortiguamiento y regulación del

¹¹³ *Ibíd.*, p.8.

¹¹⁴ Antonio Flórez, *Colombia: evolución de sus relieves y modelados*. Bogotá: Unal. 2003. p.115.

régimen hidrológico.¹¹⁵ Como su nombre lo indica, son geoformas que muestran un patrón altitudinal que corresponde a la franja entre 2300m a 3200msnm para los Andes septentrionales; 2650 msnm para la Sabana de Bogotá.

La apariencia de estas cuencas es cerrada debido a las formaciones montañosas que enmarcan sus bordes a modo de corona. El altiplano de Bogotá, parte alta de la cuenca del río Bogotá, cuenta “con un total de 4.250 km², de los cuales 1.200 son perfectamente planos.”¹¹⁶ Se debe tener en cuenta que la altiplanicie bogotana es una estructura dinámica que se ha transformado con o sin la intervención humana. Su génesis y evolución en la cordillera Oriental colombiana ha venido desarrollándose de manera diferenciada.

La Sabana estuvo inicialmente en un estado lacustre, observable actualmente en la laguna de Tota en Boyacá (2890 m), o en el lago Guamués (2800 m) en el Putumayo.¹¹⁷ Este pasado lacustre, siempre fue parte activa de la mitología, la historia y la visión de mundo de los muiscas. Sin embargo, desde la mirada occidental la existencia del antiguo lago fue inferida inicialmente por Humboldt a comienzos del XIX, quien la describió como “una planada inmensa, casi desprovista de árboles, [...] pequeñas alturas, como los cerros de Suba y Facatativá, emergen a modo de islas en esa superficie que las aguas cubrieron antaño remotísimo.”¹¹⁸ Dicha apreciación fue corroborada luego por Agustín Codazzi, a mediados del siglo XIX, y por Alfred Hettner en décadas finales del mismo siglo. Por su parte el naturalista Isaac Holton, al referirse a dicho fenómeno, menciona que “la acción del agua niveló la Sabana; pocos dudan hoy de que la inmensa llanura fue un lago hace años.”¹¹⁹

¹¹⁵ Eidt (1968) citado por Flórez, “describe los altiplanos como geoformas características de los Andes suramericanos donde algunas depresiones tectónicas (de altura) separan la cordillera en dos cadenas paralelas que cierran la depresión. El autor citado describió los altiplanos de la cordillera Oriental de Colombia, en el área de Cundinamarca y Boyacá, como cuencas de drenaje interior ocupadas por lagos desde el final del Terciario y durante el Cuaternario.” (Ibid. P115 – 116.)

¹¹⁶ Ernesto Guhl, *Colombia*, Op.cit., p. 227

¹¹⁷ Flórez, *Colombia*, op.cit., p. 121.

¹¹⁸ Alejandro de Humboldt. “Descripción de la Sabana de Bogotá” (1839), op.cit., p. 170.

¹¹⁹ Isaac F. Holton, *La Nueva Granada*, 1857. op.cit., p.132.

Asimismo, en relación a los estratos que constituyen el basamento de la Sabana y que en buena medida configuran su topografía plana característica, vale la pena parafrasear nuevamente a Holton, pues de forma muy clara e ilustrativa se refiere a este altiplano como “un hueco de profundidad desconocida y lleno de tierra aluvial.”¹²⁰ Se debe decir que este proceso de cambio de un paisaje lacustre a unos de bosques y praderas, viene ocurriendo, según Van der Hammen, desde hace aproximadamente 30.000 años en la Sabana.¹²¹

A través de milenios, los aportes sedimentarios de las cuencas hidrográficas que están a mayor altura que el altiplano, sedimentaron el lago interior, proceso que culmina en la colmatación, destino inexorable, que desemboca en la creación de una llanura salpicada por hermosos humedales y lagos residuales. El paisaje de estas áreas bajas e inundables, hoy altamente contaminadas y degradadas, fue el sustrato para que miembros de la élite bogotana idealizaran estos espacios y los compararan con escenarios europeos. Es así como José María Cordobez Moure dedica bellas palabras a la laguna de la Herrera, uno de dichos lagos residuales ubicado al sur occidente de la Sabana, pues consideraba que “para hallar en el mundo una perspectiva superior de belleza, hay necesidad de ir a buscarla en los lagos de Garda o de Cómó, en Italia”.¹²²

¹²⁰ Isaac F. Holton, *La Nueva Granada*, Nueva York: Harper and Brothers, 1857, p.132

¹²¹ Thomas van der Hammen, “El hombre prehistórico en la Sabana de Bogotá: datos para una prehistoria ecológica del área” Op.cit.

¹²² José María Cordobez Moure, *Reminiscencias de Santafé y Bogotá* [1899], Op.cit, p.83. Asimismo Cordobez Moure brinda testimonio de la biodiversidad que para finales del siglo XIX, se daba entorno a esta laguna en donde dice: “Reclinada sobre la falda occidental del precioso cerro de Serrezuela, está edificada la antigua casa de la hacienda de *La Herrera*, que domina el bellissimo y espacioso lago alimentado por aguas de los ríos Bojacá y Serrezuela, en donde abundan el exquisito pescado capitán, los sustanciosos cangrejos, y millares de aves acuáticas que viven retozando entre los juncales y malezas que visten las diversas islas que se levantan de su seno, como ramilletes flotantes que parece llevaran en si el germen de la vida, puesto que en esos sitios moran confundidos como si fuesen individuos de un mismo género, especie y familia, las tórtolas, chirlovirlos, caicas, gallinetas, garzas, correlonas, chorlitos, cuervos, guacos, grullones, conejos, curíes y armadillos, sin contar los diferentes patos de emigración”. (Ibíd., p.83).



Figura 8. Ricardo Gómez Capuzano, “Lluvia Sabanera”, 1975,
Oleo Sobre Lienzo, 80 x 130cm, Bogotá.
Ejemplo de Humedal o Lago residual en la Sabana de Bogotá.

En síntesis, por su topografía plana, la fertilidad de sus suelos, su disponibilidad de agua, así como por sus condiciones climáticas relativamente moderadas, los altiplanos han resultado ser áreas muy atractivas para el poblamiento y las actividades humanas a través de la historia. Por esta razón la Sabana ha sido y sigue siendo un polo de “atracción para el establecimiento de asentamientos humanos, de actividades agropecuarias y de extracción de canteras, por lo que la artificialización continuará, y por tanto su degradación.”¹²³

¹²³ Flórez, *Colombia*, op.cit., p. 124. Flórez considera a su vez, algunas características de los altiplanos en Colombia, entre las cuales están que: “comportan suelos orgánicos y profundos, que junto con la topografía plana los convierte en atractivos para el uso agropecuario; Las capas lacustres son especialmente reservorios de aguas subterráneas; La topografía plana y el nivel freático alto hacen de los altiplanos espacios fácilmente inundables con los aguaceros y también porque la red de drenaje no tiene cauces profundos y se desborda; Como espacios relativamente cerrados, los bordes internos de los altiplanos están en posición de sombra en relación con los vientos húmedos que proceden de su exterior, razón por la que la lluvia es deficiente.” (ibíd., p.119, 120).

Capítulo III. LA SABANA DE BOGOTÁ: UN PAISAJE EUROPEIZADO



Figura 9. Antonio Barrera, “Río Bogotá”, 1989, Óleo sobre Lienzo, 145x114cm.

El objetivo del presente capítulo es analizar la utilización, por parte de un grupo social particular, del paisaje y del agro-ecosistema sabanero de finales del siglo XIX, como base para la construcción de un andamiaje discursivo funcional tanto para la apropiación monopólica de la tierra por parte de una élite regional, como para el posicionamiento de dicho grupo, y su área de influencia, en el centro del orden geopolítico nacional.¹²⁴

Uno de dichos discursos es el que aquí se llamará como la “europeización” de las tierras altas tropicales, en donde premisas del determinismo geográfico, asociadas al racialismo y al regionalismo son utilizadas para que aspectos como el clima, la geomorfología, los suelos, la vegetación y la fauna de la Sabana aparezcan como elementos ordenadores de territorios y poblaciones en cuanto a sus características morales. Valga decir, que la Sabana aparecería en estos discursos como un paisaje civilizado y ordenado, lo cual se atribuía en cierta medida a sus similitudes estéticas y climáticas con paisajes que pueden encontrarse en lugares determinados del Viejo Mundo.

¹²⁴ Julio Arias Vanegas, *Nación y diferencia*, Op.cit.

Este discurso del paisaje, permitiría también a la elite bogotana diferenciarse de otras regiones del país que se consideraban bárbaras e insalubres debido a la mezcla de alta temperatura y humedad, vegetación exuberante, fauna hostil y “gentes de todos los colores”.¹²⁵ La idea de paisaje, por tanto, fue instrumentalizada hacia estos propósitos, pues aspectos como un “clima frío” y la presencia de fauna y flora nórdicas, era evidencia de una mayor cernía de la Sabana con Europa, y por ende, con la civilización. Asimismo, este discurso europeizante no se queda simplemente en el plano de la ideas, pues acompaña y refuerza una transformación material de las “tierras frías” colombianas que, al poseer características climáticas similares a las de latitudes templadas, permitió que la biota y las formas europeas de producción, particularmente la ganadería, llegaran a ser dominantes en el paisaje.

Tres facetas de este discurso se abordarán a continuación:

- El influjo del clima como generador de civilización en la Sabana
- La ganadería como agente “europeizante” del paisaje rural
- La iconografía como creadora de una imagen bucólica y “europea” de la Sabana.

¹²⁵ *Ibid.*

El influjo del clima como generador de un paisaje civilizado

El discurso de la europeización de las tierras altas colombianas, construido e instrumentalizado durante el siglo XIX por las elites regionales, se basa en resaltar las condiciones climáticas y ecológicas, en este caso de la Sabana, como un elemento determinante en la prosperidad y desarrollo de una región. Al encontrarse encumbrada en los Andes, la Sabana exhibía una temperatura similar a las de ciertas regiones de Europa en determinada época del año. Este hecho, resultado de la conjugación de múltiples factores geo-físicos, principalmente la altitud, propició la generación de discursos que hablan de la existencia de civilización en este espacio debido principalmente a que la temperatura así lo permitía.

En este sentido, no se hacen raras las expresiones que exaltan e idealizan, con cierto tinte regionalista, las condiciones climáticas y ecológicas de la zona. Por ejemplo, para José María Cordobez Moure el “cronista de Bogotá”¹²⁶, “en pocas comarcas ha derramado la Providencia con tanta prodigalidad sus beneficio a favor del hombre, como en el pedazo de tierra que se llama la Sabana de Bogotá”¹²⁷. Esto debido a que, según Cordobez, esta comarca se encontraba,

“bajo la influencia de un clima suave e igual, libre de los fríos, y exenta de animales dañinos o venenosos, rodeada, como inexpugnable fortaleza, por altas y azuladas montañas que le renuevan amorosas la brisas del purísimo ambiente que da vida a sus moradores; protegida, por razón de su altura sobre el nivel del mar, contra las asoladoras e implacables epidemias que dejan en otras partes una estela pavorosa de muerte y desolación;”¹²⁸

Es así como la Sabana, parte de la llamada “tierra fría”, apareció entonces como una de las principales regiones bendecidas con un clima moderado y salubre, y por lo tanto, era un lugar idóneo para constituirse en un enclave de civilización. En este sentido, resulta bastante interesante ver como este tipo de alegorías a la Sabana, responden a un modo

¹²⁶ Elisa Mujica, “Bogotá y su cronista Cordobez Moure”, en: *Manual de Literatura Colombiana*, Bogotá: Pro-cultura, Planeta, 1988, pp. 143 – 174.

¹²⁷ José María Cordobez Moure, *Reminiscencias de Santafé y Bogotá* [1899], Op.cit, p. 77.

¹²⁸ *Ibid.*, p.77

europeo de ver la naturaleza, no siendo exclusivas de la élite letrada bogotana de finales del siglo XIX, sino que se encuentran antecedentes que se remontan en los siglos. No obstante dichas ideas entorno a la Sabana comparten el hecho de ser realizadas por europeos o criollos “blancos” y letrados.

Algunos testimonios son útiles para caracterizar las implicaciones socio-geográficas y políticas de encontrarse en el **altiplano** de Bogotá. Para el viajero que durante la Colonia o el siglo XIX se desplazaba por las abruptas vertientes de los Andes colombianos en busca de la capital, el encuentro con esta planicie de altura representaba un cambio radical e impactante en el paisaje. El modo europeo de valorar y representar la llanura que ante sus ojos aparecía, se maravillaba de encontrar un área plana en medio de montañas, con características climáticas y de vegetación que evocaban algunos paisajes propios de las latitudes templadas, de las cuales generalmente provenían. Ya desde el siglo XVI se encuentran alegorías y referencias a la bondad climática de este espacio.

*“!Tierra buena!, ¡Tierra buena!
¡Tierra que pone fin a nuestra pena!
Tierra de oro, tierra bastecida,
tierra para hacer perpetua casa,
tierra de grandes pueblos, tierra rasa,
tierra donde se ve gente vestida,
y a sus tiempos no sabe mal la brasa;
tierra de bendición clara y serena,
¡Tierra que pone fin a nuestra pena!”¹²⁹*

Estos fueron los emotivos versos que expresaron el regocijo de Juan de Castellanos al toparse, junto a la expedición de Quesada, con el Valle de los Alcaceres o Sabana de Bogotá en 1537, luego de un penoso viaje por el valle del río Magdalena, el Carare y el Opón. Castellanos era consciente, a su manera, de que había entrado al altiplano cundiboyacense, lo que unos años después llamarían el Nuevo Reino de Granada o simplemente “El Reino”.¹³⁰ Para este cronista el paisaje cultural de los muisca

¹²⁹ Juan de Castellanos, citado por Camilo Pardo Umaña, *Haciendas de la Sabana: Su historia, sus leyendas y tradiciones*, Bogotá: Ed. Nelly, 1946 p. 20.

¹³⁰ Germán Colmenares. *Historia Económica y Social de Colombia. 1537-1719* Bogotá: Tercer Mundo, 1997. Asimismo, para Marta Herrera los Límites espaciales del Reino coinciden con los

representaba una tierra poblada, fértil, con gentes vestidas y clima temperado, lugar propicio para el asiento de españoles, un paisaje familiar que en últimas fue el lugar de su salvación.¹³¹

Por su parte, y dos siglos después, la obra de Francisco José de Caldas se constituye en un excelente prisma desde cual mirar el uso político que la élite criolla de comienzos del siglo XIX, le daba a la ciencia geográfica, lo que a su vez permite dar cuenta de la forma ideológica en que dicho grupo social valoraba las tierras altas y bajas de la Nueva Granada.¹³² El “modo de ver” con el que este geógrafo payanés registraba la naturaleza americana mostraba fuertes visos de eurocentrismo, que entretejía con un discurso ilustrado, de pretensiones científicas, asumiendo plenamente la teoría del influjo del clima como factor determinante en el desarrollo cultural de las sociedades.

En este contexto, desde el prisma del *determinismo geográfico*, doctrina cuyos orígenes se remontan al siglo XVIII¹³³, Caldas representa en su texto a las tierras bajas como espacios dominados por la naturaleza, una naturaleza americana rigurosa, enorme, plagada de criaturas perjudiciales para la vida humana, desde el tigre y el caimán, hasta el mosquito. Las personas que habitan en estas zonas ardientes, son deshumanizadas en el discurso de Caldas y son totalmente incorporadas al paisaje natural. Se hace manifiesta, por tanto, la visión de hombre andino y de élite, que posee este geógrafo, visión desde la cual juzga, analiza y jerarquiza a regiones y poblaciones de todo el Reino.¹³⁴

límites espaciales de los que podría llamarse el área cultural muisca (Marta Herrera, “Transición entre el Ordenamiento territorial Pre-hispánico y colonial en la Nueva Granada”, en *Historia Crítica*, No. 32, Bogotá, julio-diciembre, 2006., pp. 118 – 152).

¹³¹ Carl Langebaek, *Mercados, Poblamiento e integración étnica entre los Muisca siglo XVI*. Bogotá: Banco de la República, 1987.

¹³² Caldas, Francisco José. “Estado de la Geografía del Vireynato de Santafé de Bogotá...” [1808], Op.cit. Un análisis de dicho texto se encuentra en Paola Castaño, Mauricio Nieto y Diana Ojeda, “Política, ciencia y geografía en *el Semanario del Nuevo Reino de Granada*”, en *Nómadas*, No. 22, abril 2005, pp. 114 – 125.

¹³³ Al respecto ver David Brading, “La historia natural y la civilización amerindia” en: Carmen Bernand (comp.), *Descubrimiento, conquista y colonización de América a quinientos años*, México, D.F.: FCE, 1994, pp. 17 - 42

¹³⁴ Un análisis de las cargas ideológicas contenidas en los discursos de varios naturalistas europeos que estuvieron en estas tierras en las décadas finales del periodo colonial (Mutis y Humboldt específicamente) se realiza en el libro de Ángela Pérez Mejía, *La geografía de los*

Para Caldas, el valle del río Magdalena, eje articulador del territorio neogranadino de la época, era un espacio en buena parte ocupado por amplias y exuberantes selvas propias de los valles interandinos colombianos, una inmensa planicie en donde, debido a sus condiciones climáticas, era muy difícil el progreso de la vida humana. Al respecto menciona: “desde Honda el Magdalena no riega sino Bosques. Algunas poblaciones cortas hay en sus orillas, y sus moradores son más viciosos que los de la parte media.”¹³⁵

Queda, por tanto, una impresión de soledad en torno al gran río, de ausencia de población en las tierras bajas y cálidas del territorio, desconociendo las huellas que ha dejando en el paisaje el milenar poblamiento amerindio del lugar. Por el contrario, allí la naturaleza se muestra exuberante, copándolo todo, una naturaleza hostil al ser humano. Por supuesto los pocos hombres que allí viven sufren un progresivo deterioro corporal, acompañado de un alejamiento de la vida y las costumbres civilizadas. Al respecto dice:

“Un calor abrazador y constante (de 27,, á 30,, grad. Reaumur¹³⁶) reyna en las llanuras que hacen basa á esta soberbia cadena de montañas. El hombre que habita estas regiones se desarrolla con velocidad, y adquiere una estatura gigantesca; pero sus movimientos son lentos, y una voz languida y pausada, unida á un rostro descarnado y palido, anuncian que estas regiones no son las mas ventajosas para el aumento de la especie humana. (sic)”¹³⁷

Contrario a las ardientes y selváticas tierras bajas, estaban en la visión de Caldas las tierras altas. De climas templados y fríos, estas áreas montañosas eran las más humanizadas del territorio. Corresponden a su vez a las zonas de mayor población durante el periodo colonial y su continuidad geohistórica ha sido importante como grandes bolsas aglutinantes

tiempos difíciles: escritura de viajes a Sur América durante los procesos de Independencia 1780 – 1849. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2002.

¹³⁵ Caldas, Francisco José. “Estado de la Geografía del Virreinato de Santafé de Bogotá...” Op.cit. p. 36, (el subrayado es mío)

¹³⁶ “El grado Réaumur (°Ré, °Re, °R) es una unidad de temperatura en desuso. Nombrada en honor de René Antoine Ferchault de Réaumur que la propuso como unidad en 1731. Un valor de 0° Réaumur corresponde al punto de congelación del agua y 80° Reaumur al punto de ebullición del agua. Por ende, a diferencia de las escalas de Celsius o Kelvin, la graduación de este intervalo corresponde a 80° en la regla de Réaumur. Se asemeja a la escala de grados Celsius en cuanto a que 0° Celsius equivale a 0° Réaumur.” Definición tomada de *Wikipedia: enciclopedia libre*, http://es.wikipedia.org/wiki/Grado_R%C3%A9aumur

¹³⁷ Caldas, Francisco José. “Estado de la Geografía del Virreinato de Santafé de Bogotá...” Op.cit. p.6. (el subrayado es mío).

de densidades humanas. Estos climas templados y fríos, en zonas de media montaña, aparecen para Caldas como los lugares propicios y sobre todo sanos, para el desarrollo de la civilización:

“La region media de los Andes (desde 800,, hasta 1500,, toesas¹³⁸) con un clima dulce y moderado (de 10, à 19, de Reaumur) produce arboles de alguna elevación, legumbres, hortalizas saludables, mieses, todos los dones de Ceres; hombres robustos, mugeres hermosas, bellos colores, son el patrimonio de este suelo feliz (sic). Lexos del veneno mortal de las serpientes, libres del molesto aguijón de los insectos, pasean sus moradores los campos y las selvas con entera libertad. El Buey, la Cabra, la Oveja, le ofrecen sus despojos y le acompañan en sus fátigas. El Ciervo, la Danta (Tapirus La) el Oso, el Conejo &c. pueblan los lugares adonde no ha llegado el imperio del hombre.”¹³⁹

Estas regiones de “clima dulce” enclavadas en los Andes, son la para él, lugares idóneos para el desarrollo humano en el Reino. Valga decir, que estas zonas andinas son también las áreas donde el poblamiento colonial ha sido permanente, lo que a su vez, coincide con zonas en donde históricamente ha existido disponibilidad de mano de obra indígena, como en los casos de las provincias de Quito, Popayán, Santafé y Tunja.

Dichas tierras medias y altas son los lugares en donde los animales y plantas europeas han logrado prosperar, convirtiéndose en dominantes sobre sus contrapartes nativas. Los “dones de Ceres” (cereales como el trigo la cebada, pastos y árboles foráneos), “el Buey, la Cabra, la Oveja” aparecen en la cita anterior como indicadores de la salubridad de dichos territorios y como los únicos medios para poder vivir en dicho “suelo feliz”.

Resulta para la geografía histórica realmente interesante analizar la manera como se percibieron y trasformaron estos paisajes andinos por el influjo, para ese momento, de tres siglo de presencia de plantas y animales europeos (y sus malas hierbas y sabandijas), pero sobre todo por la aplicación de *técnicas* europeas en el manejo y uso de la tierra,¹⁴⁰

¹³⁸ “La toesa era una antigua medida de longitud francesa que equivalía a 1.949 m.” Definición tomada de *Wikipedia: enciclopedia libre*, <http://es.wikipedia.org/wiki/Toesa>

¹³⁹ Caldas, Francisco José. “Estado de la Geografía del Vireynato de Santafé de Bogotá...” [1808], Op.cit. p. 8

¹⁴⁰ Milton Santos, *La naturaleza del espacio: técnica y tiempo. Razón y emoción*, [1997] Barcelona: Ariel, 2000.

cambiando, y en cierta manera “europeizando”, los paisajes de las tierras altas colombianas.¹⁴¹

Asimismo resulta de gran interés caracterizar el uso político que se hace de un aspecto como la verticalidad en el espacio andino, no solo en sentido del cambio en el gradiente de temperatura (la cual disminuye en aproximadamente 0.6 °C cada vez que se ascienden 100 metros), sino también en lo concerniente a las características ecológicas y al paisaje en su conjunto. Al parecer, estar más alto era también estar más cerca de Europa. Las zonas altas, como la Sabana de Bogotá, lugares en donde las élites se encontraban asentadas, eran los sitios donde existía y podía existir civilización. Si se tiene en cuenta que Europa era para ese momento el referente del progreso, parece lógico entonces, desde la perspectiva de la élite criolla, pretender que los paisajes de las zonas altas neogranadinas se parecieran a los europeos.

De igual forma, algunos testimonios de viajeros europeos y norteamericanos contribuirían a reforzar estas ideas dentro de la élite sabanera, sobre todo por las analogías geográficas que realizaban. Al igual que ocurrió con Castellanos, el encuentro de viajeros extranjeros con el altiplano bogotano seguía despertando comentarios de sorpresa y admiración ya entrado el siglo XIX. Por ejemplo, para el geógrafo Alfred Hettner su encuentro con la sabana en 1882 fue un hecho digno de recuerdo, pues se trataba “de una de las impresiones paisajistas más raras, que se repiten varias veces en América, pero que faltan del todo en los Alpes.”¹⁴²

A este geógrafo alemán le llamaba la atención el cambio de la topografía abrupta de la vertiente cordillerana, al terreno llano de la Sabana. A su vez, la vista del altiplano le recordaba lugares familiares, pues según él al llegar a la Sabana por el camino de Honda y a

¹⁴¹ Ver Víctor Manuel Patiño, *La Tierra en la América Equinoccial*, Cali: Imprenta Nacional de Colombia, Bogotá, 1997; Alfred Crosby, *Imperialismo ecológico: La expansión biológica de Europa, 900 – 1900*. Op.cit; Ver también Elinor Melville, *Plaga de Ovejas: Consecuencias ambientales de la Conquista de México*. México: FCE, 1999. (1994).

¹⁴² Alfred Hettner, *La cordillera de Bogotá*, [1892], Bogotá: Banco de la República, 1966, p. 148.

partir del repentino cambio en la topografía que ello implica, “el carácter del paisaje cultural cambia totalmente [en la Sabana], y poco se diferencia del de Europa Central.”¹⁴³

En este mismo sentido, pero cerca de veinte años antes (1857), el naturalista norteamericano Isaac Holton, a su llegada a la Sabana también por la vía de Honda - Facatativá afirmaba, que “parece imposible que después de semejante subida se pueda llegar a tierras planas sin antes haber tenido que bajar horas enteras.”¹⁴⁴ Para Holton la existencia de una zona plana en medio de un mar de montañas era también un suceso digno de resaltar, sin embargo, a diferencia de Hettner, a este naturalista el paisaje le resultaba similar a las llanuras de Illinois, pues afirmaba: “la Sabana se parece tanto a las praderas norteamericanas que a veces se me olvidaba donde estaba”.¹⁴⁵

Este particular *modo de ver*, propio de estos viajeros, recurría permanentemente a la asociación de paisajes que les eran familiares, generalmente los de sus lugares de origen, con lo que sus ojos contemplaban en sus largas travesías por la Nueva Granada. Bajo estas convenciones culturales, que revestían con un halo de cientificidad, comparaban, clasificaban y juzgaban los paisajes americanos, colombianos y sabaneros, lo que también puede verse como un requisito indispensable para su apropiación y dominación, si consideramos a estos individuos como agentes portadores de una ideología colonialista.¹⁴⁶ Asimismo si se tienen en cuenta los círculos sociales que en tierras americanas estos viajeros frecuentaban, es muy probable que estas percepciones hayan sido conocidas y compartidas por miembros de élite criolla.

Hay por tanto una interesante coincidencia en los testimonios de estos viajeros: la permanente mención de similitudes estéticas y hasta físico-bióticas entre la Sabana de

¹⁴³ Alfred Hettner, *La cordillera de Bogotá*, op.cit. p. 220. (el subrayado es mío)

¹⁴⁴ Isaac F. Holton, *La Nueva Granada: 20 meses en los Andes*, Op.cit. 1857, p.132.

¹⁴⁵ *Ibíd.*, p. 137

¹⁴⁶ Denis Cosgrove, “Observando la Naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista” Op.cit. Sobre viajeros y colonialismo ver Mary Louise Pratt, *Ojos Imperiales: Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997. Sobre la ciencia como instrumento del colonialismo y apropiación ver Mauricio Nieto, *Remedios para el Imperio. Historia Natural y apropiación del Nuevo Mundo*, Bogotá: ICANH, 2000.

Bogotá y paisajes europeos o norteamericanos, cuestión que es indicativa de la existencia material para ese momento de unas condiciones ecológicas que en parte ayudaban a crear dicha imagen. Al respecto, resulta interesante mencionar la comparación que hace Hettner en torno al ciclo de las plantas en Europa y en la Sabana, en donde afirma que “son las mismas plantas pero con otro periodo vegetativo, porque mientras que en Europa está determinado por la temperatura, aquí lo determinan las lluvias.”¹⁴⁷

La ganadería como agente “europeizante” del paisaje rural sabanero

“¿Hay algún ejemplo mejor, de la acción del hombre sobre la naturaleza, que la plantas y los animales domésticos? ¿No fue el proceso de domesticación, iniciado unos 10.000 años a.C., el punto de partida de un desarrollo, muy pronto irreversible, de múltiples formas de agricultura y de ganadería que entrañaron profundas transformaciones de la vida social?”¹⁴⁸

No solo había que tener condiciones climáticas similares para que aparecieran discursos que asociaban a la Sabana con la campiña inglesa o francesa. El proceso de producción de una “nueva Europa” implicaría implantar todo un paisaje en donde la flora y la fauna, pero sobre todo, las formas de producción, debían ser similares a las del viejo mundo, lo cual era visto, por miembros de la élite vinculados al campo, como un símbolo de progreso. Se introdujeron, por tanto, desde muy temprano plantas domesticas como el trigo y la cebada que en la Sabana tuvieron buen arraigo, las cuales en cierta medida compitieron con el maíz y la papa en la alimentación de la población.

Sin embargo, fue en el campo de los animales domésticos donde hubo mayor número de introducciones y donde más éxito logro el proceso de europeización del paisaje material. Cerdos, gallinas, ovejas, caballos, burros y, sobre todo, ganado vacuno, se instalaron y reprodujeron por miles en la Sabana, con tanto éxito, que fueron adaptando el paisaje y los agro-ecosistemas a sus necesidades. La presencia de esta nueva biota era posibilitada y potenciada por discursos que resaltaban la superioridad de ésta respecto a su contraparte

¹⁴⁷ Alfred Hettner, *La Cordillera de Bogotá*, op.cit., p. 220

¹⁴⁸ Godelier, Maurice. *Lo ideal y lo material*, op.cit. p. 18.,

nativa o criolla, siendo su implantación un requisito indispensable para la modernización y progreso del campo.

Acá se destacará el discurso que, a finales del siglo XIX, clamaba por la modernización genética de la ganadería, a través de la supresión de las razas de origen español, las cuales eran vistas como improductivas, degeneradas y como parte de aquella herencia colonial con la que se debía cortar. La solución estribaba en el reemplazo por razas venidas de países europeos distintos a la Madre Patria, valga decir los países que para ese momento eran el epicentro económico y político de Europa, y lo cuales fungían también como las potencias colonialistas del momento.

Sin embargo, existía ya una ganadería criolla derivada de las razas ibéricas que en el altiplano bogotano se mezcló y fue absorbida por la nueva ganadería nor-europea. Los primeros vacunos de origen ibérico de los que se tiene noticia en el Nuevo Reino de Granada, llegaron con Alonso Luís de Lugo desde el Cabo de la Vela en 1542. En cuanto a su origen puede decirse que “provenían de linajes de Galicia y Extremadura. A su vez, gran parte de los ganados ibéricos procedían de África y del Oriente Medio, de donde habían sido llevados a España por los árabes. La cría de animales estuvo sometida a un régimen pastoril trashumante.”¹⁴⁹

Debe tenerse en cuenta que los grandes herbívoros habían desaparecido totalmente de la Sabana de Bogotá hace casi 10.000 años, periodo en el cual los ecosistemas del lugar se adaptaron a vivir sin la presión que este tipo de mega-fauna genera en el mismo. En relación a ello se explica el éxito del ganado español en este espacio, pues se desarrolló sin encontrar competencia ni depredadores, en ecosistemas no preparados para soportar dichos animales.¹⁵⁰

¹⁴⁹ Fabio Yepes. “Ganadería y transformación de ecosistemas: un análisis ambiental de la política de apropiación territorial” en: Germán Palacio (ed). *Naturaleza en disputa*: op.cit. p.129

¹⁵⁰ Para esta afirmación me baso en el concepto *Irrupción de ungulados* manejado por la historiadora Elinor Melville, para quien “cada vez que los ungulados (herbívoros con pezuñas duras) tienen más comida de la que requieren para reponer su número en la próxima generación, el resultado es una irrupción de ungulados. Los animales reaccionan ante el exceso de comida de

Esto tiene importantes consecuencias para la historia ambiental y económica de este territorio, pues con el pastoreo “aparece un nuevo régimen biológico, que dibuja un paisaje radicalmente distinto.”¹⁵¹ Con el tiempo, este ganado ibérico se constituyó en la base de la geografía ganadera colombiana de los siglos XIX y XX, de la cual Fabio Yepes menciona que “en la costa Atlántica, se formaron el costeño con cuernos y el romosinuano, en el Valle del Cauca el hartón del valle, en las vertientes de la cordillera Central el blanco oriejinegro, en las montañas de Santander, el chino santandereano y en los Llanos Orientales el sanmartinero y el casanareño.”¹⁵² Este ganado criollo predominó durante el periodo colonial y en general sus descendientes pueden encontrarse todavía hoy, aunque ya menguados, en diversas áreas del territorio nacional.



Figura 10. Ramón Torres Méndez, “Ganadero en la Sabana”, 1860, Aguatinta, 26 x 33cm. Publicado en: Torres Méndez, Ramón, *Álbum de cuadros de costumbres*, París: A. de las Rue. Aca puede verse un ejemplo del ganado criollo de origen español que predominaba en la Sabana antes de la introducción de razas

modo similar a los agentes patógenos en poblaciones de suelo virgen: se reproducen exponencialmente hasta minar la capacidad de las comunidades vegetales (la capacidad de suministro).” (Elinor Melville, *Plaga de ovejas: consecuencias ambientales de la conquista de México*. Op.cit., p.21)

¹⁵¹ *Ibíd.*, p. 22.

¹⁵² Fabio Yepes. “Ganadería y transformación de ecosistemas. Op.cit., p.147

extranjeras en la segunda mitad del siglo XIX. Era un ganado de talla pequeña, generalmente con cuernos y de carácter montaraz, se destacaba su rusticidad y adaptabilidad a los ambientes americanos.

No obstante, debe tenerse en cuenta que si bien, en el Nuevo Mundo se desarrolló una suerte tradición o cultura “pastoril” heredera en buena medida de España, durante el periodo colonial la ganadería se mantuvo en cierta medida restringida debido a múltiples limitaciones de índole técnico y socio-económico. Al respecto, un gran conocedor de la historia rural de la América tropical afirma que:

“Las condiciones económicas en la época colonial mantuvieron la ganadería dentro de límites modestos. Primero, sólo se podían exportar animales vivos o sus productos y subproductos desde las regiones costeras, porque en el interior el comercio era muy restringido, a causa de la topografía, la práctica inexistencia de caminos y la errática provisión de sal. El rendimiento y la precocidad de los animales estaban en niveles muy bajos, por causa de que los pastos eran naturales, que no se habían generado en un proceso coevolutivo con animales herbívoros, como sí ocurrió en el viejo mundo.”¹⁵³

Este panorama vino a cambiar desde mediados del siglo XIX, pues en este periodo se inician las importaciones de razas europeas, particularmente de Francia, Inglaterra, Holanda y Alemania, las cuales llegaron a ser predominantes en lugares que en cierta medida reproducían condiciones climáticas análogas a las europeas, valga decir, como la Sabana de Bogotá. A partir de este momento el ganado criollo de origen español, da paso, paulatinamente y de manera sectorizada, a un ganado característico del nor-occidente de Europa. Por tanto, puede decirse que el primer siglo republicano trajo una acentuación de la ganadería en la Sabana de Bogotá y paralelo a ello una modernización de la misma.

¹⁵³ Víctor Manuel Patiño, *La tierra en la América Equinoccial*, op.cit., p. 269



Figura 11. Ricardo Borrero, “Paisaje”, (sin fecha),
Oleo sobre lienzo, 55 x 81.3cm, Museo nacional, Bogotá.

Estas nuevas razas son menos resistentes a la rigurosidad y a las enfermedades propias de los climas ecuatoriales, pero a su favor tienen el hecho de que muestran mayores índices de producción tanto de carne, como de leche, que las ya mencionadas razas criollas. Dicha transformación, constituye un cambio técnico, o mejor zootécnico, el cual tenía por objeto modernizar y hacer más productiva la actividad ganadera, lo que en últimas, implicó un rediseño del paisaje rural en la áreas a donde estas nuevas razas arribaron, es decir, en la tierras altas colombianas. Este proceso **consiente** de “modernización” del hato ganadero lo ilustra Fabio Yepes para el altiplano cundiboyacense, de la siguiente manera:

“Las importaciones de razas europeas al altiplano cundiboyacense, con miras a mejorar los ganados colombianos, empezaron el 1859 cuando se trajeron ejemplares de raza normanda por un señor de apellido Bonnet. En 1875 Julio Barriga trae también ganado normando, la raza hereford es traída por Enrique Paris en 1885; La raza durham por Carlos Michelsen en 1860, Mauricio Uribe en 1867, Carlos Urdaneta en 1873, Anibal Bermúdez, Vicente Vargas y Juan de Dios Carrasquilla en 1875; y la raza holstein holandés por Eustacio Santa Maria en 1872 y por la gobernación de Cundinamarca en 1875. La casi totalidad de estos ganados se quedaron en el altiplano cundiboyacense donde se aclimataron bien, cosa que no sucedió cuando se bajaron a climas más tropicales. El buen resultado en las zonas frías de Cundinamarca y Boyacá tuvo como consecuencia la absorción de los ganados criollos de la tierra fría.”¹⁵⁴

Como se puede ver en la cita anterior, las introducciones de razas ganaderas europeas estuvo relacionada con apellidos “ilustres” de familias bogotanas, razón por la cual se considera que la sustitución y mezcla de razas criollas, con razas “euro-atlánticas”, no fue un proceso

¹⁵⁴ Fabio Yepes. “Ganadería y transformación de ecosistemas, p.148. El subrayado es mío.

aislado sino que hizo parte de un movimiento más amplio de modernización del campo colombiano, el cual, en últimas transformó la fisonomía del altiplano, e implicó, como ya se dijo, un rediseño de su paisaje cultural. Con esta nueva ganadería, pronto se vio la necesidad de adecuar tierras, drenar pantanos, sembrar forrajes y árboles foráneos, establecer cercas y divisiones prediales, con el fin de aclimatar y agasajar a tan exigentes comensales.



Figura 12. Giovanni Ferroni, “Paisaje”, 1898, Oleo sobre lienzo, 147 x 92cm., Colección Particular, Bogotá.

En relación a los pastos introducidos, complemento indispensable para el éxito de estas nuevas razas, Víctor Manuel Patiño menciona que al consolidarse “la República, hubo una innovación fundamental para la ganadería, que fue la introducción y cultivo intensivo de los pastos llamados artificiales, gramíneas africanas, primero el pará y la guinea en los decenios 2° a 5° del siglo XIX; del faragua o puntero y del gordura o meloso en los dos primeros decenios del siglo XX; luego el kikuyo hacia 1925, y después muchos otros [...]”¹⁵⁵

Los nuevos forrajes, junto al pisoteo del ganado, impidieron la recuperación de la biota nativa, configurando espacios rurales que finalmente terminarían convertidos en potreros.

¹⁵⁵ Víctor Manuel Patiño, *La tierra en la América Equinoccial*, op.cit., p. 270.

Estos últimos pueden considerarse como una manifestación del proceso de transformación consiente del paisaje de la época, en donde una nueva cobertura vegetal se veía como algo necesario tanto para ganaderos, como para científicos y políticos del agro.

Por tanto, la introducción de pastos foráneos propios de climas fríos, traídos de Europa (caso del trébol y el carretón), o de África (como fue el caso del Kikuyo proveniente de las tierras altas de Kenia), se constituyó en un paso fundamental en la modernización de la ganadería y el agro en su conjunto.¹⁵⁶ Sobre el conocido *carretón*, específicamente en su variedad “centella”, debe decirse que fue el más utilizado y el que más se expandió en la Sabana a finales del siglo XIX, pues era el preferido por los hacendados quienes encontraron en este pasto el alimento más eficiente para reses tanto de cría como de ceba.¹⁵⁷

Puede decirse que este pasto tuvo un origen ilustre, pues fue Antonio Nariño, el “andante caballero bogotano, a quien [en los años 1821 – 1822] le cupo la gloria de haber importado el famoso trébol, llamado comúnmente *carretón*, orgullo de los más ricos hacendados y señal indudable de la fertilidad de las tierras.”¹⁵⁸ Por tanto, puede verse, a través de la introducción de esta planta, la progresiva materialización del proyecto modernizador del campo, proyecto que se venía gestando desde la Independencia pero que se intensifica en el contexto de los gobiernos liberales de mediados de XIX. El carretón al igual que las nuevas razas vacunas, fueron manifestaciones bióticas de las ideas ilustradas, pues a mi modo de ver, no pueden desligarse de la visión de mundo de quienes conscientemente las introdujeron.

¹⁵⁶ James Parsons, “Europeización de las sabanas del norte de América del Sur”, en Joaquín Molano (ed.), *Las Regiones Tropicales Americanas: la Visión Geográfica de James J. Parsons*. Op.cit., 1992, pp. 323 – 354. En este mismo texto ver también: “Difusión de los pastos africanos en los trópicos americanos”, p. 355 – 370.

¹⁵⁷ Prospera Parra y Luis Muñoz, *Aspectos de la agricultura y la desamortización en la Sabana de Bogotá: 1860 – 1870*. Op.cit., p. 23.

¹⁵⁸ Camilo Pardo Umaña, *Haciendas de la Sabana*, 1946, op.cit., p. 22

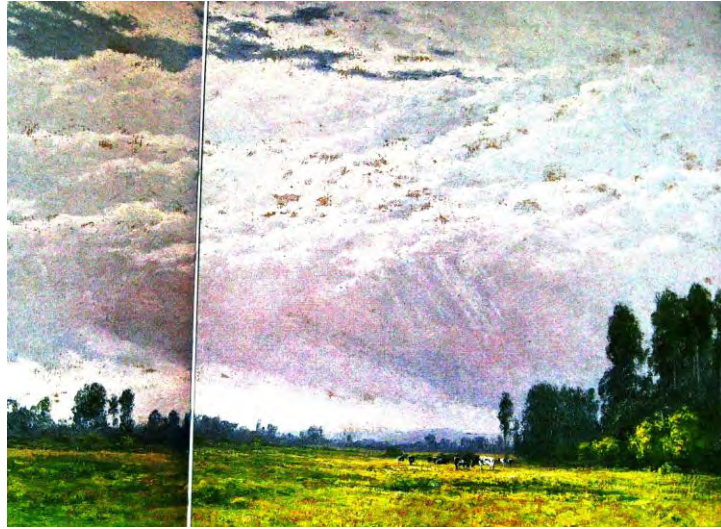


Figura 13. Jesus María Zamora, “paisaje de la Sabana”, 1915, Oleo sobre lienzo, 39 x 53 cm, Colección particular, Bogotá.

Asimismo, además del carretón se conocían y cultivaban otros pastos como “el „carretoncito“; y como pasto de corte la „alfalfa“ y el „bromo de schrader“ o „triguillo extranjero“. Este último originado en Oregón (Estados Unidos) y fue traído de Europa en 1865 por los señores Felipe Pérez y Jorge Vargas quien lo sembró en sus propiedades de Puente Aranda y Usaquén”.¹⁵⁹ Estas variedades vendrían a desaparecer, al tiempo que el carretón pasaría ser minoritario, cuando llega a estas tierras el *Kikuyo*, pasto sumamente invasivo provenientes de las tierras altas kenianas, el cual logró, desde su introducción en 1925, cooptar las praderas de la Sabana de Bogotá y de muchas otras “tierras frías” colombianas.¹⁶⁰

Se debe tener en cuenta que todo lo anterior ocurrió en el contexto de la hacienda ganadera de tierras altas, la cual se constituye en el escenario socio-económico y ambiental fundamental, en donde se llevaron a cabo los primeros intentos de “mejorar” las razas ganaderas. Por tanto, es la hacienda el lugar donde ocurre el proceso producción de un paisaje pastoril. Asimismo, tras todas estas manifestaciones bióticas de la modernidad, había discursos e ideas que propugnaban por la modernización del campo, al tiempo que

¹⁵⁹ Prospera Parra y Luis Muñoz, *Aspectos de la agricultura y la desamortización en la Sabana de Bogotá*. Op.cit., p.24

¹⁶⁰ James Parsons, “Europeización de las sabanas del norte de América del Sur”, Op.cit.

utilizaban este paisaje europeizado como símbolo de identidad y diferencia. Los cambios ambientales son acompañados por discursos que los posibilitan y potencializan. Esto puede verse a través del análisis discursivo de ciertos personajes, miembros de la elite regional, entre quienes había propietarios de haciendas, académicos y políticos del momento.

El discurso de la prensa agrícola decimonónica

Los discursos de la modernización y por ende de europeización del campo sabanero, se manifiestan en la prensa agrícola de la época y es producido por individuos vinculados al sector rural, ya sea como propietarios, como políticos o como intelectuales. A partir del seguimiento de un hecho histórico muy particular, cuya existencia es documentada a través de la consulta de la revista *El Agricultor* (1879 - 80), se trata de realizar un acercamiento al imaginario y a las representaciones que políticos y propietarios rurales de la época tenían respecto a la naturaleza y el paisaje de la Sabana de Bogotá. Esto con el propósito de mostrar, cómo existía en la mentalidad de dicha élite, una tendencia europeizante y modernizadora entorno al paisaje de la Sabana, que pretendía intervenir directamente las relaciones ecológicas de la zona.

Esta mentalidad o discurso se materializó en la introducción de animales, plantas y formas de producción europeas (no Ibéricas) que transformaron las condiciones ecológicas de la zona, así como sus características estéticas. Aquí, quiero centrarme en la conformación de una “nueva ganadería” como punta de lanza y manifestación material de dicho discurso, y por tanto, como un elemento protagónico en la conformación de un *paisaje pastoril* en la Sabana de Bogotá. En este caso, se da cuenta de la presencia de dicha “Nueva ganadería”, a través del análisis de una Exhibición Agrícola e Industrial de la época.

El Agricultor: una revista agrícola de la segunda mitad del siglo XIX.

El Agricultor, fue una publicación mensual fundada en 1868 por Alberto Urdaneta, la cual trataba variados temas de la agenda agrícola del país, siempre con la idea de llevar la

agricultura y la ganadería hacia el progreso. Dicha revista, puede verse como un testimonio del contexto político-económico en el cual se desarrolla el proceso de formación de un nuevo hato ganadero en la Sabana.

La publicación se encuentra fuertemente influenciada por el pensamiento y las ideas de figuras decimonónicas como Juan de Dios Carrasquilla y Salvador Camacho Roldan, este último considerado por Germán Colmenares como “uno de nuestros mejores observadores en el siglo XIX”¹⁶¹. Estos personajes congregaban características como formar parte del gobierno de la época, conocer desde un punto de vista pragmático y científico las problemáticas y potencialidades del campo sabanero y nacional, además de poseer intereses privados en el sector rural generalmente como propietarios de haciendas.

Así mismo, ésta publicación era una ventana a través de la cual se difundía la política agraria del gobierno, la cual estaba acorde con lo que plateaban los personajes mencionados. En este sentido, en la edición del 17 de enero de 1880, aparece publicado, en la llamada *sección oficial*, el decreto No. 514 de 1879 promulgado por el gobierno nacional de la época. Dicho decreto se orientaba hacia el mejoramiento de la agricultura y de la ganadería en todos los ámbitos, haciendo de las Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC) y de sus filiales regionales, una red de instituciones articuladoras de los distintos espacios agrícolas del país.

En relación al tema que nos concierne, es pertinente resaltar que en el decreto dichas sociedades tenían la tarea de “propender a la propagación de los pastos más adecuados para la cría y ceba de los animales, y difundir nociones sobre el mejoramiento de éstos, con arreglo a los principios de la zootécnica.”¹⁶² Lo anterior es una muestra de cómo se impulsó

¹⁶¹ Germán Colmenares, “Manuela, novela de costumbres”, en: *Manual de Literatura Colombiana*, (T.I), Bogotá: Planeta – Pro cultura, 1988, p. 261.

¹⁶² Julián Trujillo, “Sección oficial”, *El Agricultor*, Bogotá, serie 2, No. 8, 17 de enero de 1880, p. 114. Julián Trujillo era Secretario del Tesoro y Crédito Nacional para el año de 1879. Otras de las tareas de SAC eran las de:

“desde arriba” el proceso de “mejoramiento” genético de las razas ganaderas, una entre varias, de las manifestaciones de este ímpetu modernizador del agro colombiano.

Nuevas razas vacunas y cambio de paisaje: La Exhibición Agrícola e Industrial de 1880

La introducción y sustitución de razas criollas, por razas traídas de Europa y Norte América para finales del siglo XIX en la Sabana, es un proceso histórico al cual podemos acercarnos a través la prensa agrícola. Me referiré entonces al cubrimiento que la revista realizó de la Exhibición Agrícola e Industrial de 1880, llevada a cabo en las proximidades de Bogotá, es decir en la Sabana.

Debe decirse que dicha Exhibición fue establecida en el decreto antes mencionado y debía celebrarse el 20 de Julio de cada año, cuestión que evidencia el carácter institucional y político de este evento. Al respecto menciona: “... y quede definitivamente establecida entre nosotros esta fiesta de la civilización y del progreso [la Exhibición] consagrada a los mártires de la Independencia en el día que la patria conmemora su aniversario.”¹⁶³

La atención que el gobierno de la Unión le otorgaba a esta Exhibición, debe enmarcarse en un contexto relacionado con la importancia socio-política que las exposiciones agrícolas e industriales tuvieron en varios países “occidentales” durante el siglo XIX e inicios del XX. Con las exhibiciones se mostraban los avances que ha tenido una Nación en su camino hacia la modernidad y el progreso en los distintos sectores de la economía, lo cual estaba relacionado, y era evidencia, de su grado de inserción y posicionamiento dentro del sistema capitalista mundial del momento.¹⁶⁴

-
- “Instruir sobre el mejor cultivo de las plantas cuyos productos forman la base de la alimentación y la riqueza de las poblaciones, según sus respectivos climas y que pueden servir de pábulo a la exportación;
 - Generalizar el uso de los arados y el de las demás maquinas e instrumentos que deben emplearse en las operaciones de campo;
 - Propender, en general, por todos los medios posibles al progreso de la agricultura en todos y cada uno de los pueblos de Colombia.” (Ibíd., p.114)

¹⁶³ Ibíd., p.120

¹⁶⁴ Gallini citando a Hobswaun. “El ambiente entre representación y ecología”. Op.cit.

El Agricultor, como la revista agrícola más importante de la época, estuvo siempre al tanto del cubrimiento de la sección relacionada con los productos del campo, sin duda, el área más importante de dicha Exhibición.¹⁶⁵ En este contexto, fue especialmente la pluma de Juan de Dios Carrasquilla, director de la revista y figura conspicua para el agro colombiano en la segunda mitad del siglo XIX, el encargado de dejar un testimonio escrito sobre las características y los resultados de la Exhibición del 20 de Julio de 1880.¹⁶⁶

Después de sus disquisiciones entorno a la producción de la quina, tema que acaparó sus artículos publicados en la revista durante el año de 1879, Carrasquilla hace de la Exhibición Nacional del 80 el tema fundamental de sus artículos, publicados en la sección llamada “crónica agrícola”. En su sección del 1 de julio de 1880, ósea 19 días antes de la mencionada Exhibición, Carrasquilla muestra gran expectativa y destaca los tipos de productos agrícolas que concursarían en el evento, resaltando que los premios se harían en dinero y en productos agrícolas como terneros, potros y demás, “de razas mejoradas.”¹⁶⁷ Al otorgar ganado europeo como premio, se muestra la alta valoración que este tipo de animales tenían en el sector agrícola sabanero y colombiano del momento.

En relación a los animales domésticos, las categorías a concursar eran tres: Bovinos, Caballos y Caprinos. Respecto a la primer categoría, los organizadores del evento (de los cuales Carrasquilla hacia parte) esperaban “tener muestra: de reproductores de raza de Durham, Hereford, Holanada, Alderney, Normandía, Téjas, y otras procedencias.”¹⁶⁸ Como se puede ver, la exhibición misma busca estimular la presencia y desarrollo de esta nueva ganadería europea.

¹⁶⁵ En este sentido, para Jorge Orlando Melo el sector agrícola fue el pilar de la economía durante toda la centuria del XIX y buena parte del XX. Sobre este autor ver, “Las vicisitudes del Modelo Liberal (1850 – 1899)”, en José Antonio Ocampo (comp.), *Historia económica de Colombia*, Bogotá: Siglo XXI, 1987.

¹⁶⁶ Carrasquilla fue uno de los primeros importadores de la raza durham al país, en el año de 1875.

¹⁶⁷ Juan de Dios Carrasquilla, “Crónica Agrícola”, en *El Agricultor*, Bogotá, serie 2, No. 15, 1 de julio de 1880, p. 207.

¹⁶⁸ *Ibíd.*, p.207.

Si bien se carece de suficiente información sobre el aspecto y la dinámica de la exhibición, puede decirse que la presencia de una parte importante de la alta sociedad bogotana y sabanera. No obstante, la importancia de dicho evento, radica en el hecho de que fue un espacio que congregó buena parte de la producción ganadera regional, siendo un testimonio de los cambios técnicos y zootécnicos que en relación a esta actividad se venían dando.

Es precisamente en la edición de *El Agricultor* del primero de agosto del mismo año (1880), es decir 10 días después de la Exhibición, donde don Juan de Dios expone sus primeras conclusiones en torno al estado de la ganadería en la Sabana de Bogotá, manifestando que: “Comparada la exhibición de 1880 con la de 1872, resulta que en el cortísimo periodo de 8 años se ha verificado una transformación completa en los animales que pueblan la Sabana de Bogotá.”¹⁶⁹

Para Carrasquilla y buena parte de los ganaderos/hacendados sabaneros, las bondades y ventajas que representaba el ganado vacuno importado de Europa o Estados Unidos eran incuestionables. Al respecto comenta: “En 1872 veíanse algunos, muy pocos, individuos de raza bovinas mejoradas de Europa; hoy se puede ver todo lo más selecto que el viejo mundo ofrece en materia de ganados.”¹⁷⁰

La exhibición de 1880 fue para Carrasquilla un acontecimiento que permitía avizorar un completo cambio en la ganadería sabanera, la cual se “mejoraría” gracias a la nueva sangre europea, la cual se sumaría a un medio ambiente rico y feraz en donde indudablemente prosperarían. Para Carrasquilla, “con reses de genealogías tan puras, con los excelentes pastos que nos brinda la sabana, con la ventaja de poseer durante todo el año forrajes verdes y jugosos, no es permitido dudar de la mejora que años tras años irá cumpliendo en la raza de ganado productora de carne y leche.”¹⁷¹

¹⁶⁹ Juan de Dios Carrasquilla, “Crónica Agrícola”, en *El Agricultor*, Bogotá, serie 2, No. 15, 1 de agosto de 1880, p. 224.

¹⁷⁰ *Ibíd.*, 225.

¹⁷¹ *Ibíd.*, 225.

El testimonio de Carrasquilla, si bien es ilustrativo y desbordante en optimismo, no es el único que evidencia un cambio en las características del tipo de ganadería que ocupaba la Sabana de Bogotá. Otra figura conspicua que hace mención al tema es Salvador Camacho Roldán, director de la SAC para ese momento, y quien considera que,

“El hecho culminante mostrado hoy [en la exhibición] es el progreso notable en las crías de ganados vacuno y caballar; progreso que data de ocho años a esta parte, desde la exposición nacional de 1871 y 1872. Entonces solo era conocida la raza de carne de Hereford, algo de la de cuernos cortos introducida de Alemania y algo de la Durham, no en su pureza primitiva... Hoy tenemos un número no despreciable de reproductores de raza pura de Durham introducidos directamente desde Inglaterra y de su descendencia de las orillas del Rin, y también de razas puras de leche, de Holanada y de las islas del Canal de la Mancha. Con ellos se está efectuando un cruzamiento que, antes de 30 años, habrá regenerado las crías de la Sabana de Bogotá y proporcionando a bajo precio, reproductores para todos los estados de la Unión”¹⁷²

Asimismo, finalizando la Exposición, Manuel Umaña, conocido hacendado del sur de la Sabana y uno de los participantes más laureados del evento, expresaba en su discurso el gran optimismo que le generaba el proceso de *modernización* que desde hace ya un par de décadas se venía dando en el campo sabanero, especialmente en lo que a ganadería refiere.¹⁷³

Umaña, propietario de emblemáticas haciendas como Canoas y Tequendama, manifestaba su regocijo por la presencia, cada vez mayor, de razas de ganado europeas y norteamericanas, las cuales se adaptaban con facilidad a las feraces y templadas praderas sabaneras reemplazando, en su opinión, a las degeneradas e improductivas razas criollas de origen español. Al respecto menciona:

“Hace apenas poco tiempo no teníamos sino una mala raza de ganado vacuno. Nuestros caballos, desmejorados por la incuria eran tal vez peores que los tipos primitivos venidos con los conquistadores; en nuestras ovejas se disputaban la palma el raquitismo en la formas, con la pobreza en la lana. El resto de nuestros animales domésticos habían sufrido la perniciosa influencia de la incuria y la rutina. Hoy pacen en nuestras ricas dehesas de Cundinamarca y Boyacá las razas Durham y

¹⁷² Salvador Camacho Roldán, “Discurso”, en *El Agricultor*, Bogotá, serie 2, No. 15, 1 de agosto de 1880, p. 230. La última parte de esta cita, proporciona indicios para considerar a la Sabana como centro de difusión de conocimientos agro-técnicos a nivel nacional.

¹⁷³ Manuel Umaña, “Sección oficial”, en *El Agricultor*, Bogotá, serie 2, No. 16, 1 de septiembre de 1880, p. 251.

Hereford, trasmitiendo sus lujosas formas para la carnicería, y las de Holanda, Normandía y Jersey reemplazando por hermosos tipos de ganado de leche nuestras pobres vacas de otros tiempos.”¹⁷⁴

Situación análoga ocurría, según Umaña, con los pastos, los cuales, en épocas pasadas “no eran objeto de atención ninguna y todos se contentaban con ver crecer los que espontáneamente se daban en sus terrenos, sin cuidarse de estudiar sus cualidades ni su valor nutritivo.”¹⁷⁵ Este hacendado, al igual que otros propietarios y políticos bogotanos del momento, veían en la transformación de las condiciones ecológicas de la Sabana, la forma más expedita de modernizar el sector agrícola de esta región, en donde, los pantanos, “los bosques y las malezas van perdiendo su rusticidad primitiva al contacto civilizador de la Industria y entregan sus entrañas vírgenes a la acción fecunda del trabajo”¹⁷⁶.

¿Forjadores de paisaje?

El pensamiento o discurso de estos personajes, puede verse como una alegoría al progreso y a la modernización del campo Colombiano y Sabanero. Una modernización que por demás, veía como modelo a las áreas rurales de los países centrales del sistema mundo de la época (Europa y Estados Unidos). Este discurso se materializa en la introducción de biota y técnicas agrícolas a la Sabana de Bogotá provenientes de dichos lugares, razón por la cual es posible hablar de una cierta “europeización” en las condiciones ecológicas del paisaje de esta área. Para el caso de la ganadería, la continua referencia a las “razas mejoradas” o a la mejora genética, fue una manifestación de dicha mentalidad.

Sin embargo, no se trata de ver si la Sabana de Bogotá, en relación a sus características ecológicas y paisajísticas, se transformó o no en una “nueva-Europa”, en los términos en que Alfred Crosby concibe el término¹⁷⁷, sino que se trata de analizar y evidenciar cómo existía en la élite de época, conformada por hacendados, políticos, comerciantes, científicos, etc., una mentalidad europeizante y dependiente, respecto a la manera de ver y

¹⁷⁴ *Ibíd.*, p.252

¹⁷⁵ *Ibíd.*, p.252

¹⁷⁶ *Ibíd.*, p.253

¹⁷⁷ Crosby, Alfred. *Imperialismo Ecológico: la expansión Biológica de Europa, 900 – 1900.* Op.cit.

utilizar las tierras altas colombianas, discurso que se encontraba relacionado con la transformación material del paisaje. Así, se construyó, en base a Influencias venidas del norte, una idea y una imagen de lo que el campo colombiano en general y sabanero en particular, deberían de ser y hasta de cómo se deberían de ver.

Mediante la aplicación de estas nuevas técnicas de explotación ganadera (ganadería, mejoramiento genético y la siembra de pastos), grandes áreas de América Latina han visto como los bosques y las selvas dieron paso a praderas. En el caso de la Sabana de Bogotá, han sido paisajes agrícolas (paisajes culturales), profundamente humanizados, los que durante la segunda mitad del siglo XIX, dieron paso a extensas áreas de pastizal.

Desde esta perspectiva, más que pastos y vacas, estos cambios en la en la forma de concebir y utilizar la naturaleza, son una muestra de la progresiva imposición de una lógica utilitarista en el manejo de la tierra, motor de lo que en el mediano plazo se configuraría en una transformación importante del paisaje de la región. Como una manera de ilustrar esa forma consiente en los miembros de la élite bogotana y sabanera construyeron su paisaje, a continuación se presentan algunas razones por la cuales el ponderado Manuel Umaña se hace merecedor del primer puesto de la Exhibición Agrícola del 20 de Julio de 1880.

“,Estados Unidos de Colombia -Exposición Agrícola- 20 de Julios de 1880”.

Los Estados Unidos de Colombia y en su nombre el jurado central de la Exposición:

Vistos los informes de los jurados especiales, de los cuales resulta que el señor MANUEL UMAÑA: Ha introducido y propagado en el país la raza caballar pequeña de La Perche, empleada en el tiro de ómnibus de la ciudad de París; Ha introducido y propagado la raza de carneros de Southdown; Ha introducido y propagado reproductores de raza vacuna de Durham que ganaron la medalla de oro en su clase; Ha conservado la raza de ovejas de Costwolt introducida por el Gobierno del Estado de Cundinamarca, pero que estuvo expuesta a desaparecer; Ha contribuido a la propagación de la raza pura de carneros Negretti; Ha introducido burros catalanes de gran tamaño para mejorar la raza mular; Y en fin, introducido y usado en sus trabajos herramientas y máquinas agrícolas mejoradas de acuerdo con los adelantos modernos, Se le concedió un premio de 1000 pesos y el anterior diploma de honor.”

178

Es claro aquí como el discurso y la materialidad van de la mano. Umaña no solo era un apologeta de la modernización sabanera, sino que sus actos eran consecuentes con sus

¹⁷⁸ Gregorio Obregón “Sección oficial”, en *El Agricultor*, Bogotá, serie 2, No. 16, 1 de septiembre de 1880, p.249. Mención dada por el Secretario de Fomento de la Unión.

palabras. Era un asiduo importador e implantador de biota europea, no solo de razas vacunas, sino de todo un repertorio de animales domésticos y técnicas productivas. Umaña, al igual que otros hacendados sabaneros de la época, re-diseñó, dentro y fuera de sus predios el paisaje cultural sabanero, constituyéndose, junto a su grupo social, en un forjador consiente de dicho paisaje. Valga decir, un paisaje a la medida de sus necesidades e intereses, pues se construye un discurso “progresista” respecto a las formas de producción en el campo, pero calla en todo sentido sobre las formas monopolísticas y “feudatarias” de tenencia de la tierra en el altiplano, las cuales tenían sumida en la pobreza a la mayoría de la población.

Iconografía y Paisaje en la Sabana de Bogotá

No solo era necesario transformar las formas y los medios productivos para hacer de la Sabana de Bogotá una suerte de nueva Europa. Había que construir también una imagen visual y artística de la misma, una forma “ideal” y pictórica de representar la Sabana de Bogotá. Treinta años después de la exhibición de 1880, se realizaría la exhibición agrícola e industrial de 1910, la exposición del Centenario, la cual puede verse como otra puesta en escena de agro sabanero y colombiano, una ceremonia más grande y más elaborada de autocomplacencia del capitalismo mundial,¹⁷⁹ en un escenario local como lo es la Bogotá de comienzos del siglo XX. Sin embargo varios hechos caracterizaban esta exposición y la diferenciaban de las anteriores. Ya no solo el campo era el aspecto central de la misma, sino que junto a las “nuevas razas” o “razas mejoradas” de animales domésticos, se mostraban los primeros avances de la incipiente industria bogotana y nacional.¹⁸⁰

Cervecerías y fábricas de vidrios, eran elementos que hablaban de un nuevo giro tecnológico y de la llegada de nuevas formas de producción que, un par de décadas más tarde, marcarían el ingreso definitivo de Colombia a la economía mundial capitalista. Sin

¹⁷⁹ Hobsbawm citado por Gallini, (“El ambiente entre representación y ecología”, Opcit., p. 80).

¹⁸⁰ Luis Carlos Colon, “La Ciudad Luz: Bogotá y la Exposición Agrícola e Industrial de 1910”, documento de acceso libre que se encuentra en:
<http://www.museodebogota.gov.co/servicios/consulta/publicaciones/index.php#multimedia>

embargo, no son los alambiques, ni los hornos, ni tampoco las razas vacunas importadas, los elementos que en esta sección quiero resaltar.

Aquí pretendo centrarme en un elemento menos conspicuo, pero que reviste gran interés en la historia del paisaje sabanero. En las paredes del salón del claustro de San Bartolomé, uno de los escenarios de la Exposición del Centenario en 1910, aparecieron exhibidas pequeñas imágenes que mostraban hermosas escenas de la campiña sabanera: se trataba de las acuarelas y miniaturas de Roberto Páramo, uno de los pintores de la “Escuela de la Sabana”.¹⁸¹ La presencia de dichas acuarelas en la exhibición, nos habla de la relevancia que desde las dos últimas décadas del siglo XIX cobrarían los artistas congregados en esta escuela, la cual puede verse como precursora de un arte de tipo nacional, que se desarrolló principalmente a través de la construcción pictórica de un paisaje nacional. Al mismo tiempo fue el primer movimiento artístico que se dedicó a la representación del paisaje exclusivamente con fines estéticos.

Por tanto, en esta sección se pretende analizar las representaciones del paisaje de la Sabana de Bogotá que este grupo de pintores realizó en las décadas de 1880 – 90, viendo dichas iconografías como manifestaciones discursivas en las cuales, consciente e inconscientemente, se transmite un cierto orden estético, el cual puede extrapolarse a lo social, lo político y lo ambiental. A su vez, dentro de dicha pretensión de orden, el discurso de la europeización vuelve a hacerse manifiesto, ahora desde lo visual, pues estas representaciones muestran un espacio similar al que puede encontrarse en latitudes templadas. Estas acuarelas y oleos deben verse entonces como documentos que “hablan” y “callan” respecto a la situación socioeconómica de la Sabana del momento.

¹⁸¹ Ibid. Ver también Eduardo Serrano, *La Escuela de la Sabana*, Bogotá: MAMBO, Novus Ediciones.

La Escuela de la Sabana

Como se ha mencionado con anterioridad, la imagen puede constituirse en un documento histórico que brinda información tanto de aspectos de la realidad material del pasado, como también de las ideas y la visión de mundo que tenían los creadores de dichas imágenes o sus clientes. Consciente de que la producción iconográfica en torno a la Sabana de Bogotá es bastante amplia y que engloba a las imágenes producidas tanto con fines científicos como con fines artísticos, se tomarán en cuenta solamente las imágenes que desde el arte se han creado sobre este territorio, sin desconocer que las imágenes de carácter científico realizadas durante el siglo XIX deben ser consideradas como antecedentes fundamentales en la emergencia del paisajismo en Colombia.

Entre dichos antecedentes están las representaciones del paisaje y espacios del territorio nacional, realizados por Humboldt, que en su mayoría dibujó bocetos en campo que luego encargaría a importantes dibujantes europeos para su realización, produciendo las primeras imágenes sobre lugares emblemáticos del país como el Salto del Tequendama, el puente natural de Icononzo y el Volcán del Tolima.

Por su parte, a mediados del siglo XIX la Comisión Corográfica, abanderada por Agustín Codazzi, se constituye en un hito para la historia del arte nacional y en particular para el paisajismo, pues contó con la importante colaboración de dibujantes como Manuel María Paz, Carmelo Fernández y Henry Price quienes realizaron interesantes acuarelas sobre los espacios del territorio nacional que recorría la Comisión, con la intención de retratar costumbres, características del terreno, vegetación y otros aspectos de la realidad observable.¹⁸²

Sin embargo, pese a que estas primeras representaciones del paisaje pretendieron ser de carácter científico, considero que no escapan de aquel halo de subjetividad que envuelve a

¹⁸² Jorge Quintana, "Serrano Rueda por la Sabana", en *Boletín cultural y bibliográfico*, No. 24 – 25, Vol. XXVII, 1990. Se encuentra e: www.lablaa.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti5/bol2425/serrano.htm

esta práctica de representación, dado que implícitamente manifiesta un punto de vista, un modo de ver, un posicionamiento de quien observa con respecto a los objetos observados.

En relación a la “Escuela de la Sabana”, se observa que sus exponentes aparecen en décadas finales del siglo XIX, extendiendo su legado hasta mediados del siglo XX. Aunque se cuestiona el carácter de “escuela”, el siguiente texto de Eduardo Serrano ilustra cómo estos autores sentaron un precedente en la historia del arte en Colombia y más específicamente en la emergencia del paisajismo como técnica artística en el país:

“La naturaleza y el paisaje han sido fecunda inspiración de las más variadas expresiones artísticas en distintos periodos de la historia. No es raro, por tanto, que un lugar excepcional y dotado de tantas bellezas naturales como la Sabana de Bogotá, haya sido fuente y motivo de innumerables obras de arte. Más aún, una de las importantes contribuciones al nacimiento de una tradición pictórica en Colombia y a la consolidación de un carácter propio en arte nacional, tiene su origen precisamente en el altiplano cundinamarqués.

Puede decirse entonces que como el bosque de Fontainebleu (numen de la escuela de Barbizón) y como el Valle del Río Hudson (que dio su nombre al movimiento paisajista estadounidense de mediados del siglo XIX), la Sabana de Bogotá –su flora, ríos, ocasos, sembrados, caminos, haciendas y jardines– ha sido la gran inspiración de la pintura de paisajes en Colombia. Y como el bosque de Fontainebleu y el Valle del Río Hudson, la Sabana de Bogotá constituyó durante varios años (desde 1894 hasta 1934) la más prolífica inspiración para los artistas del país, por lo que resulta apenas natural que se hable de la **Escuela de la Sabana** para referirse al arte de este lapso. Su representación ha sido continuada posteriormente por artistas tan sobresalientes como Gonzalo Ariza, e inclusive por pintores de las nuevas generaciones como Antonio Barrera.

Ahora bien, la representación de la naturaleza comienza en Colombia prácticamente al tiempo que se inicia la pintura dentro de la tradición del arte occidental, es decir, en el periodo colonial. Pero solo hasta 1894, con la instauración de la cátedra de paisaje por parte de Andrés de Santa María y Luis de Llanos en la Escuela Nacional de Bellas Artes, se inicia en el país este género pictórico con fines no documentales ni científicos, sino primordialmente estéticos, y también como tema digno por sí solo de representación artística, y como sujeto principal en el trabajo de los más destacados pintores del país...”¹⁸³

Como el mismo Serrano lo indica, es con la creación de la Escuela Nacional de Bellas Artes en 1894 que se sientan las bases para que desde el arte se comiencen a representar los paisajes colombianos, siendo la Sabana de Bogotá, por distintas razones (belleza, distancia

¹⁸³ Galería Alfred Wild. *El paisaje de la Sabana de Bogotá en el siglo XX*, Bogotá Agosto de 1989. Prologo de Eduardo Serrano p.2.

y fácil acceso entre otras), el lugar que inicialmente acaparó la atención de estos primeros paisajistas.

¿Quiénes eran estos autores? Se trata de un grupo de artistas que vivió relativamente en una misma época y que compartían un especial interés por la representación pictórica de este espacio. Tenemos como figura descollante a Roberto Páramo (1859 – 1959), de quien Serrano afirma que “se interesó especialmente en el colorido parco, húmedo y triste de la Sabana, la cual representó siempre con un claro propósito de ordenamiento intelectual.”¹⁸⁴ Otro interesante exponente de esta escuela es Jesús María Zamora (1875 – 1949) boyacense, de quien Serrano resalta su particular interés en el “crepúsculo, infundiéndole a sus obras un acento melancólico con sus cielos rosados y sus intensos arrebos.”¹⁸⁵

De esa misma época data el trabajo de Ricardo Gómez Campuzano (1893 – 1981), bogotano, con un espectro más amplio de representación paisajística: “interpretó todo tipo de paisajes: diáfanos o misteriosos, solitarios o habitados, a pleno sol o en los ocasos.”¹⁸⁶ También para el mismo periodo el importante destacar la obra de Ricardo Borrero (Gigante, Huila, 1874 – 1931). Como exponentes recientes de esta “Escuela de la Sabana” se encuentra Gonzalo Ariza (Bogotá, 1912) y Antonio Barrera (Bogotá, 1948).¹⁸⁷



Figura 14, Gonzalo Ariza, *Nube*, 1989, Óleo sobre lienzo, 100x70cm.

¹⁸⁴ Galería Alfred Wild. *El paisaje de la Sabana de Bogotá en el siglo XX*, Op.cit.

¹⁸⁵ *Ibíd.*

¹⁸⁶ *Ibíd.*

¹⁸⁷ *Ibíd.*



Figura 15, Roberto Páramo, *Paisaje*, 1900 - 1910, Óleo sobre cartón, 9x37,7cm.



Figura 16, Jesús M. Zamora, *Paisaje*, Sin fecha, Óleo sobre lienzo, 42x42cm.

¿Qué se puede decir en torno a estas imágenes a la luz de considerarlas como representaciones del paisaje y por tanto como documentos Histórico-geográficos? Inicialmente, resulta interesante evidencia cómo en estas acuarelas y oleos se pretende representar un paisaje pasivo, de quietud, de orden, en donde los seres humanos brillan por su ausencia (ver figuras 16, 17 y 18). Aparecen paisajes etéreos, sombríos, bucólicos en donde es muy difícil o prácticamente imposible saber la locación real de dicho paisaje. Esto contrasta con las imágenes de carácter documental, que para esa misma época realizaban

viajeros europeos, en donde se muestra un paisaje activo, en donde perones y bueyes trabajan la tierra hasta el horizonte en la siembra del trigo (ver figura 19).

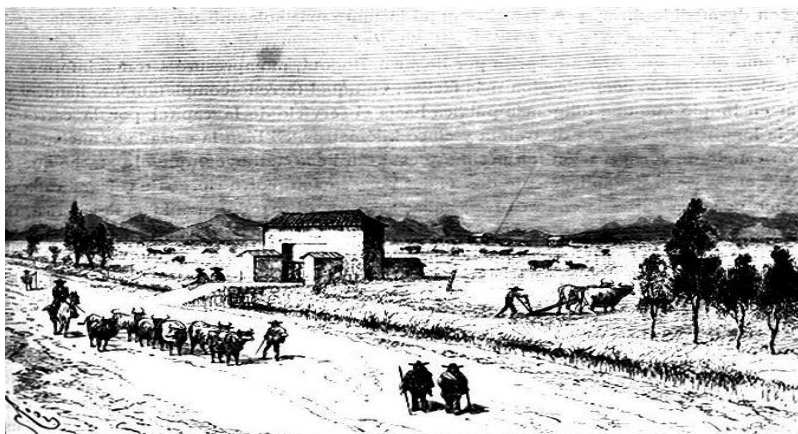


Figura 17. Edouard Riou “Campaña de Fontibón, en la llanura de Bogotá”, 1884, en: Wiener, Crevaux, Charnay, ed. al., *América Pintoresca: descripción de viajes a Nuevo Continente*, Barcelona: Montaner y Simón Eds., p.525

Esto quiere decir que no debemos fiarnos del *realismo* con que estos paisajistas de finales del siglo XIX hacían sus oleos o acuarelas representando aquello que veían o deseaban ver. Se debe tener en cuenta que, ante todo, se está frente a una representación construida por un individuo, de cierto género, de una cierta clase social (generalmente barón, blanco y de la elite), con toda una serie de sesgos y distorsiones ante la representación del espacio.

Lo primero que puede platearse aquí en relación a las imágenes vistas, es que estamos ante una visión urbana y por tanto burguesa del espacio rural. Ya Denis Cosgrove menciona que la noción de paisaje nace en la ciudad y es una manera en la cual desde este espacio se mira hacia el campo, siempre con el interés de representarlo para conocerlo, lo que es un requisito indispensable para su dominación e incorporación a las lógicas capitalistas de utilización de la tierra.¹⁸⁸

¹⁸⁸ Denis Cosgrove, *Social formation and symbolic Landscape*, Op.cit.

Por tanto, considero que la “Escuela de la Sabana” representa la visión del mundo de un grupo o clase social afincada en la ciudad, pero que posee fuertes intereses económicos, inmobiliarios y de prestigio en el campo, especialmente en los espacios inmediatos a Bogotá. Se evidencia por tanto, a través de estas imágenes, la manera en que una elite urbana dominaba estos espacios, pues para el caso de la Sabana “es un hecho indiscutible que no hubo familia santafereña, de alguna importancia, que no estuviera vinculada a la propiedad de una o de varias estancias”¹⁸⁹. En este caso hablamos de un grupo social en el cual se encontraban intelectuales y artistas que representaban el paisaje de las haciendas y campiñas y que en cierta medida pertenecían a los mismos círculos sociales que hacendados y políticos.

Esta visión urbana del campo, entra en conflicto con elementos propios de mundo rural decimonónico, como la existencia de un numeroso campesinado indígena en la Sabana, el cual fue borrado o desdeñado de la pintura de paisajes. Esto es evidencia del estrecho pero contradictorio vínculo que históricamente la Sabana ha tenido con la ciudad de Bogotá, el cual ha implicado cosas tanto positivas como negativas.

Este vínculo se manifiesta en una relación de dependencia del campo frente a la ciudad, y más específicamente de propiedad o pertenencia de las tierras y recursos de la Sabana a los patricios bogotanos. En este sentido, para Pardo Umaña “La Sabana se pertenece espiritualmente a la ciudad, y las dos se compenetran absoluta y definitivamente.”¹⁹⁰ Esto quiere decir que la Sabana pertenece a Bogotá no solo “espiritualmente”, sino como este mismo autor muestra en su clásico libro “Haciendas de la Sabana”, la propiedad de las grandes haciendas pertenece a familias bogotanas. Es decir la Sabana, ayer como hoy, pertenece a unos cuantos bogotanos, quedando la mayoría excluida del acceso y disfrute de este espacio.

¹⁸⁹ Camilo Pardo Umaña, *haciendas de la sabana*, Op.cit., p.12

¹⁹⁰ *Ibid.*, p.23

En relación a lo anterior, en la mayoría de imágenes la Sabana aparece idílica, pero con un rasgo común que es importante resaltar: la ausencia de gente (ver Figuras 18 y 20). Esto puede relacionarse con el carácter extensivo, excluyente y monopolístico que durante el siglo XIX mostraron las formas de tenencia de la tierra en la región. Solo en contados casos aparece un campesino, trabajando en el horizonte mientras cae la tarde, sin considerar, claro está, el carácter humano del trabajador, sino que se le ve como un agregado del paisaje, como parte del “mobiliario” rural junto a la vaca, el arado, el caballo o la casa de la hacienda.



Figura 18, Roberto Páramo, *Paisaje*, 1910 - 1915, Óleo sobre cartón, 19x12cm



Figura 19. Roberto Páramo, “paisaje”, (Sin fecha), 9.5 x 14cm, colección particular, Bogotá.

Estos paisajes vacíos, nostálgicos y melancólicos lo que hacen es silenciar u ocultar, o si se quiere naturalizar y eternizar, las formas inequitativas de tenencia de la tierra en la Sabana de Bogotá las cuales tienen orígenes Coloniales y se representan para finales del siglo XIX.¹⁹¹ En dichas iconografías se pretende mostrar que este paisaje siempre ha lucido así, siempre ha estado despoblado, libre de los pobres de campo, por lo cual siempre ha pertenecido a los llamados “patriarcas” de la Sabana. Se desconoce, por tanto, la larga historia del poblamiento indígena y campesino, y su proceso de expulsión acaecido desde el periodo colonial e intensificado en segunda mitad de la primera centuria republicana.

A su vez, estas imágenes de la Sabana están llenas de silencios, de situaciones que no se dicen y que antes bien se quieren ocultar tras un velo idílico y melancólico. En todos estos paisajes se exaltan valores morales y se trata de consolidar una estética y una identidad regional o nacional, pero jamás se tiene en cuenta lo que autores como John Barrell consideran como “el lado oscuro del paisaje”.¹⁹²

En estos paisajes, no hay mención alguna a quienes con su trabajo, con su sudor o con su propia vida, han transformado la naturaleza para otorgarle una fisonomía característica a este paisaje cultural, es decir a los trabajadores del campo. Este tipo de interpretaciones, aunque apresuradas y subjetivas, se sostienen a partir de trabajos entorno a la idea de paisaje, realizados por autores como Denis Cosgrove, quien aduce que la representación del paisaje puede tornarse nacionalista, clasista, sexista o racista.

En este caso vemos cómo se ocultan toda una serie de relaciones de poder en donde ciertos grupos sociales privilegiados excluyen o eclipsan del paisaje sabanero a otros grupos sociales. Al respecto Cosgrove considera que: “La capacidad que tiene el paisaje para

¹⁹¹ Camilo Pardo Umaña, *Haciendas de la Sabana de Bogotá*, (1946), Op.cit.

¹⁹² John Barrell, *The Dark Side of the landscape: the rural poor in English painting 1730 – 1840*, Op.cit; Hugh Price, “Art and agrarian change, 1710 – 1815,” en: Daniel y Cosgrove, *The Iconography of Landscape*, Op.cit.

ocultar y suavizar visualmente las realidades de explotación y para “naturalizar” aquello que constituye un orden espacial socialmente elaborado continúa hasta la actualidad”¹⁹³

En la Sabana de Bogotá decimonónica, en sus idílicos paisajes no se tienen muy en cuenta a quienes desecaron los pantanos, a quienes tumbaron los árboles y sembraron pastos foráneos, a quienes abrieron caminos en medio de lodazales, a quienes arrear y ordeñan las vacas holstein, hereford o durham, a los miles de trabajadores que cosechan la papa, o a los indígenas: quienes con las reformas liberales de mediados del siglo XIX fueron los primeros excluidos del paisaje sabanero. Esto me lleva nuevamente a citar a Cosgrove pues “la capacidad que tiene el paisaje para ocultar bajo una superficie lisa y estética la mano de obra que lo produce y lo mantiene es un resultado directo de sus cualidades pictóricas y de su identificación con la “naturaleza” física, situando lo histórico y lo contingente más allá de toda reflexión crítica.”¹⁹⁴

Por tanto, se trata de exaltar el carácter sobrio y vernáculo de la Sabana como remanso de paz, con el propósito de mostrar un paisaje idealizado y moralizado, es decir, que la naturaleza se percibe y representa cargada de ideologías y símbolos propios de un individuo o de un grupo social, que reclamaba estos espacios como propios y que, como se vio anteriormente, los ha venido transformado según sus criterios. En este sentido se muestra una sabana ordenada y civilizada en oposición al caos tropical que representa el paisaje de las tierras templadas y cálidas que circundan la planicie. Aquí la Sabana se asemeja más a paisajes de latitudes templadas que a otros propios de su localización ecuatorial.

Esto nos lleva nuevamente a la imagen europeizada de la Sabana. Algo que no es fortuito, pues a lo largo de este trabajo se ha evidenciado aquella tendencia de la élite bogotana y sabanera a mirar en los países del norte, los modelos a seguir en cuanto al ordenamiento de la sociedad, de la política, de la economía y por tanto del espacio rural, al punto que se

¹⁹³ Denis Cosgrove, “Observando la Naturaleza...”, Op.cit, p. 79 – 80.

¹⁹⁴ Denis Cosgrove, “Observando la Naturaleza...” Op.cit, p.80. (El subrayado es mío).

sustituyó casi en su totalidad, la biota nativa y las técnicas productivas nativas, por animales plantas y formas de producción europeas.

La Sabana también es europeizada desde la pintura, lo que en buena medida tiene que ver con el hecho de que los dos fundadores de la “Escuela de la Sabana”, Andrés de Santa María y Luis de Llanos, realizaron su formación artística en Europa. De ahí que sus técnicas y sus materiales de pintura provinieran del Viejo Mundo, lo que hacía que estas representaciones del paisaje, fuesen en cuanto al manejo de las tonalidades de los colores y de la perspectiva similares a los europeos. Sin embargo, no solo en los aspectos técnicos y de materiales se europeizaba desde la pintura el paisaje sabanero, sino que también en la forma misma de concebir el paisaje, pues se trataba de recrear el mundo rural europeo en la Sabana, obviamente con las respectivas adaptaciones y sincretismos. Al respecto las dos iconografías que se presenta a continuación resultan reveladoras.

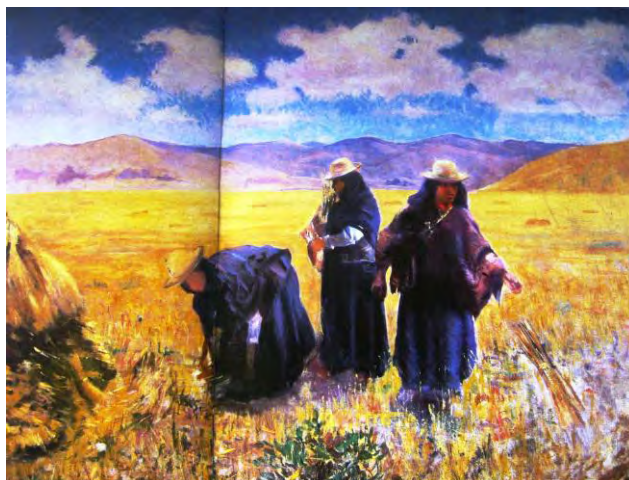


Figura 20, Andrés de Santa María, “las Segadoras”, 1895, 80 x 106 cm. Oleo sobre Lienzo, Bogotá, Mambo.



Figura 21. Jean-François Millet, “The Gleaners” (Las Espigadoras), 1857, 84 x 111 cm, Oleo sobre lienzo, París, Musée d’Orsay.

Puede decirse por tanto, que la Sabana es el espacio que la elite bogotana reclama para sí por “derecho propio”, y que el paisaje, en sus diversas representaciones, era instrumentalizado para mantener un orden social acorde a lo interés de dicha élite. En este sentido, hay todo un pasado señorial que constante mente se reivindica y un ordenamiento espacial y estético que respalda el derecho de acceso a este espacio por parte de unos pocos. En la Sabana decimonónica (y en la actual) el *común* de los bogotanos, la gran mayoría, nada tienen que hacer allí, debiendo estos últimos permanecer reclusos en la ciudad, vista por los patricios criollos como el lugar de la perversión humana, hacinadas, sucias, peligrosas, hogar del la chusma.¹⁹⁵

¹⁹⁵ Al respecto ver: Germán Mejía Pavony, “Los itinerarios de la transformación urbana. Bogotá, 1820 – 1910.” Op.cit.

Capítulo IV. HACIENDA GANADERA Y TENENCIA DE LA TIERRA EN LA SABANA DE BOGOTÁ

Los discursos del paisaje que hasta el momento se han analizado, responden a un contexto histórico particular, el cual es preciso tener en cuenta para el cabal entendimiento de los mismos. Particularmente, como productos culturales propios de una determinada formación histórica, estos discursos se encuentran relacionados con las formas de uso y la tenencia de la tierra en la Sabana. Al acercarse a la configuración de la tenencia y el uso de este recurso en el altiplano bogotano, se evidencian rupturas y herencias provenientes de los periodos colonial y prehispánico, herencias que en cierta medida caracterizan el espacio rural de la Sabana en el periodo estudiado.

En este sentido, una de las herencias más importantes, que tiene gran influencia en producción del paisaje rural sabanero, es la *hacienda*, que como unidad productiva y como parte de una formación social,¹⁹⁶ emerge como elemento protagónico y característico en la Sabana de finales del siglo XIX. Las haciendas “constituyeron el foco central de la vida sabanera. Y por lo tanto, el núcleo esencial de todo cuanto desde la Colonia hasta la república ocurrió en el gran valle cundinamarqués.”¹⁹⁷

En este punto, se hace necesario definir el concepto de hacienda, el cual, siguiendo al historiador sueco Magnus Mörner, puede asumirse como “una propiedad rural de un propietario, con aspiraciones de poder, explotada mediante trabajo subordinado y destinada a un mercado de escala reducida, con la ayuda de un pequeño capital. Bajo tal sistema los factores de producción no sólo servirían para la acumulación de capital, sino también para asegurar las ambiciones sociales del propietario”¹⁹⁸

¹⁹⁶ Hermes Tovar Pinzón, *Hacienda Colonial y Formación Social*, Barcelona: Sendai, 1988.

¹⁹⁷ Hernando Téllez, “Prologo”, en: Camilo Pardo Umaña, *Haciendas de la Sabana: Su historia, sus leyendas y tradiciones*, Ed. Nelly, Bogotá, 1946, p. 6.

¹⁹⁸ Magnus Mörner, “La Hacienda Hispanoamericana en la historia: un esquema de reciente investigación y debate”, en: *Desarrollo económico*, Vol. 13, No. 52 (Jan – Mar, 1974), p. 743.

En el mismo sentido apunta la definición de Juan Villamarín, quien coincide con Mörner en que “la hacienda estaba organizada para el abasto de un mercado de pequeña escala.”¹⁹⁹ En este orden de ideas, la cuestión radica en entender cómo la hacienda hizo uso de los recursos naturales de la Sabana de Bogotá en esta época específica, reestructurando los ecosistemas propios de la zona y orientándolos hacia unos fines agrícolas determinados. Dicha reestructuración en buena medida responde a un modo de producción o formación social, en donde este tipo de propiedades fueron un elemento central.²⁰⁰

El predominio de la hacienda en la Sabana de Bogotá de fines del XIX, implicó que buena parte de los suelos, las aguas, la vegetación, entre otros elementos ecológicos, fuesen cooptados en pos de las actividades e intereses de las mismas. Lo que debe verse aquí es que este agro-ecosistema, se transformó y se materializó a través de las lógicas productivas de la hacienda, la cual “administró” los recursos naturales al interior y en ocasiones al exterior de sus límites prediales, “confeccionado”, en últimas, el paisaje cultural de la época.

Sin embargo, lo que me interesa resaltar de este análisis no es la transformación del paisaje y de las condiciones ecológicas derivadas de la hacienda, sino aproximarme al entramado de relaciones sociales que se tejía para que dichas haciendas prosperasen o por lo menos se

¹⁹⁹ Villamarín, “Haciendas en la Sabana de Bogotá”, op.cit., p.327. Esta definición, es tomada del trabajo de los antropólogos sociales Eric Wolf y Sidney Mintz quienes plantearon este concepto en los años 60, al respecto ver E. Wolf y S. Mintz, “Haciendas and Plantations in Middle America and the Antilles”, *Social and Economic Studies*, VI, Kingston, Jamaica, 1957, pp.380-412. Sin embargo, Villamarín considera que el tipo de hacienda plateada por Wolf y Mintz no refleja completamente el caso de la Sabana de Bogotá durante la Colonia y el siglo XIX, dado que en ocasiones las haciendas trascendieron la mera auto-subsistencia, articulándose a regiones mineras o agro-exportadoras como proveedoras de alimentos. En este sentido, la vocación productiva a la que se dedicaron las haciendas de la Sabana para la segunda mitad del siglo XIX puede explicarse en base a dos aspectos: uno es la ya mencionada demanda de productos agrícolas de la región, lo que hace referencia a los mercados hacia donde se enviaban los productos. El otro, tiene que ver con las técnicas productivas utilizadas en la explotación de los recursos naturales acaparados por la hacienda, específicamente la tierra.

²⁰⁰ En relación al *modo de producción*, el ya mencionado Eric Wolf lo define como “las formas principales en que los humanos organizan su producción. Cada gran forma de hacerlo constituye un modo de producción, un conjunto concreto, que ocurre históricamente, de relaciones sociales mediante las cuales se despliega trabajo para exprimir energía de la naturaleza por medio de utensilios, destrezas, organización y conocimiento.” (Eric Wolf, *Europa y la gente sin historia*, [1982], México: Fondo de Cultura Económica, 2006. p.100).

mantuviesen, y ver, como esta forma de utilización de los recursos del área encarnó toda una serie de desigualdades y conflictos, en donde los beneficiarios de la energía y los recursos de un agro-ecosistema muy rico y diverso (tierra agua, vegetación, fauna) no fue “la sociedad en su conjunto”, sino un grupo social particular como lo fue la élite propietaria de grandes fundos.

En este orden de ideas, las formas de tenencia y uso de la tierra que encarna la hacienda responden en buena medida a las relaciones de poder que caracterizaban la sociedad de la época, e implicaron la exclusión de la gran mayoría de la población del acceso a la tierra, y no solo a la tierra, sino a las aguas, los bosques y la fauna silvestre, elementos que para la segunda mitad del siglo XIX fueron casi totalmente monopolizados por la hacienda. Asimismo, las formas de trabajo a su interior, sumado a las bajas condiciones tecnológicas, implicaron una intensa explotación de la mano de obra, que era cooptada bajo formas de trabajo subordinado y servil en condiciones bastante desventajosas como las del *concierto* o las del *peonaje*.²⁰¹

Asimismo, no debe desconocerse la posible simplificación del agro-ecosistema que representó la hegemonía de este tipo de unidad productiva, en donde se privilegiaría el uso del suelo dedicado a la ganadería por sobre el uso dedicado a la agricultura. Hablamos de una actividad ganadera de gran tradición en este espacio, pero que para la segunda mitad del siglo XIX entra en un proceso de expansión y modernización consistente en la importación de nuevas razas vacunas traídas de Europa occidental (no Ibérica). Las consecuencias ecológicas y socio-económicas de dicho proceso claramente se manifiestan en el paisaje sabanero del presente.

²⁰¹ Sobre el primer concepto, Hermes Tovar considera que “el concierto era un contrato de trabajo por medio del cual un indio, un libre o un mestizo se comprometían a trabajar por un salario durante un tiempo determinado y que oscilaba normalmente entre 6 meses y un año.” (Hermes Tovar, *Hacienda colonial*, op.cit., p.80). Sobre el segundo concepto tenemos que “el termino peonaje era utilizado en diferentes sentidos, aunque se relacionaba, sobre todo, con el significado de la inmovilización de los trabajadores y su obligación contractual respecto a una empresa (hacienda, rancho, plantación, mina, manufactura, taller, fábrica, etc.) por causa de deudas.” (Herbert Nickel, *El peonaje en las haciendas mexicanas: interpretaciones, fuentes, hallazgos*, México: Universidad Iberoamericana, 1997, p. 11).

De este manera vemos como el concepto de agro-ecosistema, al igual que el de paisaje, se encuentra mediatizado por la relaciones de poder en un contexto histórico-geográfico determinado. En síntesis en el presente capítulo tocaremos dos aspectos: el acceso desigual a los recursos de la Sabana de Bogotá de fines del siglo XIX y la concomitante simplificación del agro-ecosistema, ambos en el contexto de la expansión de la hacienda en el Sabana.

Las formas de propiedad en el Estado de Cundinamarca

Para mediados de primer siglo Republicano el mapa de la propiedad agraria en el entonces Estado de Cundinamarca se muestra relativamente variopinto. En dicho mapa, siguiendo a Marco Palacios, es posible identificar tres zonas características en razón al tamaño y valor de la misma.

La primera corresponde a la zona de propiedad campesina, la cual “se ubica de preferencia al oriente y nororiente”²⁰² del territorio cundinamarqués, siendo un área de minifundio en la que el valor promedio de un predio no excedía los 1.200 pesos para el año de 1879, y su área generalmente es de menos de una fanegada. En esta zona se encuentran altas densidades humanas, evidenciándose rasgos socioculturales y de utilización del territorio similares a los que se observan en las áreas de minifundio de Boyacá.²⁰³

Por su parte, la zona de propiedad media se caracteriza por que el valor de los predios que en ella se encuentran oscila entre 1.000 y 4.999 pesos para el año de 1879, constituyéndose en una especie de área de transición entre las zonas minifundistas y las latifundistas. Para Marco Palacios esta zona es de gran importancia pues se ubica como un halo entorno a los centros sub-regionales de población y mercado más importantes, como lo son Facatativá y

²⁰² Marco Palacios, *La propiedad agraria en Cundinamarca*, op.cit., p.7

²⁰³ *Ibíd.*, p.7. Ver también Orlando Fals Borda, *El hombre y la tierra en Boyacá: Desarrollo histórico de una sociedad minifundista* [1957]. Punta de lanza, Bogotá, 1979.

Zipaquirá en la Sabana de Bogotá y La Mesa y Guaduas en la vertiente occidental de la cordillera Oriental. Dichos centros articulan los constantes intercambios y flujos entre las tierras altas, medias y bajas en la extensa vertiente que mira hacia el río Magdalena.²⁰⁴ Valga decir que la existencia de dichos intercambios y flujos entre tierras altas medias y bajas en la cordillera Oriental colombiana datan de tiempos prehispánicos.²⁰⁵

La tercera zona, objeto especial de atención para este trabajo, se caracteriza por la “temprana ocupación latifundista de los 16 valles fértiles del altiplano cundiboyacense”²⁰⁶, y consiste “en un gran manchón que parte de la Sabana de Bogotá hacia las tierras cafeteras de Sasaima en el noroeste y de El Tequendama hacia el suroeste”²⁰⁷. En relación al tamaño y precio de las propiedades, se observa que en esta región se llama *hacienda* a aquella propiedad que supere las 500 fanegadas, alcanzando valores superiores a los 5.000 pesos en la década de 1870, categoría en la cual se encuentran la mayoría de propiedades o haciendas ubicadas en los terrenos planos de la cuenca alta del río Bogotá²⁰⁸.

Este ordenamiento territorial de la propiedad en el estado de Cundinamarca, es producto de un largo proceso de configuración de formas distintas de tenencia de la tierra, razón por la cual el entendimiento de dicho proceso implica remitirse a lo acaecido en siglos anteriores, pues “la distribución de los distintos tipos de propiedad durante el periodo colonial, vino a delinear la configuración de la tenencia de la tierra en la Sabana, en el tiempo moderno”²⁰⁹. En estas zonas de gran propiedad, a las que pertenece la Sabana de Bogotá, ha sido continua la presencia de haciendas, las cuales, como se mencionó anteriormente, se han

²⁰⁴ Marco Palacios, *La propiedad agraria en Cundinamarca*, op.cit., p.8.

²⁰⁵ Carl Langebaek, *Mercados, Poblamiento e integración étnica entre los Muiscas siglo XVI*. Op.cit, 1987.

²⁰⁶ Marco Palacios, *La propiedad agraria en Cundinamarca*, op.cit., p.5.

²⁰⁷ *Ibid.*, p.8.

²⁰⁸ *Ibid.*, p.8.

²⁰⁹ Juan Villamarín, “Haciendas en la Sabana de Bogotá”, op.cit., p. 335. Asimismo, no debe desconocerse el aporte de las formas de organización territorial muisca las cuales son de gran importancia para entender el uso de la tierra dado durante el periodo colonial. Al respecto ver Marta Herrera, “Transición entre el ordenamiento territorial prehispánico y el colonial en la Nueva Granada”, Op.cit, pp. 119 – 152.

constituido en elementos caracterizadores y forjadores del paisaje rural sabanero desde la segunda mitad del siglo XVI hasta el siglo XX²¹⁰.

Sin embargo, hay elementos que nos permiten matizar dicho ordenamiento territorial de la propiedad, sobre todo porque se generaliza demasiado lo acaecido al interior de cada zona. En este sentido, respecto a la Sabana debe tenerse en cuenta que si bien, la hacienda fue una constante, en ningún momento dominó totalmente el panorama rural. Para contextualizar lo anterior, a continuación se hará alusión a los orígenes de la hacienda y a la existencia, junto a esta, de otras formas de propiedad y de usos de la tierra en la Sabana de Bogotá.

La tenencia de la tierra en la Sabana

La historia de la formación de las hacienda en muchas regiones de América Latina ha sido también la historia del despojo de las tierras indígenas y campesinas. El proceso de expropiación de los indios de la Sabana de Bogotá es de larga data y finca sus raíces en el momento de las Conquista. Fueron Quesada y sus lugartenientes quienes ya desde 1539 iniciaron el reparto de tierras entre aquel reducido grupo de conquistadores, quienes al poco tiempo serían los encomenderos de la Sabana.²¹¹

Si bien, para 1557 la corona promulgó leyes en contra de que estos grupos se repartiesen las tierras del área, dichas reparticiones continuaron haciéndose durante todo el siglo XVI²¹². El despojo de la tierra a los indios se intensifica a finales de dicho siglo, momento en el cual éstos habían perdido cerca del 95% de las tierras a las cuales tenían acceso antes de la invasión europea. Las tierras repartidas entre los conquistadores, germen de las primeras haciendas de la Sabana, eran grandes extensiones que abarcaban varios kilómetros

²¹⁰ Juan Villamarín, “Haciendas en la Sabana de Bogotá”, op.cit.

²¹¹ Juan Villamarín, *Encomenderos and indians in the Sabana de Bogotá, Colombia 1537 to 1740*. Op.cit; ver también Juan Friede, “La conquista del territorio y el poblamiento”, en *Manual de Historia de Colombia*, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Tomo I, 1982 (1978), pp. 119-222.

²¹² Juan Villamarín, “Haciendas en la Sabana de Bogotá”, op.cit., p. 331.

cuadrados e incluían diversas ecologías desde llanuras aluviales hasta zonas de páramo, otras extendían sus dominios hacia zonas templadas.²¹³

Es probable que las primeras tierras indígenas usurpadas fueran aquellas dedicadas a la rotación de cultivos, proceso que se llevó a cabo por medio de la destrucción de sementeras por los ganados recién introducidos, los cuales colaboraron en el desplazamiento de las comunidades de las áreas planas y más fértiles de La Sabana, hacia áreas montañosas y áridas.²¹⁴ Vale la pena destacar aquí el papel del ganado como forma de expropiación, mecanismo también usado en zonas como el altiplano mexicano, proceso ilustrado por Melville en relación a la introducción de ovejas en el Valle de Mezquital.²¹⁵

Sin embargo, debe tenerse en cuenta que las haciendas coloniales en la Sabana no provienen de las encomiendas dadas a los conquistadores, pues estas últimas en ningún momento implicaron propiedad territorial. La encomienda “comprendía la concesión de tributos indios por la Corona a favor de ciertos individuos, a cambio de obligaciones específicas, nada más”²¹⁶.

No obstante, para los siglos XVI y XVII los encomenderos aparecen como los principales terratenientes de la Sabana de Bogotá, y por lo tanto los primeros beneficiarios del trabajo indígena, evidenciándose una estrecha relación entre la propiedad territorial de los encomenderos (haciendas) y ésta antigua forma de sujeción y explotación de la mano de obra indígena (la encomienda). Las haciendas de los encomenderos tenían una localización cercana a las comunidades encomendadas, configurando situaciones en las cuales comunidades enteras trabajaran en la hacienda del encomendero, principalmente en épocas de cosecha.²¹⁷

²¹³ Juan Villamarín, “Haciendas en la Sabana de Bogotá”, op.cit.

²¹⁴ *Ibid.*, p. 331 – 332.

²¹⁵ Elinor Melville, *Plaga de ovejas: consecuencias ambientales de la Conquista de México*, Op.cit.

²¹⁶ Magnus Mörner, “La Hacienda Hispanoamericana en la historia”, Op.cit., p.744.

²¹⁷ Juan Villamarín, “Haciendas en la Sabana de Bogotá”, Op.cit., p. 333.

Sin embargo, el siglo XVIII traería cambios en las formas de propiedad en la Sabana, pues “alrededor de la ciudad de Santa Fe, capital del Virreinato, hubo un proceso muy importante de formación de haciendas, no precisamente sobre tierras incultas disponibles sino esencialmente sobre las mismas haciendas, estancias, potreros y tierras de indios que desde el siglo XVI habían sido titulados.”²¹⁸

Como parte de las reformas borbónicas, se inicia un proceso sistemático de reducción del poder de los encomenderos con el propósito fortalecer la presencia estatal. Por tanto, se trató de atacar el monopolio que ejerció este grupo social sobre indios y tierras en la Sabana, lo que a su vez se acompañó de la prohibición de los servicios personales y en general del uso exclusivo que este grupo privilegiado ejercía sobre el trabajo indígena. De esta manera se abre el acceso a la mano de obra aborígen a terratenientes no-encomenderos, cuestión que sirvió para que otros grupos sociales comenzaran a adquirir tierras en la Sabana.²¹⁹

En ese sentido, en el siglo XVIII la Iglesia representada en diversas comunidades religiosas, se constituye en uno de los más importantes terratenientes de la región, haciéndose al control de varias de las más emblemáticas haciendas:

“La compañía de Jesús era dueña de la hacienda el Chucho, el Noviciado, La Conejera y Tibabuyes, ubicadas entre los pueblos de Suba y Cota. Después de 1726 entre Bogotá y Bosa tuvieron la hacienda de la Chamizera. Hacia 1740, los Agustinos eran dueños de haciendas en el Valle de Fucha y el convento de Santa Inés poseía prácticamente todas las tierras a ambas orillas del río Bojacá divididas en las haciendas el Corso, la Jabonera, Serrezuela, Las Monjas, el salitre y Cortes.”²²⁰

A diferencia de las familias tradicionales de terratenientes, la iglesia, como institución corporativa, no tendía a subdividir su propiedad territorial lo que la hacía conservar y acumular propiedades que, por el contrario, crecían producto de donativos y compras.²²¹

²¹⁸ Hermes Tovar Pinzón, *Hacienda Colonial*, Op.cit. 1988, p.125.

²¹⁹ Juan Villamarín, “Haciendas en la Sabana de Bogotá”, Op.cit.; Hermes Tovar Pinzón, *Hacienda Colonial*, Op.cit.

²²⁰ Hermes Tovar Pinzón, *Hacienda Colonial*, Op.cit., p. 127.

²²¹ Germán Colmenares, *Las Haciendas de los Jesuitas en el Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1969.

Asimismo, el siglo borbónico también sería testigo de la llegada de numerosos inmigrantes provenientes de otras partes de la Nueva Granada, Las Indias y de la propia España, quienes venían a ocupar cargos burocráticos, a la milicia o a dedicarse al comercio. Estos españoles también accedieron a mercedes de tierras o compraron haciendas, teniendo igualmente acceso al trabajo indígena.

Paulatinamente la antigua élite encomendera se convertía en minoría respecto al control de la propiedad de las haciendas de la Sabana de Bogotá, dado que “el siglo XVIII trajo con él a una serie de advenedizos españoles, militares y burócratas ambiciosos de fortuna que después de 1750 se convertirían en los nuevos „patriarcas de la sabana.”²²² En muchos casos hubo alianzas vía enlaces matrimoniales entre estos nuevos terratenientes y la antigua elite que se preciaba de ser descendiente de los primeros conquistadores, lo que reforzó el poder monopólico por parte de un grupo social blanco o criollo, sobre buena parte de las propiedades de la Sabana.²²³

No obstante, junto a estos grandes propietarios, en el siglo XVIII otros grupos sociales mucho más pauperizados, numerosos y desconocidos para la historiografía, también accedieron a tierras. Se trataba de “blancos pobres”, mestizos, mulatos e indios, que progresivamente adquirirían fundos pequeños y medianos, internándose subrepticamente en los resguardos como arrendatarios o invasores, apoderándose de muchas tierras indígenas o estableciéndose en los bordes de las haciendas, configurando una amalgama de propiedades medianas y pequeñas dentro de la Sabana.²²⁴

Estas pequeñas propiedades adquieren gran importancia dado que se dedicaban a la producción agrícola para la auto-subsistencia, destinando sus excedentes al abastecimiento del mercado de Santafé. Lo anterior implica la existencia de un aspecto de suma importancia para el presente trabajo, como lo fue el hecho de que la Sabana de la época no

²²² Hermes Tovar Pinzón, *Hacienda Colonial*, op.cit., p. 128.

²²³ *Ibíd.*

²²⁴ Juan Villamarín, “Haciendas en la Sabana de Bogotá”, op.cit

fue un espacio completamente cooptado por la gran propiedad, cuestión que complejiza y hace más diverso el panorama inmobiliario de la época.

En este sentido, resulta de gran interés la estimación de Villamarín, la cual considera que para el siglo XVIII el 60% o 70% de la tierra en la Sabana de Bogotá pertenecía a grandes haciendas ubicadas principalmente en las zonas más fértiles y planas de la llanura. El 30% a 40% restante, correspondía a tierras ocupadas por resguardos indígenas, así como por blancos pobres, mestizos y mulatos, configurando zonas caracterizadas por formas intensivas de producción en pequeños fundos, denominados *estancias*²²⁵. Por esta razón, para Villamarín no hubo:

“un monopolio total de la tierra por la hacienda y terrenos de fracciones de hectáreas a varios cientos abrieron la oportunidad de adquisición de tierra a «blancos, mestizos, mulatos, indios y otras gentes». Estos medianos y pequeños propietarios, con los indios, no sólo producían para su subsistencia, sino que parte de sus cosechas y animales eran llevados al mercado de Santafé. La hacienda no entró en competencia con ellos sino cuando sus mercados fuera de la Sabana habían decaído.”²²⁶

En relación a la anterior cita, es pertinente preguntarse sobre cuáles cambios y cuáles continuidades, en relación a la tenencia de la tierra, trajo consigo la primera centuria republicana. En este sentido, desde ya se plantea que fue para la segunda mitad del siglo XIX en donde se evidencia un cambio en las formas de propiedad. Para este periodo se asistiría a un proceso de expansión de las haciendas, el cual se llevaría a cabo sobre tierras campesinas de pequeña y mediana extensión, configurando un cambio en la forma de uso y tenencia de la tierra que a su vez configuraría un cambio en el paisaje.

²²⁵ Juan Villamarín, “Haciendas en la Sabana de Bogotá”, op.cit., p. 334

²²⁶ Ibid., p. 341.

La expansión de la hacienda ganadera en la Sabana de Bogotá: 1850 - 1890

Para la primera mitad del siglo XIX se presenta un panorama no muy distinto al que se observa para el siglo XVIII, pues existía en la Sabana una importante cantidad de tierras de pequeños propietarios y de lo que, en términos de Marco Palacios, pueden considerarse como propiedades corporativas y comunales, entre las cuales estaban los resguardos indígenas, las tierras de las comunidades religiosas y las tierras ejidales. Muchas de estas tierras lograron sobrevivir a las liquidaciones y desamortizaciones de finales de la colonia, así como las guerras Independencia y la instauración de la Gran Colombia, manteniéndose hasta la segunda mitad del primer siglo republicano.²²⁷

Sin embargo, este panorama agrícola vendría a cambiar. Desde mediados de siglo XIX, las ya mencionadas propiedades corporativas o comunales tenderían paulatinamente a desaparecer, en medio de un proceso de expansión de la actividad ganadera en la Sabana, relacionado con el crecimiento y/o la formación de haciendas. En este sentido, Fabio Zambrano considera que “si durante la época colonial parte de la tierra estaba destinada al sustento del ganado, en el siglo XIX las tierras que hoy conforman la localidad de Usaqué, como en general sucedió en toda la Sabana, se caracterizaron por la consolidación de la ganadería extensiva.”²²⁸ Esto quiere decir que con el advenimiento de la república, pero específicamente en el contexto de las reformas liberales de mediados de siglo, vino también una expansión de la hacienda en la Sabana, principalmente dedicada a actividades pastoriles.

Algunos testimonios de la época permiten establecer que la actividad pastoril fue ganando terreno a la agricultura, tanto de tipo “europeo” (trigo y cebada), como de tipo indígena (sementeras de maíz, papa, frijoles, habas, cubios,...), que se venía desarrollando en la

²²⁷ Marco Palacios, *La propiedad agraria en Cundinamarca*, op.cit.; En relación a los resguardos del altiplano de Bogotá en las primeras décadas de la república ver: Lina Del Castillo, “«prefiriendo siempre á los agrimensores científicos». Discriminación en la medición y el reparto de resguardos indígenas en el altiplano cundiboyacense, 1821 – 1854.”, Op.cit.

²²⁸ Fabio Zambrano Pantoja, *Comunidades y territorios: reconstrucción histórica de Usaqué*. Bogotá: Alcaldía Local de Usaqué, JAL Usaqué, IDCT. 2000, p. 195.

llanura. Esto brinda la posibilidad de inferir que el paisaje de la Sabana a finales del siglo XIX era distinto al que encontramos en la primera mitad de dicho siglo, debido, en parte, a que las formas de tenencia y uso de la tierra eran diferentes.

Este planteamiento coincide con las agudas observaciones que para la época realizó el militar y geógrafo Francisco Javier Vergara y Velasco quien considera que “es lo cierto que los cultivos otros días fueron más extensos, cuando prevalecían en la llanura las heredades pequeñas, los indígenas conservaban sus resguardos, y no habían sido arrollados por las grandes haciendas destinadas a mantener ganados, contrariando todas las leyes económicas.”²²⁹

En este mismo sentido apunta el testimonio literario de Cordobés Moure, el cual ofrece una interesante descripción de dicho proceso de cambio profundo en las formas de uso y tenencia de la tierra en la Sabana, a la vez que da cuenta de la vida cotidiana en este espacio y de las consecuencias sociales y hasta ambientales, de dichos cambios en el área. Al respecto dice:

“Antaño se veían en las cercanías de todos los pueblos de la altiplanicie agrupaciones de indígenas que vivían en el pedacito de tierra que, con la denominación de resguardos, les adjudicaron las leyes de Indias y de la antigua Colombia, con prohibición de enajenarlas. En ellos mantenían los animales que les servían para conducir a los centros de consumo los cereales y demás artículos que cultivaban, y las ovejas que les proporcionaban lana para vestirse; eran propietarios, y, por consiguiente, tenían cariño por el rancho y la estancia en que vieron la luz, pasaron sus primeros años y conocieron a sus abuelos.

El aspecto de los resguardos era bellissimo en los tiempos de labores y recolección, por la diversidad de sementeras a que se dedicaban las estancias, que se distinguían de las haciendas por el conjunto heterogéneo de toda clase de artículos sembrados y cosechados simultáneamente.

El tipo de una estancia era común a las demás, pues ya se sabe la inclinación imitadora que domina a la raza de los aborígenes: un cercado o vallado formado con arbolocos, cerezos, carrizos, sauces, curubos y zarzas; en el centro, la casita cubierta con paja de trigo, angosto corredor al frente, y estrecha puerta de entrada a las habitaciones, sin ventana, o muy diminuta en caso de haberla...

No faltaban brazos para la agricultura, porque los gañanes tenían hogar fijo en donde se les podía encontrar, y éstos no se veían obligados a frecuentar la tabernas para proporcionarse el sustento diario, pues les era más fácil y económico alimentarse con lo que les llevaban en su propia casa.”²³⁰

Sin embargo este panorama se transformaría:

²²⁹ Francisco Javier Vergara y Velasco, citado por Mejía Pavony, *Los años de cambio: historia urbana de Bogotá 1820 – 1910*. Op.cit. p.44.

²³⁰ José María Cordovez Moure, *Reminiscencias de Santafé y Bogotá* [1899], Op.cit., p. 78.

“Pero llegó un día feliz para los codiciosos de poseer buenas tierras a bajo precio, en el que se dijo que era una tiranía intolerable prohibir a los ciudadanos la venta de su propiedad, y se dio la ley que permitió y permite la enajenación de los resguardos.

... desde entonces data el estado de miseria a que se vieron reducidos los que vendieron su patrimonio por mucho menos que el plato de lentejas, y la emigración de los jornaleros en busca del bienestar perdido y de condiciones más propicias para ganar la vida.”²³¹

La cita anterior permite ilustrar un proceso de transición, en donde para las décadas iniciales del XIX, se encuentran poblando la Sabana comunidades indígenas dedicadas a la agricultura, que habitaban las áreas de resguardo, cuyo origen proviene en su mayoría del periodo colonial. Estas áreas de tierra eran explotadas colectivamente, por medio del cultivo de pequeñas *parcelas*, *estancias* o *heredades*, altamente diversificadas, y cuyos excedentes se dedicaban en su mayoría al abastecimiento del mercado de Bogotá.

Como lo menciona Cordovez, la existencia de resguardos con sus pequeñas estancias características le daba un carácter relativamente diverso al paisaje sabanero, un *paisaje cultural*, en donde habitaba una importante población indígena y mestiza, que con sus modos y técnicas de utilización de la tierra, generaba una amplia cantidad de cultivos, autóctonos y foráneos, que conservaban, a nuestro modo de ver, ciertas características ecológicas propias de un agro-ecosistema dedicado a la agricultura: “un cercado o vallado formado con arbolocos, cerezos, carrizos, sauces, curubos y zarzas”²³², sumado a huertos y sementeras de distinto tipo. A su vez, como lo explica Germán Mejía, la sabana cobraba una gran importancia para Bogotá, al ser esta un área intensamente cultivada y poblada que le ofrecía diversos productos de la “tierra fría” a la ciudad.

“Tanto la Sabana como otros sectores de la altiplanicie cumplían la función de servir como despensas de Bogotá... la existencia de una gran cantidad de pequeñas heredades y la presencia de huertos junto a las casas de indios y mestizos, aseguraban las provisiones vegetales y otros productos de pan coger que eran vitales para la dieta de los capitalinos. No es extraño, entonces, que alguien asegurara a comienzos del decenio de 1830 que «la llanura de Bogotá es la parte mejor cultivada de la Republica»”²³³

²³¹ Ibíd., p. 79.

²³² Ibíd.

²³³ Germán Mejía Pavony, *Los años de cambio*, op.cit., p.41.

Es importante mencionar el tipo de relación que para este momento existía entre la ciudad de Bogotá y la Sabana. La primera, como toda ciudad en cualquier momento de su historia, está en diálogo permanente con su entorno, no pudiéndose entender el proceso de construcción del paisaje rural sabanero, sin tener en cuenta la histórica y muchas veces contradictoria relación entre la capital colombiana y sus espacios más inmediatos. No obstante, esa relación cambia en la medida en que también lo hacen las formas de tenencia de la tierras. Estas planicies comienzan a cambiar, pues “en forma acelerada, se fueron cubriendo de pastos al ser relegada a un segundo plano la agricultura desde los decenios centrales del siglo XIX.”²³⁴

Para ese momento, el paisaje rural entra en un proceso de transformación, y si se quiere, de simplificación en sus características ecológicas, debido al cambio en el régimen de propiedad que implicó la transición de tierras comunales explotadas colectiva, intensiva y diversificadamente, a haciendas privadas en donde predominaba la ganadería extensiva.

El agro-ecosistema dedicado a la agricultura, da paso a un agro-ecosistema pastoril. Al declararse enajenables las tierras de los resguardos, se otorga la propiedad de pequeñas unidades de tierra a indígenas y mestizos, quienes se apresuraron a venderlas a precios irrisorios, generando “un importante cambio en el uso de la tierra [...] la agricultura en pequeñas heredades dio paso a la ganadería extensiva de las grandes haciendas, las que se fueron formando por la especulación de las tierras de resguardo y las propiedades desamortizadas.”²³⁵

Este proceso implicó la expulsión de buena parte del campesinado indígena y mestizo, quienes despojados de sus tierras se aglomeraron en la ciudad de Bogotá viviendo en condiciones miserables, o se tuvieron que desplazar a ofrecer su mano de obra en haciendas y plantaciones de la “tierra caliente”, demostrando así, que “buena parte de la apropiación

²³⁴ *Ibid.*, p.40.

²³⁵ *Ibid.*, p.43.

latifundista de la segunda mitad del siglo XIX en la Sabana de Bogotá se verificó sobre tierras campesinas de antiguo asentamiento.”²³⁶

En este contexto de cambio en el uso del suelo de la Sabana, el cual considero que es también un cambio en el paisaje, las sementeras indígenas, donde se cultivaba maíz y demás tubérculos de tierras altas andinas, desaparecieron junto a los pobladores indígenas, primeros constructores de este paisaje cultural. La Sabana paulatinamente se quedaba vacía y la gente dio paso a los animales.²³⁷

Asimismo, en la medida en que el paisaje sabanero se transformaba, la relación de este espacio con la ciudad también sufrió un cambio determinante. La Sabana, para este momento dejaba de ser un lugar que abastecía de productos agrícolas a Bogotá, y por tanto, los campesinos sabaneros ya no trasportaban sus productos a la principal urbe de la altiplanicie, tal y como durante más de dos siglos lo hicieron sus antepasados a la antigua capital de virreinal. Esto, por supuesto, trajo serias consecuencias para los habitantes urbanos, en especial para las clases populares, dado que “un progresivo encarecimiento de los víveres en Bogotá, además de la pauperización de los indios que buscaron refugio en ella, fueron graves consecuencias de los cambios operados en los usos y regímenes de la propiedad sabanera.”²³⁸

²³⁶ Marco Palacios, *La propiedad agraria en Cundinamarca, 1880 – 1970*. Op.cit., p.19

²³⁷ Al respecto Germán Mejía brinda un amplio panorama del proceso aquí descrito y de las consecuencias sociales que tuvo: “Antes de la gran expansión de las haciendas ganaderas en la Sabana, la existencia de numerosas y variadas sementeras ocasionaba en la ciudad la presencia itinerante de gran cantidad de indios vendiendo sus productos, lo que además de garantizar el aprovisionamiento ayudaba a mantener bajos los precios de los víveres. Con la venta de las tierras de resguardo, los indios quedaron convertidos en peones de las haciendas o tuvieron que migrar a la cercana ciudad o hacia las plantaciones de tierra caliente.” (Germán Mejía, *Los años de cambio*, op.cit., p.44).

²³⁸ *Ibíd.*, p.44.



Figura 22. Indígenas camino al mercado de Bogotá,
En: I. Holton, *La Nueva Granada*, Op.cit., p. 142.

Entre tanto, los pocos indios que quedaron en la solitaria planicie, vinculados ahora como peones, concertados, arrendatarios o aparceros de grandes haciendas, vieron como sus antiguas tierras se convirtieron en potreros o praderas dedicadas al sostenimiento de ganados. La miseria de los indígenas de la sabana se agudiza, pues el orden social de la hacienda se imponía en todos los aspectos de la vida cotidiana. Al respecto salvador Camacho Roldán comenta:

“Acercaos a una de esas chozas deformes... habitadas por la necesidad... tan comunes en Cundinamarca y Boyacá, y preguntad a sus habitantes: ¡Porqué no hace una casita? Por que el dueño de la tierra no permite cortar madera. ¡Porqué no blanquean la casa? Por que nos aumentarían el arrendamiento. ¡Porqué no hacen una manga para dar pastajes? Porque el dueño de la tierra no lo permite...”²³⁹

Puede decirse que los campesinos sabaneros indígenas y mestizos fueron los primeros damnificados de este esfuerzo liberal-republicano por otorgarle “igualdad a todos sus ciudadanos” en relación al acceso, disponibilidad y transacción de la propiedad privada. De igual forma, esto puede verse como un síntoma de la progresiva introducción de lógicas capitalistas en cuanto a la percepción y manejo de la tierra.

²³⁹ Salvador Camacho Roldán, 1874, citado por Fabio Zambrano, *Historia de la localidad de Tunjuelito: el poblamiento de valle medio del río Tunjuelo*. Bogotá: Alcaldía Mayor, Universidad Nacional de Colombia, 2004, p.59.

Las relaciones interregionales de la Sabana de Bogotá

La historia de la explotación de los suelos de las haciendas de la Sabana se constituye en un prisma desde el cual mirar un proceso mayor de humanización y transformación de las condiciones ecológicas del altiplano en su conjunto. Como se menciona anteriormente, para la segunda mitad del siglo XIX la Sabana se caracteriza por la hegemonía de la gran propiedad, cuestión que hace necesario aproximarse al análisis de la utilización de la tierra al interior de estas grandes unidades productivas.

Sin embargo, no se pueden entender estas lógicas de utilización de la tierra sin antes dimensionar el papel que la Sabana de Bogotá jugaba dentro del ámbito de la economía regional y nacional de la época. En este sentido, debe tenerse cuenta que la existencia de mercados, generalmente ubicados fuera de la Sabana, han determinado de alguna manera el tipo de uso al que se han dedicado las tierras más fértiles de la llanura a través de los siglos. Por ejemplo, Villamarín considera que la existencia de dichos mercados permitió durante el periodo colonial “que la tierra se usara para la producción de trigo.”²⁴⁰

Esta relación, entre mercados que demandan productos agrícolas y las haciendas que los producen, indica que desde tiempos coloniales las grandes propiedades sabaneras se encontraban conectadas con distintas regiones del territorio, como lo fueron las minas plata y las plantaciones tabacaleras del norte del Tolima, las minas de oro del oriente antioqueño, y aún a sitios distantes como Mompox y Cartagena, destinos hacia los cuales enviaban sus excedentes agrícolas, principalmente representados en harina de trigo.²⁴¹ Estamos por tanto,

²⁴⁰ Juan Villamarín, “Los factores que afectaron la producción Agropecuaria en la Sabana de Bogotá en la época colonial”, en: *Lecturas de Historia*, No. 6, Tunja, Mayo de 1975, p.11.

²⁴¹ Debe destacarse que casos similares de interconexión áreas agrícolas y mineras, han existido en distintas zonas del territorio, tal como lo ilustra Germán Colmenares para el caso las haciendas ganaderas y trapicheras asentadas en el valle geográfico del río Cauca. Estas unidades productivas, se articulaban como proveedoras de suministros, como maíz, carne, aguardiente, entre otros, con las áreas mineras de la cordillera Occidental, localizadas principalmente sobre la vertiente que da al océano Pacífico. En este caso, la actividad minera potenció la formación de haciendas cañeras y ganaderas, estableciendo una red de abasto con destino a los campamentos mineros del occidente neogranadino. Al respecto ver Germán Colmenares, *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes, siglo XVIII*, Cali: Uni.Valle, 1976. Ver también Robert West, *La minería de*

ante la existencia de una dinámica económica interregional que ejercía influencia en los usos que se le daban a las tierras sabaneras.

Durante el siglo XVIII la demanda de harina estimulaba el cultivo del trigo en la Sabana, lo que sumado a las sementeras de maíz, papa, calabaza y otros cultivos que se producían en los resguardos, generaba un uso relativamente intensivo de la tierra en la altiplanicie. La cantidad de tierras dedicadas a este cultivo, estaba entonces directamente relacionada con la existencia de mercados hacia donde poder enviar el producto, con el constante riesgo de que en la medida en que las regiones mineras y de plantación fueran entrando en decadencia, el cultivo de cereales en las haciendas de tierras altas se iba reduciendo debido a que no había quien lo comprara.

Así las cosas, diversos factores se han conjugado históricamente para afectar el acceso a estos mercados externos, cuestión que vendría a tener un impacto en los tipos de actividades agrícolas que se daban en la altiplanicie. Por ejemplo, la articulación con regiones mineras para el abastecimiento de productos agrícolas, principalmente harina, no fue permanente pues la inestabilidad que afectó al sector minero durante la colonia y luego la república, hizo que la demanda de productos de las haciendas sabaneras fluctuara bastante. Asimismo, el contrabando de harina proveniente de Norteamérica y Europa, así como la competencia desde otras regiones de la Nueva Granada como Boyacá y la provincia de Vélez, llevó a que los mercados de Mompós y Cartagena se perdieran definitivamente para las harinas del Reino ya desde el siglo XVIII.²⁴²

Sin embargo, los flujos económicos y en especial las relaciones espaciales entre la Sabana, la vertiente de la Cordillera Oriental y el valle del Magdalena, tuvieron continuidad para el siglo XIX. Aquí, autores como Marco Palacios y Parra-Muñoz, ilustran cómo las haciendas

aluvión en Colombia durante el periodo Colonial. (Jorge Orlando Melo Tr.), Bogotá, D. E.: Imprenta Nacional, 1972.

²⁴² Francisco Antonio Moreno y Escandón, “Estado del Virreinato de Santafé, Nuevo Reino de Granada, y relación de su gobierno y mando del excelentísimo señor Bailio Frey don Pedro Messia de la Cerda” [1772] en: Germán Colmenares, *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*, T.I, Bogotá: Banco Popular, 1989.

de la Sabana se encontraban, para la segunda mitad de dicho siglo, articuladas a las regiones cafeteras del Sumapaz – Tequendama y a las zonas agro-exportadoras del norte del Tolima (principalmente a las plantaciones tabacaleras del distrito de Ambalema), esta vez no solo a través del abasto de harinas y otros productos de tierras altas sino también por medio del flujo de trabajadores y de ganados.²⁴³

El altiplano cundiboyacense concentraba para el siglo XVIII y XIX una alta población que, debido a las formas excluyentes y monopólicas en que tradicionalmente se han utilizado los recursos naturales en este espacio, hicieron que masas de trabajadores empobrecidos, buscaran suerte en las tierras templadas y cálidas del sur y el occidente, configurando un proceso de “chorreamiento” demográfico desde los altiplanos hacia las vertientes, que contribuyó a la colonización y a la formación de haciendas en la “tierra templada y caliente” sobre todo en las regiones de Sumapaz y Tequendama.²⁴⁴

Se configura por tanto, un complejo proceso de articulación vertical de los distintos pisos ecológicos de la vertiente occidental de la Cordillera Oriental. Una forma geo-histórica de utilización de la oferta ambiental en los Andes septentrionales que, si bien tiene antecedentes prehispánicos, para el siglo XIX se manifiesta en el desplazamiento de trabajadores y colonos de un piso ecológico a otro, y por el flujo de productos que en su mayoría se dirigían hacia el principal mercado de región, ósea hacia la ciudad de Bogotá.

Respecto a esto último, Marco Palacios ilustra como existía una cierta coordinación entre los cultivos de cada piso ecológico, favoreciendo así el ir y venir de trabajadores según fuese época de siembra o de cosecha. Según dice este autor, “la época de cosecha de los

²⁴³ Este proceso es abordado por autores como Marco Palacios, *El Café en Colombia 1850-1970, Una Historia Económica, Social y Política*, Op.cit.

²⁴⁴ Desde una óptica propia de la historia ambiental, Germán Palacio da cuenta de este proceso al que considera como el movimiento histórico - geográfico más importante del siglo XIX colombiano, en donde se da un “cambio del balance demográfico de la cordillera oriental fría, hacia la central templada, pero en general la ocupación de tierras templadas y calientes de la cordillera oriental y central” (Germán Palacio (ed), *Naturaleza en Diputa: Ensayos de Historia Ambiental de Colombia*, Op.cot, p. 27). A su vez, en relación a la visión o idea de naturaleza, el autor denomina este periodo como de una “naturaleza liberalizada” y lo enmarca entre los años 1850 – 1920.

tres cultivos más importantes de la tierra fría –papa, trigo y maíz- coincide con la época muerta de los „años“ tabacalero y cafetero... la época de cosecha grande de café y tabaco coincide con la época muerta de año agrícola de la papa y el trigo de los altiplanos.”²⁴⁵ Lo anterior puede corroborarse en la Tabla 1 y es una muestra de la maravillosa coordinación de las actividades humanas, en un momento histórico determinado, la cual a su vez responde a un ambiente andino particular.

Cultivo	Época de siembra	Época de cosecha
Papa	Enero – febrero	Julio – agosto
Maíz	Enero – febrero	Octubre – Noviembre
Trigo	Mayo – junio o sept. – oct.	Nov. – Dic. o marzo - abril
Café	-----	Abril – Mayo
Tabaco	Fines sept. – oct.	Diciembre

Tabla 1, Relación entre cultivos de tierras frías, templadas y cálidas en la vertiente occidental de la cordillera oriental. Tomado de: Marco Palacios, *La propiedad agraria en Cundinamarca*, op.cit.

No obstante, al igual que ocurrió con la minería colonial, las dificultades para posicionar el tabaco y el café en el mercado internacional durante el siglo XIX y principios del XX, así como lo tortuoso de los caminos que comunicaban ambas regiones con los puertos fluviales del Magdalena, hicieron que estas zonas de plantación, al igual que las mineras, fuesen mercados inestables y un tanto efímeros para los productos de la Sabana.²⁴⁶ El decaimiento de dichos mercados, primero las áreas productoras de tabaco y luego las cafeteras, implicó un cambio drástico en el uso que las haciendas sabaneras le daban a la tierra dado que “no había otros sectores que pudieran pagar por los artículos, y se pasó a una forma más extensiva de uso de la tierra y en casos solamente para subsistencia de acuerdo con las circunstancias.”²⁴⁷

De igual forma, factores internos o intra-regionales desestimularon la producción de trigo en las haciendas sabaneras. El principal fue la carencia de un mercado interno fuerte, que pudiese absorber la producción de las haciendas, pues desde la Colonia el abasto de la

²⁴⁵ Marco Palacios, *La propiedad agraria en Cundinamarca*, op.cit.

²⁴⁶ *Ibíd.*

²⁴⁷ Juan Villamarín, “Los factores que afectaron la producción Agropecuaria en la Sabana de Bogotá en la época colonial”, op.cit., p.11.

capital estuvo sometido un estricto control de precios que afectó principalmente la producción de trigo y carne.²⁴⁸ Por su parte, para el primer siglo republicano, la población indígena y mestiza propietaria de pequeños y medianos fundos, se encontraba demasiado pauperizada como para poder consumir los productos de las haciendas. Antes bien, se constituyeron en sus competidores por el abasto del mercado de la Capital, cultivando variedad de productos en sus pequeñas parcelas y estancias.

Asimismo, pese a los grandilocuentes discursos de la modernización del campo (mencionados en el capítulo anterior), el bajo nivel tecnológico caracterizó la producción de las haciendas sabaneras durante el siglo XIX, lo que hacía que en ocasiones las técnicas productivas utilizadas en la agricultura y la ganadería de las haciendas, no distaran mucho de aquellas que se desarrollaron en el periodo colonial. Por tanto, el legado técnico y ecológico de un periodo anterior, se hizo presente en las formas de producción agrícola decimonónica, donde se formaban un complejo cuadro de “herramientas, plantas y animales domesticados que fueron introducidos en la Sabana de Bogotá por los europeos.”²⁴⁹

Lo anterior se sumó a un fenómeno propio de la primera centuria republicana: las guerras civiles, que diezmaron en gran medida la economía de las distintas haciendas, las cuales sufrían saqueos que reducían bienes y ganados al tiempo que perdían fuerza de trabajo la cual era reclutada en los diversos ejércitos, o moría en la guerra.²⁵⁰ Por esta razón, para la segunda mitad del siglo XIX, “evidentemente resultaba muy riesgoso el negocio de invertir en agricultura en regiones como la Sabana de Bogotá,”²⁵¹ y por tanto, la ganadería, como

²⁴⁸ *Ibíd.*

²⁴⁹ Juan Villamarín, “Los factores que afectaron la producción Agropecuaria en la Sabana de Bogotá en la época colonial”, *Op.cit.*, p.5.

²⁵⁰ El costumbrista Eugenio Díaz brinda un ejemplo fehaciente de la inestabilidad social que afectó a la Sabana decimonónica, relatando cómo las guerras civiles de este periodo, prácticamente acabaron con la prosperidad de las haciendas la Pradera y el Olivo, espacios entorno a los cuales se desarrolla la Novela *El Rejo de enlazar*, (Bogotá: Imprenta de América, 1863). Asimismo, Cordobez Moure muestra como la violencia socio-política llevó a que los dueños de la hacienda la Herrera abandonaran la misma por salvar la vida (*Reminiscencias*, 1899, *op.cit.*).

²⁵¹ Prospera Parra y Luis Muñoz, *Aspectos de la agricultura y la desamortización en la Sabana de Bogotá*, *op.cit.*, p. 4.

forma extensiva de utilización de la tierra, iría tomando cada vez mayor preponderancia, conformándose paulatinamente un paisaje pastoril.

El uso de los recursos naturales por parte de la hacienda

Ahora bien, teniendo en cuenta este contexto de relaciones socio-espaciales entre la Sabana y regiones vecinas, es necesario aproximarse a la manera en que las haciendas sabaneras hacían uso de la tierra en la segunda mitad del siglo XIX. En relación a la agricultura existía una utilización estacional de los recursos, que variaba según la época del año y que fue caracterizada por el geógrafo Alfred Hettner para 1882, de la siguiente manera.

“En muchas partes de las altiplanicies vemos campos de trigo agitados por el viento, que cambian con la cebada, maíz, papa y otros. El periodo principal de sequía, al final y al principio del año, se utiliza para la preparación de la tierra, la siembra principal se efectúa en febrero y marzo, porque las lluvias frecuentes, pero no demasiado fuertes de los meses de abril hasta junio, son para su desarrollo especialmente favorable en las plantas, y en los meses de agosto hasta noviembre se puede cosechar. Una segunda siembra (mitaca), especialmente de papa, se realiza en agosto, pero produce cosecha menos buena, porque los fuertes aguaceros de octubre y noviembre fácilmente pueden destruir cultivos. En otras partes, por ejemplo, en la bahía de Tabio-Tenjo y en Cota y Chía, encontramos más horticultura, con nuestras legumbres y frutas de la Europa Central, especialmente manzanas y duraznos, cuya deficiente calidad solo se debe a la falta de cuidado.”²⁵²

Estos ritmos de agricultura en buena medida marcaban los ritmos de la vida social al interior de la Sabana. Como menciona Eugenio Díaz, las faenas de cosecha del trigo eran también un momento de celebración y congregación para toda la comunidad rural, la cual se desplaza hacia una determinada hacienda para segar, trillar y apilar el trigo, para luego dar rienda suelta a los pasillos, el baile y la chicha.²⁵³

Así como existía una división temporal del trabajo, también existía una división espacial del uso del suelo al interior de las haciendas, en donde la ganadería ocuparía un lugar especial. Debido a la extensión de estas propiedades, las cuales podían abarcar miles de hectáreas, diversos tipos de suelo, y por ende diversas ecologías, quedaban incluidas en los

²⁵² Alfred Hettner, *La Cordillera de Bogotá*, op.citp., 220-221.

²⁵³ Eugenio Díaz, *El rejo de enlazar*, Op.cit.

límites prediales de las haciendas. La existencia de diversas ecologías al interior de una misma unidad predial, implicó el desarrollo un cierto ordenamiento en cuanto a la utilización de estos recursos.

En este caso, se evidencia un patrón en el cual las áreas bajas de las haciendas, de topografía plana, cercanas a los ríos y con suelos especialmente fértiles, eran dedicadas en su mayoría a potreros para la pastura de ganado. Diversos factores pueden explicar dicha tendencia. Los suelos de estas áreas resultan ser eficaces para producir pastos para cría y ceba de vacunos, al tiempo que esta actividad no se verían tan afectada, como los cultivos de trigo, cebada, maíz o papa, en caso de una inundación, fenómeno recurrente en estas áreas de escasa pendiente y que forman parte de la zona de amortiguamiento del sistema hídrico del altiplano.

Esto implica que para la segunda mitad del siglo XIX el uso del suelo dedicado al sustento de ganados era predominante por sobre el suelo dedicado a la producción de trigo, papa u otros cultivos. Al parecer, esta tendencia a que la ganadería ocupe las áreas planas y bajas de las haciendas no es un fenómeno propio del siglo XIX, sino que sus antecedentes se remontan al periodo colonial. Dicha afirmación, un tanto arriesgada, se basa en el análisis de una pintura de la Sabana que data del siglo XVII (Figura8) y que se vuelve a mostrar a continuación:



Figura 8. Alonso Ruiz Galdámez y Juan de Aguilar Rendón, *Pintura de las tierras pantanos y anegadizos del pueblo de Bogotá*, 1614.

En la *Pintura de las tierras pantanos y anegadizos del pueblo de Bogotá*, fechada en el año de 1614, se muestra un hermoso y sumamente interesante panorama de la Sabana colonial, específicamente en su área sur-occidental. Aquí aparecen los pueblos de Bogotá (actual Funza) y Serrezuela (actual Madrid). Para mayor ubicación del observador, el norte está a la derecha por lo cual en la parte superior encontramos el occidente y en la inferior el oriente. El gran curso de agua que recorre la pintura en su parte inferior, de norte a sur, es el río Funza (actual Bogotá), lo que indica que las tierras que en este mapa se muestran corresponden a la banda occidental de este río en los actuales municipios de Funza y Madrid. Al oriente, es decir las tierras que aparecen abajo del río, corresponden a los territorios de las actuales localidades de Fontibón y Engativá

Como es bien sabido la Sabana es mucho más inundable en su parte centro-sur precisamente en jurisdicción de los municipios y localidades mencionados, pues es un área más baja, en la cual el río Funza busca su salida del altiplano y en donde confluyen a éste diversos tributarios como el Fucha, el Tunjuelo y el Balsillas. Este último río es portador de buena parte del drenaje de la Sabana occidental, y aparece claramente en la imagen luego de su paso por el *Pueblo de la Serrezuela* confluyendo en el río Funza en la parte inferior-izquierda de la imagen, justo donde se forman las áreas inundables o *anegadizos* que a su vez concentran la mayor cantidad de vacunos que pueden observarse en la pintura.

Es precisamente este último aspecto el que más llama la atención, pues la cantidad, el tipo y la distribución espacial de los bovinos que aparecen representados resulta bien particular. Según puede observarse el ganado es de origen español, probablemente andaluz, de colores pardos algunos, grisáceos otros, y con cuernos en su mayoría. La densidad en la cual aparece la cantidad de ganados aumenta claramente de norte a sur (de derecha a izquierda en la Figura 8) y se hace especialmente notoria en la confluencia del Funza con el Balsillas en donde se observa un área inundable, con numerosas islas, en la cual se apiñan la mayor cantidad de reses.

Puede que el artista lo haya hecho de forma deliberada, pero lo que la pintura muestra es la zona en donde se desarrollaba con mayor vigor la ganadería colonial, área que es la misma en la cual se han formado haciendas emblemáticas en la Sabana como el Novillero, también conocida como la Dehesa de Bogotá, heredad que desde el siglo XVI hasta 1826 se mantuvo una como unidad territorial indivisible bajo la categoría de mayorazgo.²⁵⁴ Asimismo, esta pintura comparte un rasgo común a la mayoría de las iconografías de la Sabana del siglo XIX, la ausencia de gente.

²⁵⁴ Al respecto Carrasquilla Botero comenta: “La Dehesa de Bogotá, en la Sabana del mismo nombre, llamada también Hacienda del Novillero, media alrededor de cuarenta y cinco mil hectáreas (has. 45.000) y comprendía en la colonia, todo el actual municipio de Mosquera, gran parte del de Funza y fracciones de los de Serrezuela, Subachoque y Tenjo”, (Juan Carrasquilla Botero, *Quintas y estancias de Santafé y Bogotá*, Op.cit, p. 154

Teniendo en cuenta este importante antecedente y volviendo a la segunda mitad del siglo XIX, es posible considerar, a partir de la consulta de testimonios de la época, que esta tendencia a darle predominio a la ganadería, y a que esta ocupe las áreas planas y bajas del altiplano, más fértiles por demás, continúa y hasta se refuerza en este periodo. Para el año de 1860 la mayor parte de las tierras planas de la Sabana de Bogotá estaban dedicadas a la producción de pastos naturales, en donde se mantenían “aproximadamente 191 mil cabezas de ganado mayor y menor”.²⁵⁵ En relación al porcentaje de uso del suelo en la región se encuentran cifras sumamente interesantes en donde, según Parra y Muñoz, se tiene que de “una extensión aproximada de 128 mil hectáreas, el área calculada para la producción de pastos fue de 54% y el de productos agrícolas como papas, trigo, cebada, maíz y hortalizas en el 46%.”²⁵⁶ Para Camacho Roldán, agudo observador del momento, la proporción era aun mayor pues consideraba que el 53% de la Sabana se dedicaba a la actividad ganadera, el 35% a la agricultura y el 11% “eran eriales, rastrojos y demás tierra inútil”.²⁵⁷

Algunos testimonios contribuyen a reafirmar la existencia de dicho patrón. Al respecto, un corresponsal del de la revista *El Agricultor* menciona, desde el distrito norteño de Chocontá, que para el año de 1880 “los terrenos llanos que se encuentran a orillas del río Funza, y que son bastante fértiles, casi todos se componen de potreros en donde se ceban al año más de 500 reses, y en los pocos destinados al cultivo de trigo, papas y maíz, los rendimientos son para sus dueños bien satisfactorios.”²⁵⁸ Dice además que en este distrito, para dicho año, “habrá como 7000 reses de ganado vacuno, 14000 ovejas y 600 yeguas de cría.”²⁵⁹

Asimismo, las áreas más elevadas se dedicaban a la agricultura en donde la papa, el maíz, el trigo y la cebada eran los cultivos predominantes, valga decir, productos que, a

²⁵⁵ Prospera Parra y Luis Muñoz, *Aspectos de la agricultura y la desamortización en la Sabana de Bogotá*, op.cit., p. 13.

²⁵⁶ *Ibid.*, p. 14.

²⁵⁷ Salvador Camacho Roldán, 1874, citado en: Fabio Zambrano, *Historia de la localidad de Tunjuelito*, p.59

²⁵⁸ “Chocontá, Octubre 27 de 1880”, *El Agricultor*, serie 2, No. 17, 1 de Oct. de 1880, p.351.

²⁵⁹ *Ibid.*, p. 351

excepción de los dos primeros, se encaminaban a satisfacer una dieta alimenticia de origen europeo. Las áreas más altas, de bosque y paramo, eran utilizadas como cotos de caza para los dueños de las haciendas y también para campesinos aparceros quienes en ocasiones lo hacían de manera subrepticia, así como para extracción de maderas.²⁶⁰

En este orden de ideas, otro corresponsal de la revista ya citada, al parecer propietario o administrador de una hacienda llamada Casa Blanca en el también norteño distrito de Nemocón, brinda el siguiente testimonio que evidencia la existencia de dicho patrón de ordenación espacial del uso de la tierra al interior de la hacienda. Al respecto dice: “Tengo radicadas mis operaciones de campo en las dos localidades de „Casa Blanca“ y „Hato de Tausa“ en contacto con los distritos de Nemocón, Tausa y Cogua. En estos lugares, como en la generalidad de la Sabana, los terrenos bajos están, casi en su totalidad, destinados a la ganadería y los altos a la agricultura”²⁶¹ Agrega además que los principales cultivos de la zona son papas, maíz, trigo y cebada y que la ganadería “ha mejorado en su clase, pues las personas que tienen alguna proporción, cuidan de mejorar la que tienen de cría”²⁶²

Aún mas esclarecedor, resulta el panorama que otro corresponsal de la revista nos brinda para uno de los distritos más importantes de la región como lo es Zipaquirá. Para esta zona el corresponsal afirma: “las tres leguas cuadradas que pueden estimarse como cultivadas en este distrito se descomponen así: Una dedicada a la agricultura propiamente dicha, y las otras dos que se hayan cubiertas de prados o dehesas naturales, en donde se mantienen los ganados... Por lo general, las empresas agrícolas son muy en pequeña escala; y los cultivos esta limitados al trigo, cebada, maíz y papa.”²⁶³ En este distrito el área dedicada a la ganadería duplicaba el área dedicada a la agricultura.

²⁶⁰ En este aspecto resulta ilustrativo y curioso la faena de cacería de buitres que Eugenio Díaz relata en el capítulo V de su libro *El rejo de enlazar*. (Eugenio Díaz, *El rejo de enlazar*, Op.cit.)

²⁶¹ Hipólito Nieto, “Casa Blanca de Nemocón, 24 de junio de 1880”, en *El Agricultor*, serie 2, No. 17, 1 de Oct. de 1880, p.276 (el subrayado es mío).

²⁶² *Ibid.*, p.276

²⁶³ “Cipaquirá 27 de octubre de 1880”, *El Agricultor*, Serie 2, Bogotá, Diciembre 1 de 1880, No. 19., p.350

Esto evidencia la explotación de diversas ecologías al interior de una misma unidad productiva y hace de las áreas planas e inundables de la Sabana el espacio utilizado en mayor medida para la ganadería. No obstante, debe tenerse en cuenta que el establecimiento de hatos ganaderos en estas zonas bajas, si bien de ricos suelos, implica el desarrollo de toda una serie de obras de infraestructura para adecuar este tipo de zonas al sustento de ganados. Al respecto, el ya mencionado hacendado Manuel Umaña, menciona que, “desagües inteligentemente dirigidos han convertido la superficie anegadiza de nuestra sabana en praderas aptas para la cría y ceba y se cuentan por miles las hectáreas que, por medio de diques, se han arrebatado a las crecientes periódicas del Funza, para formar pingues propiedades de fertilidad inagotable.”²⁶⁴

El testimonio de Umaña, propietario de haciendas en el distrito de Soacha, permite evidenciar la manera en que se interviene conscientemente las características ecológicas de la Sabana, específicamente los flujos de energía propios de ecosistemas inundables o humedales, alterándolos y orientándolos hacia el sostenimiento de un agro-ecosistema pastoril, pues se drenan y adecuan tierras cercanas al actual río Bogotá, con el propósito de sembrar allí pastos que sustenten ganado.

En relación a este proceso, Camilo Pardo Umaña, descendiente de Don Manuel y uno de los artífices en la construcción de la imagen bucólica y señorial de la Sabana, considera que “paso a paso, la vasta extensión de la Sabana fue desecándose, al cuadricular el hombre su suelo con zanjás y más zanjás, que servían también para alinderar las haciendas y dentro de éstas, los distintos potreros, que se iban sembrando de los mejores pastos.”²⁶⁵

Asimismo, a través de la observación y análisis de los planos topográficos y catastrales de algunas haciendas de la época, permite evidenciar esta tendencia en el uso del suelo. En este sentido a continuación se muestra el plano de la hacienda “Las Monjas” (Figura 24)

²⁶⁴ Manuel Umaña, “Sección oficial”, en *El Agricultor*, Bogotá, serie 2, No. 16, 1 de septiembre de 1880, p. 251.

²⁶⁵ Camilo Pardo Umaña, *Haciendas de la Sabana*. Op.cit., p. 22

que para el año de 1862 se ubicada en el distrito de Serrezuela al occidente de la Sabana, a orillas del río Bojacá.

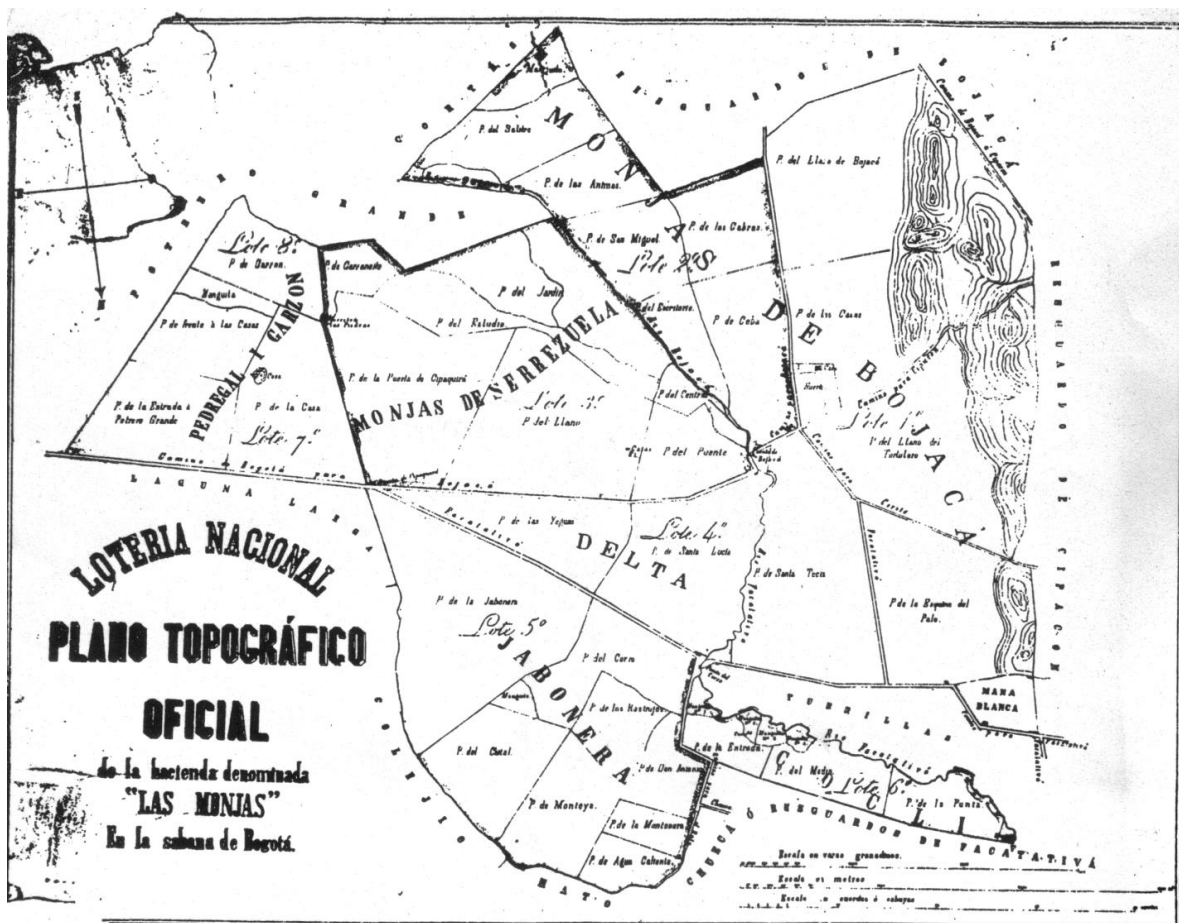


Figura 23. Plano Topográfico oficial de la hacienda denominada “Las Monjas” en la sabana de Bogotá. Bogotá: Lotería Nacional, 1862. Tomado de: Prospera Parra y Luis Muñoz, *Aspectos de la agricultura y la desamortización en la Sabana de Bogotá*”, cartografía anexa.

Esta hacienda fue desamortizada en 1864 y constaba de 8 lotes, 38 potreros que configuraban un globo de tierra de 2670 hectáreas.²⁶⁶ Como ya se dijo, es recorrida de Norte a sur por el Río Bojacá y el río que para la época llamaban de Facatativá. La ubicación de la hacienda era excepcional pues se sitúa sobre el camino de Occidente (histórica ruta de acceso a Bogotá desde el río Magdalena), el cual va de Bogotá a Facatativá y atraviesa la hacienda en su parte norte. También se desprende el camino que se

²⁶⁶ Prospera Parra y Luis Muñoz, *Aspectos de la agricultura y la desamortización en la Sabana de Bogotá*”, op.cit.

dirige a Bojacá y de ahí, un sendero que atraviesa una zona montañosa, también parte de la hacienda, el cual se dirige al pueblo de Zipacón ubicado al sur occidente (ver Figura 25). Debido a ello, todo viajero que durante la segunda mitad del siglo XIX se dirigiese a la Capital o saliera de ella con destino a los puertos fluviales del Magdalena (Honda), tendría que atravesar los predios de esta hacienda que por largo tiempo perteneció a las monjas del convento de Santa Inés²⁶⁷. Llama la atención en este plano el predominio de una topografía plana que caracteriza a la mayoría de los 38 potreros que componen la hacienda. Sin embargo en la parte sur-occidental encontramos un cambio en la topografía representado en un área montañosa correspondiente al distrito de Zipacón.

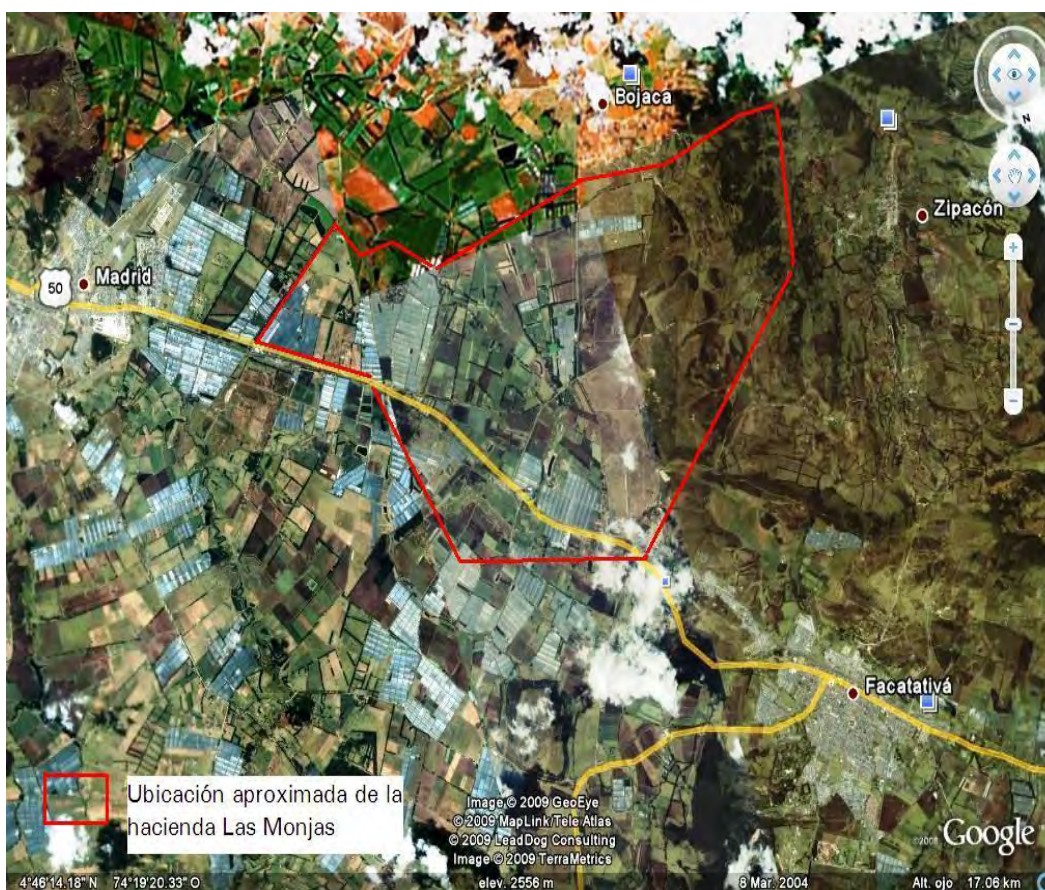


Figura 24. Aproximación al área que ocupó la hacienda las monjas a mediados del siglo XIX.

²⁶⁷ Camilo Pardo Umaña, *Haciendas de la Sabana*, op.cit.

Por su parte, para las primeras décadas del siglo XX tenemos el plano topográfico de la hacienda “Canoas Saenz”, ubicada en el distrito de Soacha al sur-occidente de la Sabana, a orillas del río Funza. Este es uno de los varios globos de tierra que resultó de la división de la emblemática hacienda “Canoas” propiedad en la primera mitad del siglo XIX de Carlos Urdaneta.



Figura 25. “Plano topográfico de la Hacienda Canoas Saenz”. Tomado de *Revista Nacional de Agricultura*, agosto de 1943, No. 471, p.21

Para ilustrar la diversidad topográfica que contribuía a discriminar el tipo de uso que se le daba a la tierra, resulta de interés citar la descripción que en el artículo de la *Revista Nacional de Agricultura* de agosto de 1943, se brinda sobre las unidades topográficas que componen dicha hacienda: “La superficie [de la hacienda Canoas Saenz] se encuentra distribuida en tres grandes grupos a saber: 1ª. Zona: Representa el 22 por ciento del área

total y está constituida por vegas de tierra de primera calidad, sobre los ríos Balsillas y Bogotá. 2ª. Zona: Constituye el 36 por ciento del área total y está formada por tierras de altura media, de buena calidad, y dotadas de riego artificial. 3ª. Zona: Formada por el 42 por ciento del área total y corresponde a un terreno alto, con suelos de buena calidad también. Para una hacienda de una superficie tan grande, es realmente un privilegio tenerla distribuida en la forma descrita”²⁶⁸

Nuevamente aparecen diversos ambientes dentro de una unidad predial. En el mapa se muestra como el río Funza atraviesa la hacienda, serpenteante, de norte a sur y constituye el límite occidental de la misma. En el extremo sur occidental (inferior derecho en el plano) aparece una zona sobre el mencionado río resaltada en achurado, e indicando la presencia de un área pantanosa que probablemente se componía de humedales, madres viejas o meandros olvidados dejados por la dinámica fluvial del Funza, evidenciando a su vez, que es esta la zona más baja de la hacienda, la cual es colindante con la hacienda “Canoas Gómez”. Por su parte, el extremo nor-oriental, cuyo límite con la Hacienda Fute lo demarca la quebrada Chicaque, se muestra un terreno montañoso, topografía que según la descripción anterior caracteriza buena parte del fundo.

²⁶⁸ “Canoas Saenz”, en: *Revista Nacional de Agricultura*, agosto de 1943, No. 471, p.21-22

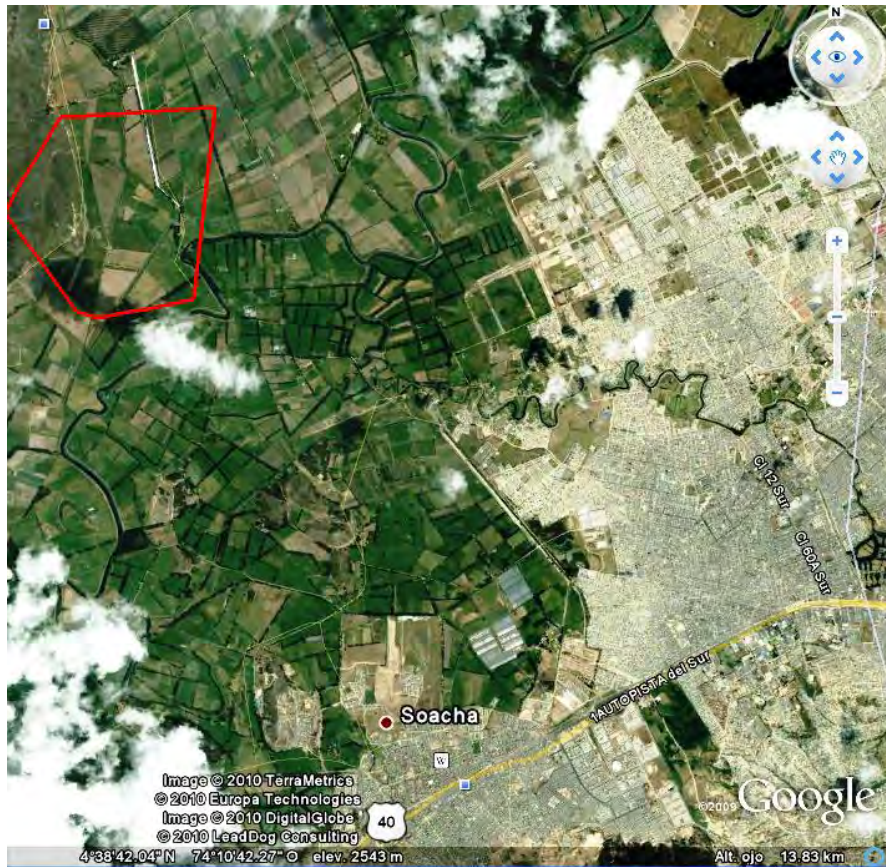


Figura 26. Localización aproximada de la Hacienda Canoas Saenz hacia 1940.

Ahora bien, para aproximarse al peso de la ganadería en la utilización de los suelos y en general del agro-ecosistema de la zona, se debe conocer la cantidad de ganados que por distrito habitaban la Sabana entre 1870 y 1880. Estas cifras se muestran en la Tabla 3, aunque tan solo fueron seis distritos sabaneros los que para 1875 suministraron información sobre el número de animales domésticos o “ganados de todas la clase”, que vivían en dichas tierras. Estos distritos abarcan áreas de la sabana sur, centro occidente y norte de los cuales, a excepción de dos (Facatativá y Subachoque), son directamente irrigados por el río Funza, por lo cual son una muestra adecuada de lo que sucedía en la región.

Distritos	Caballar	Cabrío	Cerduno	Mular	Lanar	Vacuno	Valor	Total cabezas
Chía	300	--	200	50	500	2.000	52.150	3.050
Soacha	1.000	100	100	200	1.500	5.000	131.650	7.900
Subachoque	650	20	200	450	300	4.500	131.820	6.120
Serrezuela	360	--	300	100	200	4.090	176.170	5.050
Facatativá	900	--	40	600	2.000	5.000	128.400	8.540
Engativá	250	--	50	90	150	1.010	32.730	1.550

Tabla 3. Valor y número de cabezas de ganado de todas clases que existían en algunos distritos de la Sabana de Bogotá (1875). Fuente: Galindo Anibal (1875), *Anuario Estadístico de Colombia*, Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, p. 127.

Como puede verse en la Tabla 3, el tipo de ganado que en todos los distritos predomina es el vacuno seguido por el lanar u ovino. Uno de los distritos que alberga la mayor cantidad de vacunos para 1875, es Facatativá con 5000 reses (Tabla 3), el cual es también uno de los más poblados de la región con 6282 personas viviendo allí para 1870 (Tabla 4 y Figura 26). El otro distrito, diferente a Bogotá, que muestra una población relativamente “alta” en la Sabana es Zipaquirá con 8313 habitantes para 1870 y con una población de vacunos de 8290 para 1875. En este orden, Soacha sería otro distrito con una importante población vacuna con 5000 reses para 1875 y una población humana de 2845 habitantes para 1870. Por su parte en Subachoque la población bovina es de 4500 cabezas de ganado para 1875, contra una población de 4510 habitantes humanos para 1870.

Estas cifras indican que mientras en Soacha había casi dos animales por habitante, en Subachoque proporción era casi de 1 a 1. Respecto al primero distrito el señor Antonio Solórzano, en carta dirigida al jefe del Departamento Nacional de Agricultura el 27 de octubre de 1880, ilustra lo aquí expuesto, en donde dice:

“Las crías que existen en este distrito son de ganado vacuno, caballar, mular y lanar. Se ceban a la año poco más o menos dos mil reses, novillos en su mayor parte; el precio de estos animales es de 20 a 30 pesos de ley, porque se ceban también algunas vacas. Existen poco más o menos cinco mil reses de cría, cuyo valor en promedio, es de 12 a 16 pesos. Hay mil bueyes de trabajo, que valen a 55 pesos unos con otros... Entre el ganado vacuno existen reproductores de raza pura de „Durham” y bastantes mestizos.”²⁶⁹

²⁶⁹ Antonio Solórzano M. “Informe de animales: Soacha, 27 de octubre de 1880. *El Agricultor*, Serie 2, Bogotá, Diciembre 1 de 1880, No. 19., p.349. Además en su carta Solórzano da una relación de los propietarios de predios en el entonces distrito de Soacha en donde aparecen apellidos de tradición en cuanto a la posesión de grande fundos en esta área y en otras de la Sabana: “los dueños de animales domésticos son los señores: Agustín Carrizosa, Clímaco Carrizosa, Policarpo

Por su parte, el distrito de Chía cuenta para el año de 1875 con 2000 reses y una población humana de 4468 habitantes para 1870, es el único distrito en donde la población humana más que duplica a la vacuna por lo puede inferirse que aquí la agricultura, con énfasis en hortalizas, era predominante. En contraste, el distrito de Engativá presenta una tendencia totalmente distinta. Aquí, en pleno corazón de la Sabana de la época, para 1875 había una población de 1010 vacunos contra 586 habitantes para 1870, es decir que el número de reses casi duplica al de personas, población humana que por demás disminuye en 9 habitantes entre 1851 y 1870 (Ver Tabla 4).

Municipio/cantón	Población 1851	Población 1870	aumento	Disminución
Bogotá	29.649	40.883	11.234	
Funza	4.559	2.850	--	1.709
Engativá	595	586	--	9
Cota	1.503	1.737	234	--
Chia	4.424	4.468	44	--
Suba	1.072	1.406	334	--
Usaquén	2.793	1.306	--	1.487
Bosa	1.124	1.396	272	--
Fontibón	1.985	1.929	--	56
Mosquera	--	1.647	1.647	--
Soacha	2.918	2.845	--	73
Usme	1.932	1.774	--	158
Cipaquirá	6.077	8.313	2.236	--
Cajicá	2.003	3.160	1.157	--
Tabio	2.588	3.002	414	--
Tenjo	4.016	4.539	523	--
Nemocon	3.018	4.111	1.093	--
Facatativá	5.023	6.282	1.259	--
Subachoque	3.148	4.543	1.395	--

Tabla 4. Población por distrito en la Sabana de Bogotá 1850 y 1870.
Fuente: Galindo Anibal (1875), *Anuario Estadístico de Colombia*, Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, p. 127.

Debe tenerse en cuenta que el crecimiento de la población en la mayoría de los distritos sabaneros es relativamente, pues siguiendo la Tabla 4 se observa que en seis de los 19 distritos que aparecen, se presentan descensos de hasta 1500 personas en entre 1851 y 1870,

Forero, Cesar Martínez, Daniel Urdaneta, Alejandro Urdaneta, Félix Rojas, Manuel Samper, Eugenio Umaña, Enrique Umaña... Manuel V. Umaña" (Ibíd., p. 349)

el resto muestra cifras de crecimiento demográfico que oscilan entre 44 y 1400 habitantes para un periodo de 19 años.

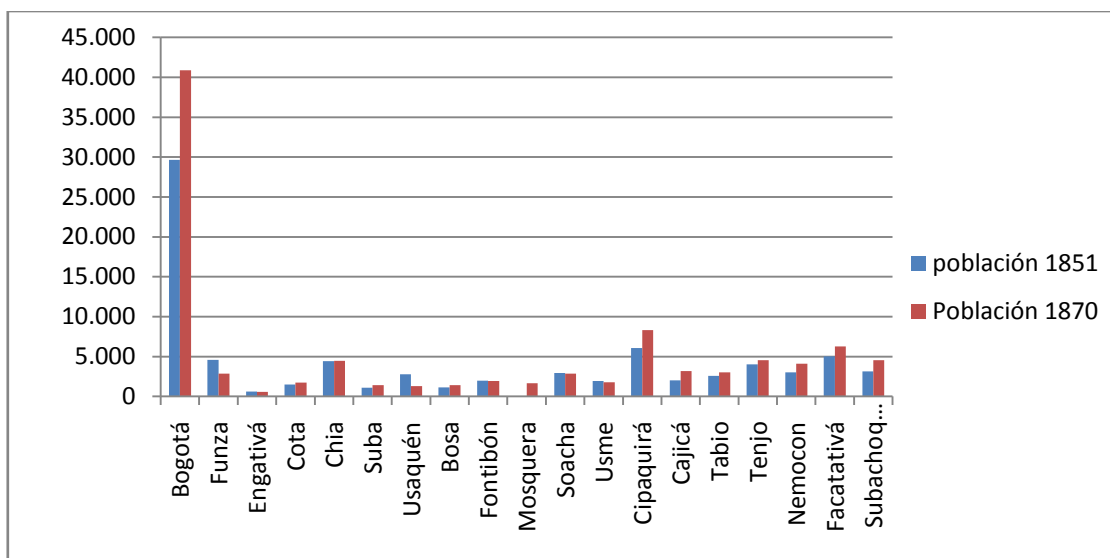


Figura 27. Población de la Sabana de Bogotá según distrito parroquial en los años 1850 y 1870

No. Propietarios	Ganado Vacuno Cria	Ganado Vacuno Ceba	Bueyes de Trabajo
Córdoba José M.	400	---	---
Espinoza Honorato	400	---	---
González Januario	200	---	---
Benítez Cleónico	400	---	---
Wiesner Jacobo	10	---	140
Escallón Juan de Dios	100	100	---
Monroy Rudecindo	---	---	40
Coronado Genaro	100	---	---
Gálvis Vicente	30	---	---
Escallón Tomás	80	---	---
Bernal Wenceslao	---	300	20
Gonzales Benito	200	100	30
Holguín Jorge	---	---	300
González Vicente	600	200	20
Laverde Juan	50	---	40
Bernal Luis	200	---	---
Escallon Eloy	500	80	10
Camargo Alejo	100	---	---
Riaño José	150	---	---
Vega Albino	200	---	---
Romero Benito	80	---	---
Uribe Luis	100	100	---
Santamaría F.	100	---	---
González Adriano	---	60	---
Caicedo Idelfonso	80	---	---

Méndez Julián	30	---	---
Gaitán Gregorio	40	---	---
Peña Ramón	---	---	---
Triana Celidonio	---	---	---
González Marcos	---	---	---
Casas Jesús	20	---	---
Gómez Pedro	---	---	20
Gómez Julián	80	---	---
González Leo	80	---	---
Galeano Juan	40	---	---
Bermúdez Aníbal	---	100	---
Bernal Fortunato	---	---	40
Almanza Agustín	100	---	---
Méndez José María	20	---	---
Wagner hermanos	100	---	---
Varios propietarios en pequeño	1000	600	400
TOTALES	5590	1640	1060

Tabla 5. Propietarios de Ganado Vacuno en el distrito de Zipaquirá, 1880, Tomado de *El Agricultor*, Serie 2, Bogotá, Diciembre 1 de 1880, No. 19., p.350

En síntesis puede verse que la cantidad de personas y de vacunos en la Sabana para 1870 era en cierta medida similar. Sin embargo, si se tiene en cuenta la Tabla 5 puede verse que los propietarios de vacunos, en un distrito altamente poblado como Zipaquirá, podían tener entre 30 y 400 reses cada uno, cantidad que puede ser mayor en distritos del sur, en donde existían propiedades más extendidas, menor población y por lo tanto, mayor número de ganados.

Si se comparan los requerimientos de espacio y de recursos naturales que un vacuno necesita para desarrollarse, mucho más en una época en la cual no habían condiciones técnicas que “intensificaran” e incrementaran la eficiencia en cuanto a el uso del suelo por parte de esta actividad, puede verse entonces una gran asimetría entre el área dedicada al crecimiento de estos animales, representada principalmente en las haciendas de la zonas planas, que poseían los mejores suelos y el área dedicada para otras actividades humanas principalmente la agricultura, fue relegada a las áreas de topografía ondulada y ocasiones abrupta.

El predominio de hacienda y por ende de la ganadería configuraría un escenario en cual existían una profunda desigualdad y asimetría en cuanto a acceso a los recursos naturales de la Sabana, especialmente la tierra. Esto desembocaría en la pauperización y en el desarraigo de la mayoría de población rural, campesinos indígenas y mestizos, quienes se encontraban para finales del siglo XIX lejos del acceso a la tierra.

Su destino tuvo que ser el desplazamiento a la ciudad o a otras regiones, o convertirse en peones de las haciendas. A su vez al predominar la ganadería, el agro-ecosistema se simplifica, pues el pisoteo y el constante pastoreo de ganado impiden el crecimiento de formaciones vegetales distintas a las gramíneas, al tiempo se necesita menos trabajadores para cubrir las demandas de una actividad como la ganadería.

Esta situación de exclusión y pobreza del campesinado sabanero es ilustrada por Eugenio Díaz en su cuento María Ticince o los Pescadores del Funza. Aquí se muestra como para los campesinos, en gran medida indígenas, estaba vedado no solo el acceso a la tierra, sino también a otros recursos naturales de la sabana como los ríos, los cuales también fueron apropiados por las haciendas. No teniendo otra alternativa para sobrevivir, María y su familia, quienes vivían de llevar pescados como el capitán a Bogotá, se internaban en las noches a pescar de manera subrepticia en el río Funza, para poder luego llevar el pescado a los mercados de Bogotá.

Sin embargo, en una de sus faenas nocturnas y ante el asecho de los matines de la hacienda, María cae al agua y perece ahogada. Su padre y su hermano, sin poder gritar y pedir ayuda, debido al carácter “ilegal” de su actividad, la buscan desesperadamente hasta encontrar el cuerpo sin vida. Esa noche la más grande tristeza invadió el humilde bohío sabanero de la familia Ticince, una tristeza que se sumaba a la aguda pobreza en que vivían y a la indignación por la histórica pérdida de sus tierras, en donde sus ancestros habían vivido por siglos.

- ya *lus blancos* no nos dejan ni pescar en sus tierras.
- ¿Luego no es en el agua? contestó María con tono de amargura.

- Pues hasta el agua no la quitaron ya²⁷⁰

²⁷⁰ Eugenio Días Castro, “María Ticince o los Pescadores del Funza” (fragmento), *Museo de cuadros de costumbres II*, Bogotá, F. Mantilla, 1866. (el subrayado es mío)

V. CONSIDERACIONES FINALES

Al realizar este recorrido por las visiones del paisaje de la Sabana de Bogotá decimonónica, aparece constantemente su pasado milenario, el cual se manifiesta en un territorio plagado de huellas de sociedades del pasado y en una estructura ecológica fuertemente transformada y en cierta medida simplificada. Diversos tiempos de la historia trascurren paralelos en la Sabana interactuando constantemente unos con otros. El tiempo de la naturaleza transcurre en temporalidades enormes, transformando el paisaje según cambian los grandes ciclos climáticos, del suelo o de la geomorfología, mientras que la vegetación y la fauna cambian en relación a la temperatura, la humedad y a las características del sustrato. De ser un lago, la Sabana ha sido también un paramo yermo y luego un inmenso bosque con humedales, antes de ser convertido en un gran huerto por los habitantes prehispánicos.

La temporalidad de los humanos es mucho más reciente, pero sus efectos sobre el paisaje han sido inmensos y más acelerados. Desde hace 12.000 años, se ha asentado en éste espacio población, cuya presencia inicial ha sido evidenciada por arqueólogos, ecólogos y palinólogos²⁷¹. Con el asiento de la cultura herrera y luego la formación de la sociedad muisca, puede considerarse que el altiplano de Bogotá ha concentrado las más altas cantidades de población, fenómeno que ha sido una constante en la historia del territorio de la actual Colombia. Dicha tendencia tiende a reforzarse en los últimos siglos con la primacía urbana de Bogotá, una de las actuales mega-ciudades de América Latina.

Esto quiere decir que para entender la historia del paisaje sabanero en un momento histórico determinado, debe apelarse al entendimiento del complejo marco geo-histórico de la región, el cual alberga todo un legado de historia natural y humana que no se debe soslayar y cuyas herencias caracterizan en buena medida los paisajes culturales del presente. Por tanto el paisaje cultural de la Sabana cambia y ha cambiado muchas veces en

²⁷¹ Gonzalo Correal y Thomas van der Hammen, *Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos del Tequendama: 12.000 años de historia del hombre y su medio ambiente en la altiplanicie de Bogotá*. Bogotá: Banco Popular. 1977.

el transcurso de su historia evidenciando que no es solo un paisaje, sino que ha sido innumerables paisajes.



Desde el punto de vista teórico, la presente investigación permitió evidenciar que en el ámbito de la geografía histórica, el concepto de paisaje ha tenido un lugar importante. Es un concepto que cada vez despierta mayor interés por su carácter dinámico y cuya definición ha cambiado al tiempo que lo ha hecho la misma geografía humana del siglo XX. De ser un concepto que remitía exclusivamente al estudio y caracterización de las morfologías que la cultura material desarrolla en el espacio, ha transitado un camino de altibajos para situarse, a finales del siglo XX y comienzos del XXI, en el ámbito de la representación, el discurso y la ideología, haciéndose preguntas relacionadas con las relaciones de poder, el conflicto social, la identidad y la diferencia que encarna una representación del paisaje.

En este sentido, una de las conclusiones más importantes a nivel teórico, es que el concepto de paisaje permite construir relaciones entre la geografía y otras ciencias sociales, y especialmente permitió, en este trabajo, acercar dos milenarias disciplinas del conocimiento humano como la geografía y la historia. Campos “híbridos” como la geografía histórica, la historia ambiental, la ecología política, la cartografía histórica y la historia de la cartografía, emergen como importantes disciplinas traslape y cada vez atraen mayores adeptos que se interesan por auscultar las relaciones entre la geografía y la historia, entre el espacio y el tiempo, entre el lugar y el periodo. Campos que, sobre todo, tienen mucha tela por cortar en el ámbito académico colombiano.



La Sabana de Bogotá en el Siglo XIX ha sido reivindicada principalmente por la historia tradicional, la cual se ha encargado de relatar el devenir de este espacio en el tiempo. Aquí hago referencia a autores como Camilo Pardo Umaña, Tomas Rueda Vargas, Cordobez

Moure, entre otros²⁷², quienes si bien hicieron textos maravillosos, que a la postre se constituyeron en fuentes primarias para este trabajo, su intención es hacer la historia de una elite terrateniente bogotana como legítima propietaria de la tierra. Por tanto, resulta de vital importancia abordar crítica e históricamente estos discursos y representaciones, detectando los silencios, los conflictos y prestando atención a otros actores históricos que son fundamentales en la construcción histórica de la Sabana de Bogotá.

Las representaciones del paisaje sabanero abordadas en la presente investigación (relatos de viajes, crónicas, prensa agrícola e iconografía), poco hablan del despojo de las tierras indígenas y del aciago destino de sus antiguos propietarios. Tampoco se da cuenta de la expansión de la hacienda desde la segunda mitad del siglo XIX y de cómo en esta se fortaleció la ganadería como forma predominante de uso el suelo. De igual forma son omitidos los trabajadores del campo, peones o concertados, quienes con su trabajo construyeron el paisaje material de la época, arriando ganados, abriendo potreros, arando, sembrando o cosechando trigo, papa, maíz o cebada y de quienes no se dice nada más allá de su papel en las faenas agrícolas. En textos e iconografías, se muestra una Sabana vacía, libre de los incómodos pobres del campo quienes son absorbidos por el paisaje o se constituyen en lo que podría considerarse como el lado oscuro del mismo.²⁷³

Por el contrario, de manera reiterada se pretende hacer ver a la Sabana como el espacio propio de la élite, en donde familias distinguidas encuentran refugio de la convulsionada

²⁷² Tomas Rueda Vargas, *La sabana y otros escritos del campo, la ciudad y de si mismo*. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1977; Ver también del mismo autor: *Escritos sobre Bogotá y la Sabana*, Villegas editores, Bogotá, 1988; Camilo Pardo Umaña, *Haciendas de la Sabana de Bogotá*, Villegas editores, Bogotá. 1988, (1946); Juan Carrasquilla Botero, *Quintas y estancias de Santafé y Bogotá*. Banco Popular, Bogotá, 1989; Eugenio Díaz Castro, *El Rejo de enlazar*, Imp. de la América. Bogotá, 1873. (este último texto se encuentra en: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/literatura/elrejo/indice.htm>).

²⁷³ Julio Arias Vanegas, *Nación y diferencia*, Op.cit. Sobre aquellos grupos sociales que la pintura de paisajes ha tratado de ocultar o de hacer ver como natural su condición desigual o de explotación, ver: John Barrell, *The dark side of the landscape: the rural poor in English painting 1730 – 1840*, Cambridge: Cambridge, 1980. Sobre la mentalidad “europeizante” de la elite criolla de finales del XIX ver Germán Palacio (ed), *Naturaleza en Disputa: ensayos de historia ambiental de Colombia 1850 – 1995*. Universidad Nacional de Colombia. 2001. Sobre el concepto de “Nueva Europa” ver: Alfred Crosby. *Imperialismo Ecológico: la expansión Biológica de Europa, 900 – 1900*. Crítica, Barcelona. 1999, (1988).

Bogotá de la época, en los grandes caserones de sus haciendas, que se han transmitido de generación en generación desde tiempos coloniales.²⁷⁴ Se muestra a la Sabana como un espacio de propietarios que se encuentran relacionados entre sí a través de vínculos familiares, de prestigio, económicos, políticos y por supuesto inmobiliarios.²⁷⁵

En este orden de ideas, lo que se trató de demostrar en el presente trabajo de investigación es que las formas de tenencia y uso de la tierra en la Sabana de Bogotá, así como sus condiciones ecológicas y estéticas, se encuentran asociadas a los discursos que sobre el campo y el paisaje poseía un grupo social de élite que a su vez era dueña de la mayoría de la tierra y que tenía por tanto fuertes intereses en el sector rural sabanero. En este contexto, el paisaje es construido con la pretensión de instaurar un orden estético, que a su vez es espacial, ambiental y sobre todo social. Es decir se difundió a través de documentos escritos e iconográficos, un modo de ver el paisaje funcional a los intereses de una clase social.

Se presenta por tanto un paisaje ordenado, que funge como referente de identidad en torno a la elite regional, al tiempo que es diferenciador respecto al pueblo, los indios y a otras regiones. Dicho orden estético permitió resaltar la similitudes de la Sabana con paisajes que podían encontrarse en latitudes templadas de Europa y Estados Unidos, existiendo una tendencia e interés por parte de la élite, por europeizar el paisaje de la Sabana tanto en sus condiciones estéticas, económicas y ecológicas.

Es así como se resalta la bondad y salubridad del clima sabanero, se reivindica la implantación de formas inglesas, alemanas o francesas de producción en el campo y se promueve principalmente la introducción de nuevas razas vacunas, punta de lanza en este proceso. Asimismo se crea, a través de la pintura, una imagen bucólica del paisaje

²⁷⁴ Sobre las condiciones de pobreza y miseria de la Bogotá de la segunda mitad del siglo XIX ver Miguel Samper, *La Miseria en Bogotá*, Bogotá: Imprenta de Gaitán, 1867. Sobre el hacinamiento y el déficit de vivienda en una ciudad dinámica y en transición, como era la Bogotá del finales del XIX, ver Germán Mejía Pavony, “Los itinerarios de la transformación urbana de Bogotá, 1820 – 1910.”, en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 24, 1997., pp. 101 – 138.

²⁷⁵ Sobre la manera en que la elite nacional decimonónica representó y se apropió de la naturaleza ver: Miriam Luz Jaramillo Giraldo, “Elite y Naturaleza. ¿Naturaleza de Elite?”, en: *Nómadas*, No. 22, Abril 2005, pp. 86 – 101.

sabanero, en donde se muestran espacios humanizados, pero sin gente, muy similares, estéticamente a los que se pueden encontrar en ciertos lugares del Viejo Mundo.



La ganadería ocupó un papel central en la producción del paisaje sabanero de finales del siglo XIX, tanto así que es posible hablar de construcción de un paisaje pastoril. En este contexto, la expansión y consolidación de la hacienda ganadera, proceso llevado a cabo en la segunda mitad del siglo XIX, fue un hecho fundamental en la formación de un paisaje rural sabanero.

A esto contribuyó en gran medida la ley que promulgó la enajenación de los resguardos y la desamortización de bienes de la Iglesia. Esta ley fue el impulso para que las tierras de uso colectivo dedicadas a la agricultura, fuesen vendidas a precios bajos a terratenientes y especuladores bogotanos o gamonales regionales, las incorporarían a sus haciendas. Este cambio en el régimen de propiedad y uso de la tierra en la Sabana, fue la antesala a la transformación técnica de campo, que para dicha época comenzaba a gestarse y que tenía como epicentro a la Sabana de Bogotá.

Debe destacarse entonces, un hecho de gran importancia para este trabajo, el cual tiene que ver con la simultaneidad entre el proceso de introducción de nuevas razas vacunas, y la expansión de la hacienda sobre tierras campesinas e indígenas de antiguo asentamiento, ambos llevados a cabo en la segunda mitad del siglo XIX, pero que se intensifica en décadas finales de dicho siglo.



La transformación genética de buena parte de los hatos ganaderos de la Sabana, debido a la introducción de especies foráneas, desencadenó importantes cambios en el paisaje material del área, dado que lo introducido no solo fueron animales vacunos, que por sus mismas

características fisiológicas impactan en medio ambiente, sino nuevas **técnicas o tecnologías en el uso y transformación de la tierra**. Baste recordar que junto a las razas importadas, se introdujo el alambre de púas, arados europeos, pastos, arboles, además de nuevos conocimientos e imaginarios sobre el campo.

Por tanto, debe mencionarse que “... la principal forma de relación entre el hombre y la naturaleza, o mejor, entre el hombre y el medio, viene dada por la técnica. Las técnicas constituyen un conjunto de medios instrumentales y sociales, con los cuales el hombre realiza su vida, produce y, al mismo tiempo, crea espacio.”²⁷⁶ Para el caso aquí analizado, humanos, animales y plantas, conectados en un complejo juego de relaciones sociales, propias de la formación histórica en que vivían, dieron forma, o si se prefiere, construyeron, el paisaje cultural de la Sabana de Bogotá a fines del siglo XIX.

Aquí, la hacienda como formación histórica y como unidad productiva, encarnó la problemática entorno al acceso a la tierra y a la distribución de los recursos naturales, siendo en muchos casos el epicentro de migraciones, movilizaciones sociales y luchas agrarias, fenómenos que ponen en evidencia la necesidad de abordar, desde una perspectiva histórica, estas unidades productivas.²⁷⁷ Por tanto, aproximarse al estudio de la hacienda en la Sabana de Bogotá desde una mirada ambiental, es también aproximarse a la formación del paisaje rural.²⁷⁸



²⁷⁶ Milton Santos, *La naturaleza del espacio: técnica y tiempo. Razón y emoción*, [1997] Ariel, Barcelona, 2000. p. 27. A su vez, me acojo a la definición que Santos propone de espacio: “Como punto de partida, proponemos que el espacio sea definido como un conjunto indisoluble de sistemas de objetos y sistemas de acciones. A partir de noción de espacio como un conjunto indisoluble de sistemas de objetos y sistemas de acciones podemos reconocer sus categorías analíticas internas. Entre ellas están el paisaje, la configuración territorial, la división territorial del trabajo, el espacio producido o productivo, las rugosidades y las formas-contenido.” (p. 18, 19)

²⁷⁷ Un importante balance historiográfico, en el cual se aborda la formación de haciendas durante el periodo colonial y republicano desde una escala latinoamericana es el de Magnus Mörner, “La Hacienda Hispanoamericana en la historia: Un esquema de reciente investigación y debate.”, en: *Desarrollo económico*, Vol. 13, No. 52 (Jan. – Mar., 1974), pp. 741-773.

²⁷⁸ Este concepto lo tomo de: Hermes Tovar Pinzón, *Hacienda Colonial y Formación Social*, Sendai, Barcelona, 1988.

El proceso de formación de haciendas y la concomitante instauración de la ganadería en el área plaza de la Sabana, cambió radicalmente la relación de la ciudad de Bogotá con la Sabana, en el sentido de que hubo un despoblamiento de la segunda a favor de un incremento demográfico a favor de la primera. La población indígena salió de los resguardos liquidados, de sus ancestrales tierras sabaneras, hacia la ciudad o hacia las haciendas y plantaciones de tierra caliente. La Sabana decayó en cuanto al carácter de despensa de productos de las tierras frías para Bogotá, productos que conformaban buena parte de la dieta de los bogotanos, los cuales dejaron de cultivarse en la cercana y fértil planicie, emergiendo otros espacios como proveedores de alimentos de la ciudad, especialmente las áreas de minifundio del oriente cundinamarqués, con los respectivos costos que esto le generó al pauperizado consumidor, agudizando así, la crisis social que se vivía en la ciudad.

De esta manera, en la segunda mitad del siglo XIX se produce una reconfiguración en la relación entre Bogotá y la Sabana, evidenciándose la dicotomía o contradicción campo-ciudad, pues la ciudad en cierta medida pierde su soberanía alimentaria, un hecho que paradójicamente continúa en la actualidad. En este sentido, las denuncias de algunos visionarios del siglo XIX (Cordovez Moure, Vergara y Velasco, Camacho Roldán...), hacen eco en el presente, preguntando y volviendo a preguntar ¿porqué esta planicie que posee los mejores suelos de la república, que debido a su topografía brinda increíbles facilidades para la agricultura, no está destinada a la producción de alimentos para abastecer a las clases populares de una de las aglomeraciones urbanas más grandes del norte de Suramérica?

La misma pregunta, puede realizarse a otros espacios de Colombia que poseen una gran oferta ambiental y paisajística, cuya explotación solo beneficia a unos cuantos. Sea este el caso del Valle del Cauca, el Valle del Sinú, el Eje Cafetero, entre otros lugares. Lo anterior confirma que este ejercicio de diálogo, pasado-presente, es un desafío para planificadores y demás estudiosos del territorio, quienes muchas veces no ven lo que el pasado tiene para comunicarles, como tampoco ven, que el futuro de miles de ciudadanos colombianos,

urbanos y rurales, así como el actual conflicto social que vive la Nación, continua estrechamente ligado a las dinámicas del uso y la tenencia de la tierra.²⁷⁹

Asimismo, la presencia de una gran aglomeración urbana como Bogotá ha generado una gran degradación de las condiciones ecológicas del altiplano. Con respecto a la hidrografía, por ejemplo, las aguas superficiales han sido contaminadas en su mayoría. Se han creado embalses y represas, se han desecado lagos y pantanos, se han creado distritos de riego. La explotación de las aguas subterráneas muestra cada vez caracteres deficitarios en la recarga de los acuíferos, lo que afecta el conjunto del balance hidrológico de la cuenca. Por su parte de la vegetación y la fauna original de estas tierras, ya es muy poco lo que queda. Asimismo, y aunque no sea tan evidente, los seres humanos también construyen y destruyen geoformas, al altear el cauce de los ríos, en la minería (en especial canteras y chircales) y en la extracción de materiales para la urbanización.

Por su parte atraídos por la cercanía a la gran urbe y a la disponibilidad de recursos, principalmente agua, las empresas de flores continúan expandiéndose, agitando los acuíferos y “plastificando” la Sabana, al tiempo que las fabricas y bodegas se expanden sobre los ejes viales que van hacia el occidente convirtiendo en industrias unos suelos con fabulosas aptitudes agrícolas. Esto implica que Bogotá, con su gran dinámica económica y poblacional, le ha generado altos costos ambientales a la Sabana y a otras áreas de sus alrededores, por lo cual se hace urgente y necesaria la intervención de las autoridades de planificación en el ordenamiento y preservación de un agro-ecosistema que se degrada a un ritmo acelerado. La historia ambiental y la geografía histórica pues brindar importantes elementos en este proceso, pues al estudiar el uso de los recursos naturales a través del tiempo se pueden plantear directrices en el ordenamiento territorial y por tanto establecer áreas de preservación o patrimoniales, no solo por sus condiciones ambientales, sino también por su valor paisajístico e histórico.

²⁷⁹ Orlando Fals Borda, “prologo a la segunda edición”, en *El hombre y la tierra en Boyacá*. p. 9-26.

En este contexto, el concepto de paisaje concentra cada vez más la atención por parte de planificadores y ordenadores del territorio (es decir entes territoriales), hasta el punto de llegar a proponer el estudio histórico y la preservación de paisajes culturales, como parte del patrimonio cultural y ecológico de las sociedades, el cual también puede considerarse en riesgo de desaparecer. Un ejemplo interesante en este sentido, es el estudio sobre cambios en el paisaje, biodiversidad y riesgo hidrogeológico, desarrollado para el área de Cardoso, región de Toscana (Italia)²⁸⁰, en donde se aborda la campiña o área rural de la región como un paisaje cultural que es patrimonio de la nación, el cual debe ser conservado y protegido en cuanto a sus condiciones estéticas y ecológicas.



²⁸⁰ *Landscape changes, Biodiversity and hidrogeological risk in the area of Cardoso between 1832 and 2002. (Regional Park of the Apuane Alps)*, Università degli Studi di Firenze; La Toscana per l'ambiente; Regione Toscana, 2007.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Fuentes primarias

- “Canoas Saenz”, en: *Revista Nacional de Agricultura*, agosto de 1943, No. 471.
- “Chocontá, Octubre 27 de 1880”, *El Agricultor*, serie 2, No. 17, 1 de Oct. de 1880.
- “Cipaquirá 27 de octubre de 1880”, *El Agricultor*, Serie 2, Bogotá, Diciembre 1 de 1880, No. 19.
- Caldas, Francisco José de. “Estado de la Geografía del Vireynato de Santafé de Bogotá...”
En: *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Num. 1. Santafé 3 de enero de 1808.
- Camacho Roldán, Salvador. “Discurso”, en *El Agricultor*, Bogotá, serie 2, No. 15, 1 de agosto de 1880.
- Carrasquilla, Juan de Dios. “Crónica Agrícola”, en *El Agricultor*, Bogotá, serie 2, No. 15, 1 de julio de 1880.
- Carrasquilla, Juan de Dios. “Crónica Agrícola”, en *El Agricultor*, Bogotá, serie 2, No. 15, 1 de agosto de 1880.
- Codazzi, Agustín. “Situación, Extensión y población”, [1851] en: *Geografía Física y Política de la Confederación Granadina*, Vol. II, estados de Cundinamarca y Boyacá, Antiguas provincias de Bogotá, Mariquita, Neiva y San Martín. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi. Edición, análisis y comentarios: Augusto Gómez, Guido Barona, Camilo Domínguez, Apolinar Figueroa. Bogotá: Unal. Alcaldía de Bogotá, D.C., Gobernación de Cundinamarca. 2003.
- Cordovez Moure, José María. *Reminiscencias de Santafé y Bogotá* [1899], Guillermo Amórtegui Editores, Bogotá, 198?
- Díaz Castro, Eugenio. “María Ticince o los pescadores del Funza”, en: *Museo de Cuadros de Costumbres*, Vol. II, Bogotá: F. Mantilla, 1866.
- Díaz Castro, Eugenio. *El Rejo de enlazar*, Bogotá: Imprenta de América, 1863.
El Agricultor, serie 2, Bogotá, 1º de Enero de 1881. No. 20.
- Galería Alfred Wild. *El paisaje de la Sabana de Bogotá en el siglo XX*, Bogotá Agosto de 1989.
- Galindo Anibal (1875), *Anuario Estadístico de Colombia*, Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas.

- Hettner, Alfred. *La cordillera de Bogotá*, [1892], Bogotá: Banco de la República, 1966, p. 148.
- Holton, Isaac F. *La Nueva Granada: 20 meses en los Andes*”, Nueva York: Harper and Brothers, 1857
- Humboldt, Alejandro de. “Descripción de la Sabana de Bogotá” (1839), en: *Alejandro de Humboldt en Colombia*, Enrique Pérez Arbeláez (Comp), Extractos de su obra compilados, ordenados y prologados, con ocasión del Centenario de su Muerte, en 1859. Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá 1981.
- Moreno y Escandón, Francisco Antonio. “Estado del Virreinato de Santafé, Nuevo Reino de Granada, y relación de su gobierno y mando del excelentísimo señor Bailio Frey don Pedro Messia de la Cerda” [1772] en: Germán Colmenares, *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*, T.I, Bogotá: Banco Popular, 1989.
- Nieto, Hipólito. “Casa Blanca de Nemocón, 24 de junio de 1880”, en *El Agricultor*, serie 2, No. 17, 1 de Oct. de 1880.
- Obregón, Gregorio. “Sección oficial”, en *El Agricultor*, Bogotá, serie 2, No. 16, 1 de septiembre de 1880.
- Pardo Umaña, Camilo. *Haciendas de la Sabana: Su historia, sus leyendas y tradiciones*, Ed. Nelly, Bogotá, 1946.
- Rueda Vargas, Tomas. *La Sabana de Bogotá*, Lecturas hechas el 4 de octubre de 1917 y el 7 de marzo de 1918 en la Sala Santiago Samper. Bogotá: Biblioteca Popular Colombiana, 1946.
- Samper, Miguel. *La Miseria en Bogotá*, Bogotá: Imprenta de Gaitán, 1867
- Solórzano M., Antonio. “Informe de animales: Soacha, 27 de octubre de 1880. *El Agricultor*, Serie 2, Bogotá, Diciembre 1 de 1880, No. 19.
- Trujillo, Julián. “Sección oficial”, *El Agricultor*, Bogotá, serie 2, No. 8, 17 de enero de 1880.
- Umaña, Manuel. “Sección oficial”, en *El Agricultor*, Bogotá, serie 2, No. 16, 1 de septiembre de 1880.

Bibliografía Secundaria

- Arias Vanegas, Julio. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano: orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*, Bogotá: Uniandes – Ceso, 2005.
- Baker, Alan and Gideon Biger (Eds.). *Ideology and landscape in historical perspective*, Cambridge: Cambridge University Press, 1992.
- Baker, Alan. “Historical Geography and de study of the European Rural Landscape” en: *Geografiska Annaler. Series B, Human Geography*, Vol.70, No. 1, Landscape History. (1988), pp. 5 – 16.
- Baker, Alan. *Geography and History: Bridging the Divide*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.
- Barrell, John. *The dark side of the landscape: the rural poor in English painting 1730 – 1840*, Cambridge: Cambridge, 1980.
- Bloch, Marc. *La Sociedad Feudal*, Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana, México, 1958.
- Brading, David. “La historia natural y la civilización amerindia” en: Carmen Bernand (comp.), *Descubrimiento, conquista y colonización de América a quinientos años*, FCE, México, D.F., 1994, pp. 17 – 42.
- Braudel, Fernand. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México: FCE, 1976 (1949).
- Braudel, Fernand. *El Mediterráneo: El espacio y la Historia*, México: FCE, 1989.
- Bunge, William. *Theoretical Geography*, Glerup: Royal University of Lunt, 1966.
- Burke, Peter. *Visto y no visto: el uso de la imagen como documento histórico*. Crítica, Barcelona, 2005.
- Carrasquilla Botero, Juan. *Quintas y estancias de Santafé y Bogotá*, Bogotá: Banco Popular, 1989.
- Colmenares, Germán. “Manuela, novela de costumbres”, en: *Manual de Literatura Colombiana*, (T.I), Bogotá: Planeta – Pro cultura, 1988.
- Colmenares, Germán. *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes, siglo XVIII*, Cali: Uni.Valle, 1976.

- Colmenares, Germán. *Historia Económica y Social de Colombia. 1537-1719* Bogotá: Tercer Mundo, 1997.
- Correal, Gonzalo y T. Van der Hammen, , *Investigaciones arqueológicas en los Abrigos Rocosos del Tequendama*, Bogotá: Biblioteca Banco Popular. 1977.
- Cortes, Abdón. *Aptitud de uso de los suelos de la Sabana de Bogotá y sus alrededores*, Instituto Geográfico Agustín Codazzi, Bogotá, D.E. 1976.
- Cosgrove, Denis & Stephen Daniels. (eds) *The Iconography of Landscape: Essays in the Symbolic Representation, Design and Use of Past Environments*. Cambridge, 1988.
- Cosgrove, Denis. “Área Cultural”, en: *Diccionario Akal de Geografía Humana*, R. J. Johnston, Derek Gregory y David M. Smith (eds.), Madrid: Akal, 2000.
- Cosgrove, Denis. “Observando la naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista” en *Boletín de asociación de geógrafos españoles*, No. 34 – 2002, pp. 63 – 89.
- Cosgrove, Denis. “Prospect, Perspective and the Evolution of the Landscape Idea”. *Transactions of the Institute of British Geographers*, New Series, Vol. 10, No.1. (1985), pp.45-62.
- Crosby, Alfred. *Imperialismo Ecológico: la expansión Biológica de Europa, 900 – 1900*. Critica, Barcelona. 1999, (1988).
- Del Castillo, Lina. ““prefiriendo siempre á los agrimensores científicos”. Discriminación en la medición y el reparto de resguardos indígenas en el altiplano cundiboyacense, 1821 – 1854.”, en *Historia Critica*, 32, julio – diciembre de 2006. p. 68 -93.
- Denis Cosgrove. *Social Formation and symbolic Landscape*. [1984],The University of Wisconsin Press, 1998.
- Dennis, Richard. “History, Geography, and Historical Geography”, en: *Social Science History*, Vol. 15, No. 2. (Summer, 1991).
- Duncan, James. “Paisaje”, en: *Diccionario Akal de Geografía Humana*, R. J. Johnston, Derek Gregory y David M. Smith (eds.), Madrid: Akal, 2000.
- Duncan, James. *The City as a Text: The politics of Landscape Interpretation in the Kandy Kingdom*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- Fairclough, Norman y Wodak, Ruth, “Análisis Crítico del Discurso”, en Teun Van Dijk (comp.), *El Discurso como interacción social*, Barcelona: Gedisa, 2005.

- Fals Borda, Orlando. *El hombre y la tierra en Boyacá: Desarrollo histórico de una sociedad minifundista* [1957]. Punta de lanza, Bogotá, 1979.
- Flórez, Antonio. *Colombia: evolución de sus relieves y modelados*. Bogotá: Unal. 2003.
- Friede, Juan. “La conquista del territorio y el poblamiento”, en *Manual de Historia de Colombia*, Instituto Colombiano de Cultura, Tomo I, Bogotá, 1982 (1978), pp. 119-222.
- Gallini, Stefania. “El ambiente entre representación y ecología – un estudio de caso en Guatemala, siglo XIX”, en: *Varia Historia*, Belo Horizonte, No. 33, Janeiro 2005, pp. 76 – 104.
- Ginzburg, Carlo. *Mitos, emblemas e indicios*, Barcelona: Gedisa, 1989.
- Godelier, Maurice. *Lo ideal y lo material: Pensamientos, economías, sociedades*, [1984] Madrid: Taurus Humanidades, 1989.
- Gregory, Derek. “La acción y la estructura de la Geografía Histórica”, p.103-113 en Claude Cortez (Comp.) *Geografía Histórica*, México: Instituto Mora, 1997.
- Gregory, Derek. “Revolución Cuantitativa”, en: Johnston, Gregory y Smith (eds.), *Diccionario Akal de Geografía Humana*, Madrid: Akal, 2000.
- Guhl Ernesto. *Colombia*, Comisión de Geografía. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Río de Janeiro. 1967.
- Harvey, David. “Between space and time: Reflections on the Geographical Imagination” en: *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 80, No. 3 (Sep., 1990), pp. 418 – 434.
- Herrera, Marta. “Transición entre el Ordenamiento territorial Pre-hispánico y colonial en la Nueva Granada”, en *Historia Crítica*, No. 32, Bogotá, julio-diciembre, 2006., pp. 118 - 152.
- IGAC. *Mapa del estudio General de suelos de la Cuenca Hidrográfica Alta del Río Bogotá*. Escala: 1: 100.000, Bogotá: IGAC, 1968.
- Jakle, John A. “Time, Space, and the Geographic Past: A Prospectus for Historical Geography” en: *The American Historical Review*, Vol. 76, No.4. (Oct., 1971), pp. 1084 – 1103.
- Jaramillo Giraldo, Miriam Luz. “Elite y Naturaleza. ¿Naturaleza de Elite?”, en: *Nómadas*, No. 22, Abril 2005, pp. 86 – 101.

- Johnston, Ron. “Geografía Humana”, en: Johnston, Gregory y Smith (eds.), *Diccionario Akal de Geografía Humana*, Madrid: Akal, 2000.
- Langebaek, Carl. *Mercados, Poblamiento e integración étnica entre los Muiscas siglo XVI*. Bogotá: Banco de la República, 1987.
- Legrand, Catherine. “Colonización y Violencia en Colombia: Perspectivas y Debate”. en Ministerio de Agricultura, *El Agro y la Cuestión social*. TM. Editores. Bogotá, 1994. pp. 3 – 70.
- Luna García, Antonio. “¿Qué hay de nuevo en la nueva geografía cultural?”, *Doc. Anàl. Geogr.* 34, 1999, pp. 69-80.
- Magnus Mörner, “La Hacienda Hispanoamericana en la historia: un esquema de reciente investigación y debate”, en: *Desarrollo económico*, Vol. 13, No. 52 (Jan – Mar, 1974).
- Mathewson, Kent y Jörn Seeman, “A geografia histórico-cultural da Escola de Berkeley – um precursor ao surgimento da História Ambiental.” En: *Varia Historia*, Belo Horizonte, vol. 24. N. 39 jan/jun 2008., pp. 71 – 86.
- McNeill, John R. “Naturaleza y cultura de la historia Ambiental” en *Nómadas*, No. 22, abril de 2005.
- Meisel, Adolfo y Margarita Vega, “La estatura de los colombianos: Un ensayo de antropología histórica 1910 - 2002”, en: *Documentos de trabajo*, Cartagena: Banco de la república, mayo de 2004.
- Mejía Pavony, Germán. “Los itinerarios de la transformación urbana de Bogotá, 1820 – 1910.”, en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 24, 1997., pp. 101 – 138.
- Mejía Pavony, Germán. *Los años de cambio: historia urbana de Bogotá 1820 – 1910*. Ceja, Bogotá, 2000.
- Melo. Jorge Orlando, “Las vicisitudes del Modelo Liberal (1850 – 1899)”, en José Antonio Ocampo (comp.), *Historia económica de Colombia*, Bogotá: Siglo XXI, 1987.
- Melville, Elinor *Plaga de Ovejas: Consecuencias ambientales de la Conquista de México*. México: FCE, 1999. (1994).
- Méndez, Ricardo. *Geografía Económica: La lógica espacial del capitalismo global*. Barcelona: Editorial Ariel, S.A. 1997.

- Molano, Joaquin (ed.), *Las Regiones Tropicales Americanas: la Visión Geográfica de James J. Parsons*. Bogotá: Fondo Fen Colombia, 1992.
- Muir, Richard. “Geography and the History of Landscape: Half a Century of Development as Recorded in the Geographical Journal”, en: *The Geographical Journal*, Vol. 164, No. 2. (Jul.,1998), pp. 148-154.
- Mujica, Elisa. “Bogotá y su cronista Cordobez Moure”, en: *Manual de Literatura Colombiana*, Bogotá: Pro-cultura, Planeta, 1988, pp. 143 – 174.
- Nickel, Herbert. *El peonaje en las haciendas mexicanas: interpretaciones, fuentes, hallazgos*, México: Universidad Iberoamericana, 1997.
- Nieto, Mauricio y Diana Ojeda, “Política, ciencia y geografía en *el Semanario del Nuevo Reino de Granada*”, en *Nómadas*, No. 22, abril 2005, pp. 114 – 125.
- Nieto, Mauricio. *Remedios para el Imperio. Historia Natural y apropiación del Nuevo Mundo*, Bogotá: ICANH, 2000.
- Nogué i Font, Joan. “Geografía humanística y paisaje”, en: *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, No. 5, Madrid: Ed. Univ. Complutense, 1985, pp. 93 – 107.
- North, Douglass. “Cliometrics 40 Years Later”, en: *The American Economic Review*, Vol.87, No. 2. Mayo.
- Overton, Mark. “Geografía Histórica”, en: Johnston, Gregory y Smith (eds.), *Diccionario Akal de Geografía Humana*, Madrid: Akal, 2000.
- Palacio, Germán (ed). *Naturaleza en Disputa: ensayos de historia ambiental de Colombia 1850 – 1995*. Universidad Nacional de Colombia. 2001.
- Palacio, Germán. “El papel del derecho en el cambio material y simbólico del paisaje colombiano – 1850 – 1930, en: *Varia Historia*, Belo Horizonte, No. 39, Jan/jun, 2008, pp. 17 – 46.
- Palacios, Marco. *El Café en Colombia 1850-1970, Una Historia Económica, Social y Política*, El Ancora Editores, Bogotá, 1983.
- Palacios, Marco. *La propiedad agraria en Cundinamarca, 1880 – 1970: Un esbozo sobre la sociedad de las tierras templadas*. Trabajo puesto a la consideración del Simposio sobre El Mundo Rural Colombiano auspiciado por la Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales, Medellín, 29 de noviembre – 5 de diciembre de 1981.

- Parra, Prospera, y Luis Muñoz. *Aspectos de la agricultura y la desamortización en la Sabana de Bogotá: 1860 – 1870*. Monografía para optar al título de licenciado en ciencias sociales, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1984.
- Parsons, James. “Europeización de las sabanas del norte de América del Sur”, en Joaquín Molano (ed.), *Las Regiones Tropicales Americanas: la Visión Geográfica de James J. Parsons*. Fondo Fen Colombia, Bogotá, 1992, pp. 323 – 354.
- Parsons, James. *La Colonización Antioqueña en el Occidente Colombiano*, Bogotá: Archivo de la Economía Nacional, Banco de la República, 2ª edición, 1961.
- Patiño, Víctor Manuel, *La Tierra en la América Equinoccial*, Cali: Imprenta Nacional de Colombia, Bogotá, 1997.
- Patiño, Víctor Manuel. *Platas cultivadas y animales domésticos en la América equinoccial*, T.III, Cali: Imprenta Departamental, 1963.
- Pérez Mejía, Ángela. *La geografía de los tiempos difíciles: escritura de viajes a Sur América durante los procesos de Independencia 1780 – 1849*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2002.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos Imperiales: Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- Price, Hugh. “Art and agrarian change, 1710 – 1815,” in Cosgrove and Daniels, *The Iconography of Landscape*, op.cit. pp. 98 – 118.
- Sabio Alcutén, Alberto e Iñaki Iriarte Goñi (eds.), *La construcción histórica del paisaje agrario en España y Cuba*, España: Catarata, 2003.
- Santos, Milton. *La naturaleza del espacio: técnica y tiempo. Razón y emoción*, [1997] Barcelona: Ariel, 2000.
- Sauer, Carl O. “Hacia una Geografía Histórica”, Discurso a la Asociación Norteamericana de Geógrafos. Baton Rouge, Lousiana, Diciembre de 1940. (Traducción Guillermo Castro H, 2003).
- Sauer, Carl O. “La gestión del hombre en la tierra”, Conferencia ofrecida en el Simposio *El Papel del Hombre en el Cambio de la Faz de la Tierra*, Princeton, New Jersey, 1956. (Traducción de Guillermo Castro H.).
- Sauer, Carl O. *The Early Spanish Main*, Berkely: University of California Press, 1966.

- Sauer, Carl, O. “La morfología del paisaje”, *University of California Publications in Geography*. Vol. 2, No. 2, pp. 19-53. October 12, 1925. (Traducción de Guillermo Castro H).
- Schaefer, F. K. *Excepcionalismo en Geografía*, Barcelona: U. Barcelona, 1971.
- Tovar Pinzón, Hermes. *Convocatoria al poder del número: Censos y estadísticas de la Nueva Granada (1750 – 1830)*, Archivo General de la Nación, Bogotá, 1994.
- Tovar Pinzón, Hermes. *Hacienda Colonial y Formación Social*, Barcelona: Sendai, 1988.
- Tuan, Yi-Fu. “Realism and Fantasy in art, History, and Geography”, in *Annals of the Association of American Geographers*, 80 (3), 1990, pp. 435 – 446.
- Unwin, Tim. *El Lugar de la Geografía*, Madrid: Cátedra, 1995.
- Valencia, Carlos. *Alma en Boca y Huesos en costal. Una aproximación a los contrastes socioeconómicos de la esclavitud*, Bogotá: ICANH, 2003.
- Van Ausdal, Shawn. “Medio Siglo de Geografía Histórica en Norteamérica”, en *Historia Crítica*, Junio – Diciembre, No. 32, Uni. Andes, Bogotá, 2006, pp. 198 – 234.
- Van Der Hammen, Thomas. “El hombre prehistórico en la Sabana de Bogotá: datos para una prehistoria ecológica”, en Thomas van der Hammen, *Historia, ecología y vegetación*, FEN, COA, Banco Popular, 1992. pp. 217 – 232.
- Villamarín, Juan. “Haciendas en la Sabana de Bogotá, Colombia, en la época colonial: 1539 – 1810.”, en: Enrique Florescano (Cord.), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, México, D.F.: Siglo XXI. 1975.
- Villamarín, Juan. “Los factores que afectaron la producción Agropecuaria en la Sabana de Bogotá en la época colonial”, en: *Lecturas de Historia*, No. 6, Tunja, Mayo de 1975.
- Villamarín, Juan. *Encomenderos and indians in the Sabana de Bogotá, Colombia 1537 to 1740*. Ann Arbor: University Microfilms International, 1972.
- West, Robert. *La minería de aluvión en Colombia durante el periodo Colonial*. (Jorge Orlando Melo Tr.), Bogotá: Imprenta Nacional, D. E. 1972.
- West, Robert. *Las Tierras Bajas de Pacifico*, Bogotá: ICANH, 2000.
- White, Hayden. *El texto histórico como artefacto literario*, Ed. Paidós, Barcelona, 2003.

- Wolf, Eric y S. Mintz, “Haciendas and Plantations in Middle America and the Antilles”, *Social and Economic Studies*, VI, Kingston, Jamaica, 1957, pp.380-412.
- Wolf, Eric. *Europa y la gente sin historia*, [1982], México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Woster, Donald. “Transformaciones de la Tierra: hacia una perspectiva agro ecológica en la historia”, en: *Transformaciones de la Tierra. Una antología mínima de Donald Woster*, Selección, traducción y presentación de Guillermo Castro H. Panamá, 2000.
- Yepes, Fabio. “Ganadería y transformación de ecosistemas: un análisis ambiental de la política de apropiación territorial” en: Germán Palacio (ed). *Naturaleza en disputa: Ensayos de historia ambiental de Colombia 1850 – 1995*. Bogotá: Universidad nacional. 2001.
- Zambrano P., Fabio, et.al. *Comunidades y territorios: reconstrucción histórica de Usaquén*. Alcaldía Local de Usaquén, JAL Usaquén, IDCT. Bogotá, 2000.
- Zambrano P., Fabio, *Historia de la localidad de Tunjuelito: el poblamiento de valle medio del río Tunjuelo*. Bogotá: Alcaldía Mayor, Universidad Nacional de Colombia, 2004.
- Zapata-Salcedo, Luis y Luis Gómez-Ramos, “Ethos y Praxis de la revolución cuantitativa en geografía”, en *Rev.relac.int.segur.* 3(1) 2008, pp. 189 – 202.

Páginas web

www.colorado.edu/geography

www.pecsrl.org/

www.peruecologico.com.pe/glosario_s.htm

www.lablaa.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti5/bol2425/serrano.htm